

Señor
Dios,
soy
Anna

Fynn

★ *ae*

Una noche Fynn encuentra a una niñita de 5 años que no quiere volver a su casa. Se la lleva a vivir con él, y comienza para ambos una aventura en la que Anna suele ser la maestra, y el muchacho el desconcertado discípulo. Juntos descubren la vida y la serie de posibilidades insospechadas que puede ofrecer a quienes sepan mirarla con nuevos ojos.

Anna es una niña normal y traviesa, pero también tiene el material del que están hechos los seres

excepcionales. Detrás de su esmirriada figura se oculta una mística, una filósofa, una matemática, una socióloga y una antropóloga. Lo más importante para ella es el «querido señor Dios», centro de todo su universo. Pero su Dios no tiene nada que ver con el que presentan las Iglesias ni con ningún concepto tradicional. Lo importante para ella no es saber las cosas sobre Dios, sino hacerse lo más parecida a Él que sea posible, y para lograrlo recorre junto a su amigo Fynn los más insospechados caminos.

Junto a ellos el lector descubrirá un mundo fascinante en el que $2 + 3$ no siempre son 5; en el que 2 no es otra cosa que un 5 visto al revés; en el que un espejo muestra la parte de afuera de las cosas, lo que a menudo nada tiene que ver con la realidad de lo que personas y objetos son de verdad; en el que todo puede simplificarse hasta convertirse en un punto; en el que se demuestra que la sombra es más rápida que la luz; en el que sólo se conoce algo o a alguien aprendiendo a reconocer lo que tiene en «su centro»; en el que lo

único verdaderamente importante es aprender a amar.

Anna puede desarmar a cualquiera con sus interminables preguntas. Y conocerla significa tener que volver a plantearse de nuevo todas esas interrogantes para las que creíamos tener ya respuesta.



Sydney George Hopkins

**Señor Dios, soy
Anna**

ePub r1.0

Título original: *Mister God, this is Anna*

Sydney George Hopkins, 1974

Traducción: Marta Isabel Guastavino

Ilustraciones: William Papas

Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.0



Uno

Es fácil darse cuenta de la diferencia que hay entre un ángel y una persona. La mayor parte de un ángel está por dentro y la mayor parte de una persona está por fuera.

Estas son palabras que a los seis años pronunciaba Anna. A los cinco años, tenía un conocimiento perfecto de la razón de existir, sabía el significado del amor y era amiga personal y

ayudante del Señor Dios. A los seis, Anna era teóloga, matemática, filósofa, poeta y jardinera. Quien le hacía una pregunta siempre obtenía respuesta... a su debido tiempo. En ocasiones la respuesta podía tardar en llegar semanas o meses; pero finalmente, siguiendo su propio ritmo interior, la respuesta llegaba: directa, simple y apropiada.

No llegó a cumplir los ocho años; murió debido a accidente. Murió con una sonrisa en su hermoso rostro, diciendo: «Apuesto a que el Señor Dios me deja entrar en el cielo por esto», y yo también apuesto a que fue así.

Conocí a Anna durante unos tres

años y medio. Algunas personas alcanzan la fama porque han sido los primeros en navegar solos alrededor del mundo, o en llegar a la luna, o en realizar alguna otra hazaña. Todo el mundo conoce a esas personas. No son muchos los que me conocen a mí, pero también yo aspiro a la fama, porque conocí a Anna. Eso fue para mí la cúspide de la aventura. No fue un conocimiento fácil; me exigió total aplicación, pues hube de conocer la según sus propios términos, en la forma en que ella exigía que la conocieran: por dentro primero. «La mayor parte de un ángel está por dentro», y de esa manera

aprendí a conocer a Anna, mi primer ángel. Desde entonces he llegado a conocer a otros dos ángeles, pero eso es otra historia.

Yo me llamo Fynn. Bueno, en realidad no es así; pero mi verdadero nombre no importa tanto, ya que todos mis amigos me llamaban Fynn, y así quedó. Quien esté familiarizado con la mitología irlandesa sabrá que Fynn era muy grande; yo también. Más o menos un metro ochenta y siete, unos cien kilos de peso, una especie de fanático de la cultura física, hijo de madre irlandesa y padre galés, apasionado por los embutidos calientes y los bombones...

pero juntos, debo agregar. Mi gran deleite era vagabundear por los muelles durante la noche, especialmente si había niebla.

Mi vida con Anna empezó una noche así. Tenía yo entonces diecinueve años y rondaba por calles y avenidas con mi habitual provisión de bocadillos de salchicha, bajo las luces callejeras que con su halo nebuloso mostraban oscuras sombras informes que salían de la brumosa penumbra para volver a desaparecer. Calle abajo, el escaparate de una panadería suavizaba y entibiaba la crudeza de la noche con sus lámparas de gas. Una chiquilla estaba sentada

sobre una rejilla, que sobresalía bajo el muro de un escaparate. Por aquella época, no era un espectáculo excepcional ver niños vagabundeando por las calles durante la noche. Yo había visto antes cosas semejantes, pero esa vez era diferente. Hace mucho tiempo que he olvidado cómo o por qué era diferente pero estoy seguro de que era diferente. Me senté junto a ella sobre la rejilla, con la espalda apoyada contra el frente de la tienda. Allí nos quedamos unas tres horas. Cuando vuelvo a pensar en esas tres horas, después de treinta años, ahora que puedo volver a enfrentarme con todo lo que sucedió,

comprendo que estuve a punto de ser destruido. Esa noche de noviembre fue verdaderamente terrible; las tripas se me retorcieron en toda clase de nudos.

Tal vez ya entonces algo de su naturaleza angélica se apoderó de mí; estoy completamente dispuesto a creer que quedé embrujado desde el principio.

—Hazme un poco de sitio, Tich —le dije y me senté.

Me hizo un poco de sitio, pero sin el menor comentario.

—Toma un bocadillo de salchicha —la invité.

—Es tuyo —respondió, sacudiendo la cabeza.

—Tengo muchos. Además, estoy lleno —expliqué.

Como no hizo gesto alguno, dejé la bolsa entre ella y yo. La luz del escaparate no era muy fuerte, y la chiquilla estaba sentada en la parte que quedaba en sombras, de modo que yo no veía qué aspecto tenía, salvo que estaba muy sucia. Advertí que llevaba bajo el brazo una muñeca de trapo, y que en la falda tenía una destartalada caja de pinturas.

Durante unos treinta minutos seguimos allí sentados, en completo silencio; durante ese tiempo me pareció ver que su mano se movía hacia la bolsa

que contenía los bocadillos, pero no quise mirarla ni hacer ningún comentario para no intimidarla. Todavía puedo volver a sentir el placer inmenso que me dio oír el ruido de la piel de la salchicha al estallar bajo la presión de sus dientes. Un par de minutos después tomó otra, y después la tercera.

Yo metí la mano en el bolsillo para sacar un paquete de Woodbines.

—¿No te molesta que fume mientras tú comes, Tich? —le pregunté.

—¿Qué? —su tono me pareció un poco alarmado.

—¿Puedo encender un cigarrillo mientras tú comes?

Giró sobre sí misma y se puso de rodillas para mirarme en la cara.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Mi mamá es fanática de la cortesía. Además, cuando una dama está comiendo no se le echa el humo a la cara —precisé.

Durante un momento mantuvo los ojos clavados en su media salchicha, y después me miró de frente.

—¿Por qué no me puedes echar el humo a la cara? ¿Yo te gusto? —me preguntó.

Asentí con un gesto.

—Pues entonces enciende un cigarrillo —me sonrió, mientras se

metía en la boca el resto de la salchicha.

Saqué un Woodbine, lo encendí y le ofrecí el fósforo para que lo apagara. Al soplar, me roció de trocitos de salchicha.



Ese pequeño accidente provocó en ella una reacción que me hizo sentir

como si me hubieran apuñalado las tripas. Había visto a un perro encogerse de miedo, pero jamás una criatura. La forma en que me miró me llenó de horror. La niña esperaba una zorra, y, resignada a que el golpe llegara, apretó fuertemente los dientes.

No sé qué fue lo que expresó mi rostro, si enojo y violencia o tal vez sorpresa y confusión. Fuera lo que fuere, provocó en ella el más lastimero de los lloriqueos. Después de tantos años me resulta imposible describir ese gemido, no encuentro las palabras. Pero todavía puedo revivir la situación, puedo experimentarla. El corazón se me

encogió al oírlo, algo se me desató por dentro. En inútil respuesta al terror de Anna golpeé la acera, con el puño cerrado. ¿Pensé entonces en aquella imagen, la que se me ocurre ahora, la única que se adapta a ese momento? Esa perfección de la violencia, ese horror y estupefacción insuperables que es Cristo crucificado. Ese gemido terrible que dejó escapar la niña es algo que no quiero volver a escuchar jamás. Algo que hirió mi centro emocional y provocó en mí un cortocircuito.

Después de un momento me eché a reír. Me imagino que un ser humano sólo puede soportar una cantidad limitada de

dolor y angustia. Más allá, los fusibles se queman. Y esa vez, a mí se me quemaron con gran estrépito. De los minutos que siguieron sé muy poco, a no ser que me reí y me reí, y que después me di cuenta de que la chiquilla también se reía. Ya no era un encogido haz de miedo: se reía. Arrodillada sobre la acera, inclinándose hacia delante para acercar su rostro al mío, se reía sin control. Esa risa que tantas veces oí en los tres años que siguieron, una risa que no era de campanas de plata ni de fresca agua murmurante, sino el berrido de placer de un ser de cinco años, una mezcla de gañido de cachorro, ruido de

motocicleta y bomba de bicicleta.

Le apoyé las manos en los hombros y la aparté un poco de mí para mirarla, y entonces en su rostro se dibujó su expresión tan característica, con la boca bien abierta y los ojos saliéndose de las órbitas, como un perro de caza que tironea de la traílla. Hasta la última fibra de su cuerpecillo vibraba, con una vibración deliciosa. Brazos y piernas, hasta la punta de los dedos, todo ese cuerpecito temblaba y se estremecía como si fuera la Madre Tierra de la que estuviera naciendo un volcán. ¡Y vaya volcán el que hallaba cauce en esa criatura!



Ante la puerta de esa panadería de los muelles, durante una brumosa noche de noviembre, tuve la excepcional experiencia de ver nacer a un niño. Cuando su risa se hubo calmado un poco, pero mientras su cuerpecito seguía estremeciéndose como una cuerda de violín, la pequeña intentó decir algo,

pero no le salía.

—Tú... tú... tú —consiguió articular.

Y concluyó pasado un momento y con no poco esfuerzo:

—Tú me amas, ¿no es verdad?

Aunque no hubiera sido cierto, ni por salvarme de la muerte habría sido yo capaz de decir que no; verdadera o falsa, no había más que una respuesta:

—Sí —le dije.

Dejó escapar una risita y me señaló con el dedo.

—Tú me amas —confirmó y después comenzó una danza primitiva en torno al poste de la luz, mientras salmodiaba:

—Tú me amas, me amas, me amas.

Tras cinco minutos de dar vueltas, vino otra vez a sentarse sobre la rejilla.

—Es linda y calentita para el trasero, ¿no? —comentó.

Estuve de acuerdo en que era agradable para el trasero.

Un momento después añadió:

—No tengo mucha sed.

Así que nos levantamos y fuimos hasta la taberna que había por la misma calle. Allí compré una botella grande de Guinness. Ella quería «una de esas gaseosas de jengibre con la bolita en el cuello». Le compré dos, y también algunas salchichas más en una de esas

cafeterías que están abiertas toda la noche.

—Volvamos allá a calentarnos el trasero —sugirió con una sonrisa, y volvimos a sentarnos sobre la rejilla.

No creo que bebiéramos más de la mitad de las bebidas, porque aparentemente la gracia de una bebida burbujeante estaba en sacudirla y después dejar que se dispersara en el aire. Después de un par de duchas de gaseosa de jengibre y de un decidido esfuerzo por no estornudar, me dijo:

—Ahora hazlo con la tuya.

Ya entonces me di cuenta de que no era una petición, sino una orden. Sacudí

la botella, largo rato y con fuerza, hasta que saltó el tapón y los dos quedamos cubiertos de espuma de Guinness.

La hora siguiente fue de risitas y salchichas, de gaseosa y bombones. Los escasos transeúntes se veían sorprendidos por un:

—Oiga, señor, él me quiere, ¿sabe?

—Mírame —me gritaba después de subir corriendo las escaleras de un edificio próximo—. Soy más grande que tú.

A eso de las diez y media de la noche, mientras ella seguía sentada sobre mis rodillas y mantenía una animada conversación con Maggie, su

muñeca de trapo, decidí intervenir:

—Oye, Tich, ya sería hora de que estuvieras acostada. ¿Dónde vives?

—No vivo en ninguna parte — explicó con la voz más natural del mundo—. Me escapé.

—Y ¿qué hay de tu mamá y tu papá? — quise saber.

Podría haber dicho que el césped es verde y el cielo es azul, con tal naturalidad y tan poco esfuerzo dijo lo que dijo.

—Oh, ella es una mula y él una bestia. Y no pienso ir a arreglar esto con la poli. Me voy a vivir contigo.

Otra vez, no se trataba de una

petición sino de una orden. ¿Qué podía hacer? Me limité a aceptar los hechos.

—Bueno, de acuerdo. Te vienes conmigo a casa, y allí veremos.

En ese preciso instante empezó, seriamente, mi educación. Me había hecho con una muñeca grande, pero no de juguete sino viviente, y a juzgar por las apariencias, era una especie de bomba con piernas. Esa noche, volver a casa se parecía mucho a volver de la feria de diversiones de Hampstead Heath, un poco en el aire, un poco mareado por la calesita en que había andado, y más que un poco azorado de que la hermosa muñeca que había

ganado en el tiro al blanco hubiera cobrado vida y viniera caminando junto a mí.

—¿Cómo te llamas, Tich? —le pregunté.

—Anna, ¿y tú?

—Fynn —le informé—. ¿De dónde vienes?

A esa pregunta no obtuve respuesta, y fue la primera y última vez que Anna no me respondió a una pregunta... por razones que después entendí. Porque tenía miedo de que yo la devolviera.

—¿Cuándo te escapaste?

—Oh, hace tres días, creo.

Para ir a casa tomamos el atajo,

trepando por el puente «cortado» y atravesando el cercado del ferrocarril. Era el camino que yo seguía siempre, el más conveniente porque vivíamos junto a la vía del tren, además de que así no tenía que hacer que mamá se levantara para abrirme la puerta de delante.

Por la puerta del fondo entramos en el fregadero y de ahí pasamos a la cocina. Encendí la luz de gas, y por primera vez vi a Anna. Sólo Dios sabe qué era lo que esperaba ver; ciertamente, no lo que vi. No era que estuviese sucia ni que el vestido fuera diez tallas más grande de la que ella necesitaba; era la mezcla de gaseosa de

jengibre, Guinness y colores de la caja de pinturas. Parecía una pequeña salvaje, con la cara y los brazos cubiertos de manchas de colores; la parte de delante del vestido era un delirio total de color. Su aspecto era tan cómico y diminuto, y su reacción ante mi carcajada fue volverse a encoger de tal manera que inmediatamente la levanté hasta el nivel del espejo que había sobre la chimenea, para que pudiera verse. Su deliciosa risita fue como cerrar una puerta en noviembre y al volver a abrirla encontrarse en la mitad de junio. No puedo decir que mi aspecto de esa noche fuera muy diferente al de ella. Yo

también estaba cubierto de pintura. «Tal para cual», como dijo después mamá.

En medio de todas las risitas se oyeron unos golpes en la pared; era la señal de mamá.

—¿Eres tú? Tienes la comida en el horno, y no te olvides de apagar el gas.

En vez de responder: «Está bien, mamá, en seguida termino», como hacía siempre, abrí la puerta.

—Mamá, ven a ver lo que traje — grité por el pasillo.

Si algo tenía mi madre, es que jamás armó escándalo por nada; siempre se lo tomaba todo como venía, ya fuera Bossy, el gato que traje una noche a casa, o

Patch el perro, o Carol, que tenía dieciocho años y se quedó dos en nuestra casa, o Danny, un canadiense que estuvo unos tres años con nosotros. Hay gente que colecciona sellos de correos o redondeles de cerveza: mamá coleccionaba seres perdidos y abandonados, gatos, perros, ranas, gente y, como ella decía, toda una multiplicidad de «personitas». Si esa noche se hubiera encontrado frente a un león, habría hecho el mismo comentario... «pobrecito». Con una mirada cuando franqueaba la puerta le bastó.

—Pobrecita —exclamó—, ¿qué es

lo que te han hecho?

Después, como si acabara de ocurrírsele, se dirigió a mí.

—Estás hecho una roña. Lávate la cara —y sin decir más, se dejó caer de rodillas para abrazar a Anna.



Encontrarse rodeado por los brazos de mamá era como llegar a las manos con un gorila. Mamá tenía los brazos como otra gente tiene las piernas. Tenía una estructura anatómica especial, que todavía me intriga, un corazón de cien kilos en un cuerpo de ochenta y cinco. Mamá era auténticamente una señora, y esté donde esté ahora, seguirá siendo una señora.

Tras unos minutos de «ohs» y «ahs», las cosas empezaron a organizarse. Mamá se enderezó y, no sin dispararme al pasar un «quítale esa ropa mojada a la criatura», fue a abrir la puerta de la cocina.

—¡Stan, Carol —llamó a gritos—, venid aquí enseguida!

Stan es mi hermano, dos años menor que yo; Carol era uno de los seres perdidos y abandonados que iban y venían.

En la cocina y en el fregadero hubo una súbita erupción; apareció una bañera, brotaron cazos de agua sobre los quemadores del gas, surgieron toallas y jabón; la cocina económica se llenó de carbones, y heme a mí tratando de aflojar broches en la ropa de Anna, hasta que de pronto ahí quedó, sentada sobre la mesa de la cocina, con la ropa que llevaba en el momento de nacer.



—¡Malditos! —masculló Stan.

—¡Cristo! —exclamó Carol.

Mamá puso mala cara. Durante un momento, en aquella cocinita ardió el odio contra alguien; el pobre cuerpecito mostraba golpes y magulladuras. Los

cuatro adultos presentes sentían deseos de despedazar a alguien, y durante un rato a todos nos ahogó la ira. Pero Anna seguía sentada y sonreía, con una ancha sonrisa que le partía en dos la cara. Seguía allí sentada, como un bello duende, y creo que por primera vez en su vida se sentía total y completamente feliz.

Completado el baño, engullida la sopa y resplandeciente Anna en una vieja camisa de Stan, todos nos sentamos en torno a la mesa y consideramos la situación. Se hicieron preguntas, pero no se obtuvieron respuestas. Finalmente, decidimos que

ya había habido suficientes preguntas para ese día. Las respuestas podían esperar a mañana. En tanto que mamá se ocupaba de que la ropa de Anna volviera a estar limpia, Stan y yo armamos una cama en un viejo sofá de cuero negro, en la habitación situada al lado de la mía.

Yo dormía en la habitación de delante, un cuarto repleto de aspidistras, una cajonera doble en cuya parte superior había preciosas piezas de cristal tallado, una cama y diversos adornos y chucherías por todas partes. Mi cuarto quedaba separado de la habitación adyacente por una gran

cortina de bayeta colgada de argollas de madera que se corrían haciendo clac, clac, clac. Detrás de la cortina quedaba el sofá cama de Anna. En la calle, del otro lado de mi ventana, había un farol, y como la ventana sólo quedaba cubierta por unas cortinas de encaje, el dormitorio siempre estaba iluminado. Como ya he dicho antes, nuestra casa se hallaba situada junto a la vía del tren, y los trenes pasaban día y noche, pero uno se acostumbraba. En realidad, después de diecinueve años, el tumulto y el estrépito de los trenes que pasaban era, más que un ruido, una canción de cuna.

Cuando ya habíamos hecho la cama

y habíamos tomado todas las providencias para la noche, volví a la cocina. Allí estaba la pequeña emperatriz, instalada en una silla de mimbre, envuelta en mantas, bebiéndose una taza de cocoa caliente.



Sobre su falda, Bossy estaba haciendo una aceptable imitación de Houdini procurando escaparse de una camisa de fuerza, en tanto que a sus pies

Patch marcaba el compás con la cola sobre el piso. El silbido de la lámpara de gas, el brillante resplandor del fuego, los charquitos de agua en el piso, todo convertía aquella pequeña cocina en una estampa navideña. El aparador galés, las ollas relucientes y la ennegrecida cocina económica, con sus atizadores y adornos de bronce, parecían echar chispas. Y en medio de todo eso aparecía la princesita, pulcra y resplandeciente. Esa miniatura tenía el pelo cobrizo más espléndido y hermoso que imaginarse pueda, y su rostro era igualmente hermoso. Y no era un querubín pintado en el techo de una

iglesia, sino una niña de verdad, viva, riente, sonriente, inquieta, iluminada la cara por algún resplandor interior, sus ojos como dos antorchas azules.

Esa noche yo había contestado afirmativamente cuando ella me preguntó: «Tú me amas, ¿verdad?», porque no era capaz de decir que no. Ahora, me alegraba de ello porque la respuesta era: «Sí, sí, sí». ¿Cómo podría alguien no amar a esa criatura?

—Bueno, será mejor que nos vayamos a dormir, porque si no, mañana no serviremos para nada —el comentario habitual de mamá, acompañado de un gruñido.

Así que tomé en brazos a Anna para llevarla a su cama. Las sábanas ya estaban abiertas, pero cuando la dejé y me dispuse a arroparla me di cuenta de que algo faltaba.

—¿No vas a decir tus oraciones? — me preguntó.

—Bueno... sí, cuando me acueste.

—Yo quiero rezar ahora contigo — declaró, de modo que los dos nos arrodillamos y ella empezó a hablar mientras yo escuchaba.

He ido muchas veces a la iglesia, y he oído muchas oraciones, pero como aquella ninguna. No es mucho lo que recuerdo de su plegaria, excepto que

empezaba con «Querido señor Dios, habla Anna», y seguía hablando con el Señor Dios de una manera tan familiar que tuve la escalofriante sensación de que si me atrevía a mirar a mis espaldas lo iba a encontrar allí de pie. Recuerdo que Anna dijo «Gracias por dejar que Fynn me ame», y recuerdo un beso de buenas noches, pero no tengo idea de cómo llegué a mi cama.

Allí me quedé, confundido, preguntándome qué me había ocurrido. Los trenes pasaban con el estrépito de siempre, la niebla danzaba en torno al farol. Hacía tal vez una hora que estaba ahí tendido, tal vez dos, cuando oí el

clac, clac de las argollas de la cortina y la vi, inmóvil a los pies de mi cama, bañada por la luz del farol. Durante un minuto pensé que lo único que quería era asegurarse de que yo estaba, pero después se acercó a la cabecera de mi cama.

—Hola, Tich —la saludé.

—¿Puedo quedarme contigo? —me preguntó en un susurro y, sin esperar a que le dijera «si tú quieres», se deslizó a mi lado, hundió la cabeza en mi cuello y lloró, silenciosamente, mojándome el pecho de lágrimas tibias.

No había nada que decir, nada que hacer, más que rodearla con el brazo.

No creí que me dormiría, pero me dormí. Me despertó el murmullo de risas ahogadas, Anna todavía a mi lado riéndose como un demonio y Carol, ya vestida, riéndose también, con una taza de té en la mano. Y todo eso en menos de doce horas.

Dos

DURANTE las semanas que siguieron intentamos descubrir dónde vivía Anna, mediante hábiles interrogatorios. La técnica de la suavidad, la indirecta, la sorpresiva, todas resultaron inútiles. Simplemente, había que admitir la posibilidad de que hubiera llovido del cielo. Yo estaba ya dispuesto a creerlo, pero Stan, mucho más práctico, no estaba en absoluto de acuerdo. Lo único

que sabíamos con seguridad era que ella no pensaba ir a arreglar eso con la poli. Y para entonces yo estaba seguro de que quien había iniciado esa idea era yo. Después de todo, uno no se encuentra una orquídea y después la guarda en el sótano. No era que ninguno de nosotros tuviera nada en contra de la poli, de ningún modo. En esos días, los de la poli eran más bien como amigos oficiales, aunque si le encontraban a uno haciendo algo raro le golpearan en una oreja con el guante lleno de guisantes secos. No, si es lo que he dicho antes, no se puede encerrar un rayo de sol en la oscuridad. Y además, todos queríamos

que se quedara.

Para entonces Anna ya era la favorita de nuestra calle. Siempre que los chicos participaban en juegos de equipo todos querían que Anna estuviera en el bando de ellos. Tenía una aptitud natural para todos los juegos: las peonzas, el salto a la cuerda, el escondite. Lo que ella no era capaz de hacer con un aro, no valía la pena hacerlo.

Nuestra calle, que abarcaba unas veinte casas, era un duplicado de la Liga de las Naciones; en cuanto a chicos, los únicos colores que no teníamos eran verdes y azules, porque casi todos los

demás estaban. Era una hermosa calle. Dinero nadie tenía, pero en todos los años que viví allí no recuerdo que ninguna puerta estuviera nunca cerrada durante el día ni, en realidad, durante la mayor parte de la noche tampoco. Era una hermosa calle para vivir y toda la gente era cordial, pero unas pocas semanas después de la llegada de Anna, parecía que la calle y la gente que en ella vivía resplandecieran como un botón de oro.

Hasta el mal genio de nuestro gato, Bossy, se dulcificó. Bossy era un gato peleón, con las orejas como de encaje, que consideraba inferiores a todos los

seres humanos, pero bajo la influencia de Anna, Bossy empezó a permanecer más tiempo en casa y no tardó mucho en tratar a Anna como a una igual. Yo podía instalarme en la puerta del fondo y quedarme ronco de tanto llamar a Bossy sin que a él se le moviera un pelo, pero con Anna... bueno, la cosa era diferente. Una sola llamada, e inmediatamente aparecía, con una estúpida sonrisa en la cara.

Bossy totalizaba unos seis kilos de furia agresiva, y yo guardo cicatrices que lo demuestran. El hombre que le traía la carne solía dejarla bajo el llamador de la puerta, envuelta en un

trozo de periódico. Bossy acechaba en la oscuridad del pasillo, o debajo de las escaleras, en espera de que alguien fuera a buscar la carne del gato, y en ese momento se abalanzaba hecho una furia, todo dientes y garras, usando cualquier cosa como escalera para llegar hasta la carne. Si lo que se le ofrecía para llegar hasta ella era una pierna o un brazo humano, Bossy no dudaba en utilizarlo. Anna lo domesticó en un día. Levantando un dedo admonitorio, le dio una conferencia sobre el vicio de la glotonería y las virtudes de la paciencia y las buenas maneras. Finalmente, Bossy era capaz de que la comida le durara

cinco minutos, mientras Anna se la daba a pedacitos, en vez de los treinta segundos habituales. En cuanto a Patch, el perro, se pasaba las horas sentado, practicando ritmos nuevos con la cola.

En el jardín de detrás había una heterogénea colección de conejos, paloma, colipavas, ranas y un par de culebras. El jardín de detrás, «El Patio», como lo llamábamos, era un lugar bastante grande para el East End. Un poco de césped, algunas flores y un árbol, grande, de unos doce metros de altura. En conjunto, Anna tenía bastante campo para practicar su magia. Pero nadie cayó bajo su hechizo más

completamente ni más a gusto que yo. Mi trabajo, en una fábrica, no quedaba a más de cinco minutos de camino de casa, de manera que yo siempre volvía a comer alrededor de las doce y media. Hasta entonces, cuando al salir para el turno de la tarde mamá me preguntaba a qué hora volvería esa noche, mi respuesta habitual era: «Seguramente antes de medianoche». Ahora las cosas eran diferentes. Anna salía a la calle a despedirme y yo partía húmedo de besos y con la promesa de estar de vuelta a eso de las seis de la tarde. Pasar el tiempo solía significar beber alguna cerveza en la taberna mientras regresaba

a casa y jugar una que otra partida de dardos con Cliff y George, pero ahora ya no lo hacía. Cuando sonaba la sirena de la fábrica, yo me iba a casa. No corría, exactamente, pero caminaba a paso vivo.

Esa caminata hacia casa era un placer; cada paso que daba era un paso que me acercaba a Anna. La calle por donde tenía que ir describía una ligera curva hacia la izquierda, y yo tenía que recorrer más de la mitad de la distancia hasta poder distinguir nuestra casa, y ahí estaba ella. Con lluvia o con sol, con nieve o con viento helado, Anna siempre estaba ahí, y ni una sola vez faltó al

encuentro, salvo... pero eso vendrá después. Dudo que alguna vez hayan existido amantes que se encontraran con más regocijo. Cuando me veía llegar por la curva de la calle, venía a mi encuentro.

La capacidad de Anna para lograr que cualquier situación fuera perfecta era realmente extraordinaria. Tenía el misterioso don de hacer, en el momento justo, lo que había que hacer para sacar el máximo partido de una situación. Yo siempre había pensado que los niños corrían al encuentro de los que amaban, pero Anna no. Cuando me veía empezaba a caminar hacia mí, no muy

lentamente, pero tampoco con demasiada rapidez. Cuando empezaba a verla, estaba demasiado lejos para que yo pudiera distinguir sus facciones; podría haber sido cualquier otra criatura, pero no lo era. Su hermoso pelo cobrizo se destacaba a la distancia, era imposible confundirla.



Después de las primeras semanas que pasó con nosotros siempre se ponía en el pelo una cinta de intenso color

verde para el momento de nuestro encuentro. Al evocarlo, estoy seguro de que su forma de caminar hacia mí era deliberada y calculada. Había captado el significado de esos encuentros y había comprendido casi instantáneamente hasta qué punto exacto podía dramatizarlos, cuánto se podían prolongar para obtener de ellos todo el gozo que podían proporcionar. Para mí, ese minuto, o esos dos minutos de caminar hacia ella eran de una absoluta perfección; nada se podía añadir, y nada se podía suprimir sin destruirla por completo.

Fuera lo que fuese lo que ella

comunicaba a través del espacio que nos separaba, era algo casi sólido. Su cabello ondulante, el brillo de los ojos, la sonrisa enorme y descarada, se transmitían como una descarga de alto voltaje a través del espacio. A veces, sin decir palabra, Anna se limitaba a tocarme la mano en señal de saludo; a veces, los últimos pasos que daba la transformaban en una gigantesca explosión, se relajaba y se arrojaba en mis brazos. Y en no pocas ocasiones se detenía frente a mí y me tendía los puños cerrados. Pronto aprendí que eso quería decir que había encontrado algo que la enternecía, y nos deteníamos a examinar

el hallazgo del día... tal vez un escarabajo, una oruga o una piedra. Mirábamos en silencio, inclinadas las cabezas sobre el tesoro. Los ojos de Anna eran grandes y profundos abismos de interrogantes. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué? Yo encontraba su mirada y hacía un gesto con la cabeza; con eso es suficiente, me respondía ella, también sin palabras.

La primera vez que eso sucedió, me pareció que se me escapaba el corazón. Me esforcé por mantenerme firme. Deseaba tomarla en brazos para consolarla. Felizmente, conseguí hacer lo que el momento requería. Supongo

que algún ángel, al pasar, me dio un codazo. La desdicha necesita consuelo, y quizá también el temor, pero esos momentos especiales con Anna eran momentos de misterio puro y simple. Eran momentos muy de ella y muy privados, que Anna decidía compartir conmigo y que yo me sentía honrado de compartir. No podía consolarla, porque eso habría significado una invasión a la que no me atrevía. Lo único que podía hacer era ver lo que ella veía, conmoverme como ella se conmovía. Es esa forma de sufrimiento que uno tiene que soportar solo. Como ella decía con tanta sencillez:

—Es para mí y para el Señor Dios.
Y para eso no hay respuesta.

En casa, la comida de la noche era siempre más o menos lo mismo. Como hija de un granjero irlandés, a mamá le gustaba preparar guisados. Una gran olla de hierro y una tetera, igualmente grande, también de hierro negro, eran los dos utensilios de cocina más usados. Muchas veces, lo único que permitía distinguir el guisado del té era que este siempre se servía en tazones, mientras que el guisado venía en platos. Ahí terminaba la diferencia, porque a menudo en el té había tantos elementos sólidos como en el guiso.



Mamá creía firmemente en el dicho de que la naturaleza tiene cura para todo. No había hierba, flor ni hoja que no fuera la cura específica de una dolencia u otra. Hasta el cobertizo de afuera tenía su utilidad: proporcionar telarañas. Así como hay pueblos que

tienen vacas sagradas o gatos sagrados, mamá tenía arañas sagradas. Jamás llegué a comprender del todo la razón por la que utilizaba las telas de araña, pero lo cierto era que el emplasto para cualquier corte o rasguño eran las telas de araña. Y por si no las hubiera, siempre había papel de fumar bajo el reloj de la cocina. Una vez bien lamidos, los papeles se pegaban sobre el corte. Nuestra casa estaba atestada de botellas de zumos, hojas secas y ramilletes de esto, aquello y lo de más allá, todo colgado del techo. Todos los achaques se trataban de la misma manera: te lo frotas, te lo lames o, si no

puedes lamértelo, escupes encima. O si no, «Bébetelo, que te hará bien».

Fuera cual fuese el valor real de estas cosas, lo único seguro era que nadie jamás estaba enfermo. El doctor no entró en nuestra casa sino cuando se sospechaba que algo estuviera roto, y cuando nació Stan. No importaba que el té o, para usar la expresión completa, «el rico té», y el guisado tuvieran el mismo aspecto; los dos sabían a gloria, y las comidas nos satisfacían el hambre a todos.

Mamá y Anna compartían muchos gustos y aversiones; tal vez lo más simple y lo más bello que compartían

fuera su actitud hacia el Señor Dios. La mayoría de las personas que yo conocía usaban a Dios como excusa para sus fracasos. «Él debería haber hecho esto», decían, o «¿por qué Dios me hace algo así?», pero en el caso de mamá y Anna, las dificultades y adversidades se convertían en ocasiones de hacer algo. La fealdad era una oportunidad de hacer algo bello, la tristeza una ocasión para pasar de ella a la alegría. Para ellas, el Señor Dios era siempre accesible. A un extraño se le habría disculpado que creyera que el Señor Dios vivía con nosotros, pero es que eso era lo que creían mamá y Anna. Rara era la vez que

al Señor Dios no se le incluía en alguna conversación, de una manera u otra.

Una vez terminada la cena y recogidos todos los restos y sobrantes, Anna y yo nos dedicábamos a alguna actividad, que generalmente elegía ella. Los cuentos de hadas quedaban de lado como simples ficciones; vivir era real, interesante, y mucho más divertido. La lectura de la Biblia no resultaba muy satisfactoria. Anna la consideraba más bien como una lectura elemental, estrictamente para niños muy pequeños. ¡El mensaje de la Biblia era simple, y cualquiera que tuviera dos dedos de frente lo entendía en media hora escasa!

La religión era para hacer cosas, no para leer sobre hacer cosas. Una vez captado el mensaje, no servía de mucho volver una y otra vez sobre lo mismo. El párroco de nuestro barrio se quedó de una pieza cuando habló con Anna de Dios. La conversación fue así:



—¿Tú crees en Dios?

—Sí.

—¿Y sabes lo que es Dios?

—Sí.

—Bueno, ¿qué es Dios?

—¡Es Dios!

—¿Vas a la iglesia?

—No.

—¿Por qué no?

—¡Porque ya sé todo lo que hay que saber!

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé amar al Señor Dios y amar a la gente y a los gatos y a los perros y a las arañas y a las flores y a los árboles —y la enumeración seguía y seguía— con todo mi corazón.

Carol me miró con una sonrisa, Stan puso cara de ausente y yo me metí a toda

prisa un cigarrillo en la boca y me permití el lujo de toser un poco. No es mucho lo que se puede hacer frente a una acusación como esa, ya que en el fondo de eso se trataba. («Los locos y los niños...») Anna había dejado de lado todos los detalles para destilar siglos de enseñanzas en una sola declaración:

—Y Dios dijo ámame, ámalos, ámalo, y no te olvides de amarte a ti mismo también.

A Anna, toda la historia de que los adultos fueran a la iglesia le parecía muy sospechosa. La idea de una adoración colectiva chocaba con su necesidad de mantener conversaciones

privadas con el Señor Dios. Y en cuanto a eso de ir a la iglesia para encontrarse con el señor Dios, le parecía ridículo. Después de todo, si el Señor Dios no estaba en todas partes, no estaba en ningún lado. Para Anna, la presencia física en la iglesia y las charlas con el «Señor Dios» no tenían necesariamente ninguna relación. Para ella, todo el asunto era de una transparente simplicidad. Cuando uno era muy pequeño, iba a la iglesia para enterarse del mensaje. Una vez que lo conocía, se iba y comenzaba a practicar lo que había aprendido. Si uno seguía yendo a la iglesia era porque no había recibido el

mensaje, o porque no lo entendía, o simplemente «por hacer alarde».

Después de la cena yo siempre le leía algo a Anna, libros sobre temas que podían ir de la poesía a la astronomía. Después de un año de lecturas, tres libros llegaron a ser sus favoritos. El primero era un gran libro de imágenes que no contenía otra cosa más que fotografías de copos de nieve y dibujos formados por la escarcha. El segundo libro era la *Concordancia Completa*, de Cruden, y el tercero, como si no hubiera podido elegir algo más extraño, era la *Geometría de las cuatro dimensiones*, de Manning. Cada uno de esos libros

actuaba sobre Anna como un catalizador. Los devoraba ávidamente, y de su digestión iba derivando su propia filosofía.



Uno de sus placeres era que yo le leyera la parte de la concordancia que

se refería al significado de los nombres propios. Yo le leía los nombres en estricto orden alfabético, y le daba el significado. Después de haber saboreado y repensado cada nombre, Anna decidía si le parecía bien. La mayoría de las veces sacudía la cabeza, tristemente y con desilusión; eso no servía. A veces era perfecto; el nombre, la persona, el significado, todo se adecuaba exactamente para su sensibilidad y, sin poder dominar su excitación, saltaba sobre mis rodillas y me decía:

—Anótalo, anótalo.

Eso significaba que yo debía

escribir el nombre en enormes mayúsculas en una tira de papel, que Anna contemplaba durante uno o dos minutos con absoluta concentración, para guardarla después en una de sus múltiples cajas. Tras un momento para recuperar la compostura, me decía:

—Sigue, por favor.

Y seguíamos. Con algunos nombres, hacían falta quince minutos o más para decidir, en el sentido que fuera. La decisión se tomaba en completo silencio. Si alguna vez yo me movía para ponerme más cómodo, o empezaba a hablar, recibía como reprimenda un movimiento de cabeza, una mirada

enérgica y un dedito apoyado con firme suavidad sobre mis labios. Aprendí a esperar con paciencia. Nos llevó unos cuatro meses terminar con la sección dedicada a los nombres propios, y hubo momentos de gran emoción y otros de desilusión profunda, sin que en el momento yo entendiera ni unos ni otros. Más adelante pude conocer el secreto.

Desde nuestro primer encuentro, ella siempre se refería a Dios como el Señor Dios; el Espíritu Santo, por alguna razón que sólo Anna conocía, era Vehrak. Jamás le oí pronunciar el nombre de Jesús. Si alguna vez lo mencionaba, era como el hijo del Señor Dios. Una noche

que estábamos recorriendo la J, llegamos a Jesús. Apenas si había yo pronunciado la palabra cuando me detuvo un «¡No!», la oscilación de un dedito y un «Sigue, por favor». ¿Quién era yo para discutir? Seguí. El próximo nombre de la lista era *Jetró*. Tuve que pronunciarlo tres veces antes de que Anna, volviéndose a mí, me dijera:

—Ahora lee lo que dice.

—*Jetró* —leí, obediente—.

Significa el que se destaca o permanece, o el que examina e investiga, y también línea o cuerda.

El efecto de mis palabras fue eléctrico, catastrófico. En un solo

movimiento se bajó de mi regazo, me miró a los ojos y se quedó ahí acurrucada con las manos entrecruzadas, toda ella temblando de excitación. Durante un momento de horror pensé que estaba enferma o que había sufrido un ataque, pero no era así. Fuera cual fuese, la explicación estaba en algo más profundo de lo que yo podía alcanzar. Anna rebosaba alegría.

—Es verdad, yo lo sé. Es verdad, es verdad. Yo lo sé —repetía incesantemente.

Sin dejar de repetir esas palabras, corrió hacia el patio. Yo hice ademán de seguirla, pero mamá me detuvo con un

movimiento de la mano.

—Déjala, que es feliz. Se le ve en los ojos.

Pasó media hora sin que Anna volviera. Cuando lo hizo, sin decir palabra se sentó en mis rodillas, me dedicó una de sus sonrisas especiales y me pidió:

—Por favor, escríbeme el nombre grande para esta noche.

Después se quedó dormida. No se despertó siquiera cuando la acomodé en la cama. Pasaron meses, y la palabra epilepsia seguía rondando mis pensamientos.

Mamá decía siempre que

compadecía a la mujer que se casara conmigo, porque tendría que competir con mis tres amantes, las matemáticas, la física y los chismes electrónicos. Para mí era más importante leer sobre esos temas o manipular mis aparatos que comer o dormir. Jamás me compré un reloj de pulsera ni una pluma estilográfica, y muy rara vez me compraba ropa, pero a todas partes iba siempre con mi regla de cálculo. Eso era algo que fascinaba a Anna, quien no tardó en querer una para ella. Después de aprender a contar, y cuando todavía era incapaz de sumar dos números, ya extraía raíces con ayuda de su regla de

cálculo. Los amantes de la regla de cálculo no tardan en adoptar un método estable de usar el aparatito. Lo sostienen con la mano izquierda, dejando la derecha libre para usar el lápiz; el cursor se puede mover con el pulgar, mientras la otra escala se mantiene firme contra la mesa de trabajo. Uno de mis grandes placeres era ver a esa miniatura de chiquilla de pelo cobrizo mientras sacaba sus «resultados», como ella decía; mirarla desde más de un metro ochenta de altura y preguntarle «¿Qué tal va, Tich?», y ver cómo su cabeza giraba y se levantaba y cómo un delicioso estremecimiento iba subiéndole desde

los dedos de los pies para recorrerle todo el cuerpo y alborotarse en lo alto de la cabeza en un torbellino de sedosos hilos de cobre, mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa de absoluto deleite.



Algunas tardes las dedicábamos a tocar el piano. Yo toco bastante bien, un poco a estilo bar, algo de Mozart, algo de Chopin, y algunas piezas como la

«Danza de Anitra», para mantenerme en forma. Sobre el piano había varios aparatos electrónicos y uno de ellos, el osciloscopio, tenía para Anna todo el encanto de una varita mágica. Nos pasábamos las horas sentados en la habitación donde estaba instilado el piano, tocando notas aisladas y mirando la danza resplandeciente del punto verde en la pantalla. Todo ese asunto de relacionar los sonidos que le transmitían a uno los oídos, con la forma visual que tenían los mismos sonidos en la pequeña pantalla del tubo era una fuente inagotable de placer.

¡Y los sonidos y ruidos que

captábamos Anna y yo! Una oruga que devoraba una hoja sonaba como un león hambriento, una mosca dentro de un frasco de mermelada parecía un avión, el raspar de una cerilla recordaba a una explosión. Todos esos ruidos y muchos más se amplificaban y se hacían accesibles, no sólo en forma sonora, sino también visible. Anna había encontrado un mundo nuevo, flamante, para explorar. Yo no sabía hasta qué punto tenía significado para ella; tal vez no fuera más que un juguete muy elaborado, pero para mí, con sus chillidos de placer era bastante.

No fue sino en algún momento del

verano siguiente cuando empecé a darme cuenta de que para ella los conceptos de frecuencia y longitud de onda eran significativos, de que realmente sabía y entendía qué era lo que estaba oyendo y mirando. Una tarde de verano, cuando todos los chiquillos jugaban en la calle, apareció un moscardón enorme.

—¿Cuántas veces por minuto agita las alas? —se le ocurrió preguntar a un chico.

—Deben ser millones —contestó otro.

Anna entró corriendo en casa, canturreando en un tono muy bajo. Yo estaba sentado en el umbral de la puerta.

Unos rápidos toquecitos en el piano le bastaron para identificar la nota, la de su canturreo y el zumbido del moscardón. Entonces volvió a la puerta.

—¿Me prestas tu regla de cálculo?

No tardó más que un momento en gritar:

—Un moscardón agita las alas...

Y mencionó un número de veces por segundo. Nadie le creyó, pero lo cierto es que había errado por muy poco margen.

Todo sonido que se podía captar, se captaba. Las comidas empezaron a estar salpicadas de comentarios como: «¿Sabías que un mosquito agita las alas

tantas veces por segundo, o una mosca tantas otras veces por segundo?».

Todos esos juegos llevaron inevitablemente a hacer música. Ya para esa época, cada nota había sido minuciosamente examinada, y un sonido dependía de cuántas veces oscilaba por segundo. Anna no tardó en componer pequeñas melodías a las que yo agregaba la armonía. En la casa pronto empezaron a resonar los ecos de cancioncillas con títulos como «Mami», «La danza del Señor Jetró» y «Risas». Anna había empezado a componer. Me imagino que en su vida no había más que un problema: la falta de horas en el día.

Había tanto para hacer, tantas cosas emocionantes para descubrir.



Otra alfombra mágica era el microscopio, que revelaba el mundo de lo pequeño, haciéndolo grande. Un mundo de formas y diseños complicados, un mundo de criaturas

demasiado diminutas para verlas a simple vista; hasta una simple mota de polvo era una maravilla.

Antes de que ella se aventurara en esos mundos ocultos, el Señor Dios era amigo y compañero de Anna, pero ahora eso le parecía un poco demasiado. Si el Señor Dios había hecho todo eso, bueno... entonces era algo más grande de lo que Anna se había imaginado. Había que pensarlo un poco. Durante las semanas que siguieron, su actividad disminuyó; seguía jugando en la calle con los otros niños; seguía tan dulce y tierna como siempre, pero se volvió más hacia dentro; mostraba una mayor

inclinación a estar sola, sentada en lo alto del árbol del patio, sin otra compañía que la de Bossy. No importaba hacia dónde mirara, siempre le parecía que cada vez había más de todo.

Durante esas semanas Anna hizo una lenta recopilación de todo lo que sabía; caminaba lentamente, tocando las cosas, como si buscara alguna clave que se le hubiera pasado por alto. No hablaba mucho en esa época. Cuando se le hacían preguntas las contestaba con toda la sencillez que podía, disculpándose por su ausencia con la más dulce de las sonrisas, diciendo sin palabras:

«Espero que me disculpen, pero volveré tan pronto como haya resuelto este pequeño rompecabezas».

—Finalmente, toda la historia culminó cuando Anna se volvió hacia mí, preguntando:

—¿Puedo ir esta noche a tu cama?

Hice un gesto afirmativo.

—Ahora —me urgió.

De un salto se bajó de mis rodillas, me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta. Yo la seguí.

Creo que aún no he contado la forma que tenía Anna de resolver los problemas. Cuando se veía enfrentada con una situación poco clara, no había

más que una cosa que hacer: quitarse la ropa. Así fue como nos encontramos en la cama, mientras el farol de la calle iluminaba la habitación, Anna con la cabeza sostenida en ambas manos, los codos firmemente plantados en mi pecho. Esperé. Durante diez minutos se mantuvo inmóvil, mientras ordenaba adecuadamente su razonamiento, y después se lanzó al ataque.



—El Señor Dios ha hecho todas las cosas, ¿no es verdad?

De nada hubiera servido decir que en realidad yo no estaba seguro sobre ese punto.

—Sí —respondí.

—¿También el polvo y las estrellas y los animales y la gente y los árboles y

todo, hasta los *polipinchos*?

Los *polipinchos* eran las minúsculas criaturas que habíamos visto con el microscopio.

—Sí, todo eso —asentí. Con un gesto, Anna se mostró de acuerdo.

—¿Y el Señor Dios nos ama de verdad?

—Eso, seguro —afirmé—. El Señor Dios ama todas las cosas.

—Ah —acotó—. Bueno, entonces, ¿por qué permite que las cosas se estropeen y mueran? —su tono era como el de alguien que siente que ha traicionado una verdad sagrada, pero una vez que se había planteado el

problema, no tenía más remedio que intentar resolverlo.

—No lo sé —respondí—. Hay muchísimas cosas del Señor Dios que no sabemos.

—Bueno, entonces —continuó Anna — si hay muchas cosas del Señor Dios que no sabemos, ¿cómo sabemos que nos ama?

Yo ya veía que iba a ser una de «aquellas» veces, pero gracias al cielo Anna no esperaba respuesta para su pregunta, y se apresuró a continuar:

—A los *polipinchos*, yo puedo amarlos hasta que reviente, pero ellos no se enterarán, ¿no es cierto? Yo soy un

millón de veces más grande que ellos, y el Señor Dios es un millón de veces más grande que yo, por tanto, ¿cómo sé yo qué es lo que hace el Señor Dios?

Durante un ratito, se quedó en silencio. Más tarde, pensé que en ese momento Anna había lanzado su mirada de despedida a la infancia.

—Fynn —continuó—, el Señor Dios no nos ama —vaciló—. No, porque en realidad, sabes, únicamente las personas pueden amar. Yo amo a Bossy, pero Bossy no me ama. Amo a los *polipinchos*, pero ellos no me aman. Te amo a ti, Fynn, y tú me amas, ¿no es verdad?

Apreté más el brazo con que la rodeaba.

—Tú me amas porque eres persona. Yo amo de verdad al Señor pero él no me ama.

Sus palabras me sonaron a toque de difuntos. Maldita sea, pensé, ¿por qué tienen que pasarle cosas así a la gente? Ahora se ha quedado en el aire. Pero me equivocaba; Anna tenía los pies firmemente apoyados en el peldaño siguiente.

—No —prosiguió—, no, él no me ama en la forma en que me amas tú; es, diferente, es un millón de veces más grande.

Debí moverme o hacer algún ruido en ese momento, porque Anna se enderezó y se sentó sobre los talones, riendo. Después se me echó al cuello y me desató el pequeño nudo de dolor, extrajo la inútil astilla de celos con la delicada pericia de un cirujano.

—Fynn, tú eres capaz de amar mejor que cualquier persona que haya vivido nunca, y yo también, ¿no te parece? Pero el Señor Dios es diferente. Fíjate, Fynn, las personas sólo pueden amar por fuera y besar por fuera, pero el Señor Dios puede amarte por dentro y besarte por dentro, así que es diferente. El Señor Dios no es como nosotros; nosotros nos

parecemos un poquito al Señor Dios, pero no mucho todavía.

Me pareció que todo se reducía al hecho de que nosotros éramos como Dios por algunas similitudes, pero Dios no era como nosotros por nuestra diferencia. El fuego interior de Anna había purificado sus ideas y, como un alquimista, había convertido el plomo en oro. Todas las definiciones humanas de Dios, como Bondad, Misericordia, Amor y justicia, habían desaparecido, porque eran meros recursos para tratar de describir lo indescriptible.

—Fíjate, Fynn, el Señor Dios es diferente de nosotros porque él puede

terminar las cosas y nosotros no. Yo no puedo terminar de amarte porque me habré muerto millones de años antes de poder terminar, pero el Señor Dios puede terminar de amarte, así que no es un amor de la misma clase, ¿no? Ni siquiera el amor del Señor Jetró es lo mismo que el del Señor Dios, porque él solamente vino aquí para hacernos recordar.

La primera andanada era suficiente para mí; todo eso había que pensarlo un poco, pero no me iba a salvar del resto de su artillería.

—Fynn, ¿por qué las personas tienen peleas y guerras y esas cosas?

Se lo expliqué lo mejor que pude.

—Fynn, ¿qué palabra se utiliza para decir que uno lo ve de manera diferente?

Después de un par de minutos de tanteos di con la frase que ella quería obtener de mí, la expresión «punto de vista».

—Fynn, ahí está la diferencia. Todo el mundo tiene un punto de vista, pero el Señor Dios no. El Señor Dios no tiene más que puntos *para* ver.

En ese momento, todo lo que yo deseaba era levantarme e irme para una larga, larguísima caminata. ¿Qué se proponía esa chiquilla? ¿Qué había hecho? Para empezar, Dios podía dar

término a las cosas y yo no. Aceptémoslo, pero ¿qué quería decir eso? Me parecía que Anna había substraído a la limitación del tiempo la idea de Dios, para asentarla en el ámbito de la eternidad.

¿Y esa diferencia entre «un punto de vista» y «puntos para ver»? Eso me dejó estupefacto, pero con algunas preguntas más se aclaró el misterio. «Puntos para ver» no era una expresión feliz. Lo que Anna quería decir era «puntos desde donde ver». Ahí llegaba su segunda andanada. La Humanidad en general tenía un número infinito de puntos de vista, pero el Señor Dios tenía un

número infinito de puntos desde donde ver. Cuando lo formulé de esa manera y le pregunté si era eso lo que quería decir, hizo un gesto de asentimiento y esperó, a ver si yo acababa de captarlo del todo. Pues veamos. La Humanidad tiene un número infinito de puntos de vista. Dios tiene un número infinito de puntos desde donde ver. Eso significa que... Dios está en todas partes. Di un respingo.

Anna prorrumpió en carcajadas.

—Lo ves —me dijo—, ¿lo ves?

Y bien que yo veía.

—Hay otra forma en que el Señor Dios es diferente —por lo visto, no

habíamos terminado todavía—. El Señor Dios puede conocer a las cosas y a las personas desde dentro también. Nosotros solamente las conocemos desde fuera, ¿no es así? Así que ya ves, Fynn, la gente no puede hablar del Señor Dios desde fuera; del Señor Dios sólo se puede hablar desde dentro de él.

Quince minutos más tardamos en concretar esos argumentos.

—¿No es una maravilla? —susurró después Anna, me besó y se acurrucó bajo mi brazo, disponiéndose a dormir.

Diez minutos después:

—¿Fynn?

—¿Sí?

—Fynn, ¿te acuerdas del libro sobre las cuatro dimensiones?

—Sí, ¿qué hay con eso?

—Ya sé dónde está la número cuatro; está dentro de mí.

Yo ya había tenido bastante por esa noche, y con toda la firmeza y autoridad de que era capaz, la interrumpí:

—Ahora a dormir, que ya hemos tenido bastante charla por esta noche. Si no te duermes, te daré en el trasero.

Dio un leve chillido, me miró, me sonrió y se arrebujó más a mi lado.

—¡Qué va! —murmuró adormilada.

El primer verano que Anna pasó con nosotros fueron días de aventuras y

visitas. Fuimos a Southend-on-Sea, a Kew Gardens, al museo de Kensington y a muchos otros sitios, la mayoría de las veces solos, pero en algunas ocasiones acompañados de una banda de chiquillos. Nuestra primera excursión fuera del East End fue «para el otro extremo». Para quien no esté familiarizado con esa expresión, diré que significa simplemente al oeste de Aldgate.

En esa ocasión Anna llevaba una falda de tartán y una camisa, boina escocesa negra, zapatos negros con grandes hebillas relucientes y medias de tartán. La falda era muy plisada, de

modo que cuando giraba se abría como un paracaídas. Anna marchaba como una modelo, saltaba como Bambi, volaba como un pájaro y se balanceaba en las cadenas que había en algunas aceras como un equilibrista sobre la cuerda. Cuando Anna imitaba la manera de andar de Millie, una prostituta, con la cabeza alta, oscilando levemente el cuerpo para que se le mecieran las faldas, una sonrisa en el rostro y resplandecientes los ojos, no había defensa posible. La gente la miraba y sonreía. Anna era como un súbito derroche de sol después de varias semanas de cielo encapotado. Claro que

la gente le sonreía; no podían evitarlo. Anna se daba perfecta cuenta de cómo la miraban los viandantes, y a veces se volvía para mirarme con una enorme sonrisa de placer. Danny decía que Anna no caminaba, avanzaba como una reina. De vez en cuando, su avance se veía entorpecido por sus súbditos: gatitos extraviados, perros, palomas y caballos, por no hablar de carteros, lecheros, conductores de autobús y policías.



Conforme nos acercábamos hacia el oeste de Aldgate los edificios se hacían cada vez más grandes y, consecuentemente, más se iba abriendo la boca de Anna. Daba vueltas y más vueltas, describiendo pequeños círculos, caminaba hacia atrás, hacia un lado,

hacia todas partes. Finalmente se detenía perpleja, me tiraba de la manga y me preguntaba:

¿Todos estos son palacios y en ellos viven los reyes y las reinas?

El edificio del Banco de Inglaterra no la impresionaba demasiado, ni tampoco la catedral de San Pablo; las palomas ganaban a ojos cerrados. Después de hablarlo un poco, decidimos entrar a presenciar el servicio religioso. Anna estuvo muy incómoda, jugueteando todo el tiempo con esto y aquello. Tan pronto como terminó el servicio nos dimos prisa en salir y fuimos directamente hacia donde estaban las

palomas. Con gran placer, Anna se sentó en el suelo a darles de comer. Yo me quedé a unos pasos de distancia, observándola. Sus ojos saltaban velozmente de una cosa a otra, de las puertas de la catedral a los viandantes, al tráfico, a las palomas. De vez en cuando sacudía la cabeza como si algo no le gustara. Yo trataba de distinguir qué podía ser lo que la afectaba tanto, pero sin llegar a ver nada que pudiera explicar su estado de ánimo.

Pasados unos meses, yo interpretaba ya perfectamente su señal de inquietud. Esa brusca sacudida de la cabeza no anunciaba nada bueno. A mí me parecía

siempre como si Anna intentara apartar de su mente algún pensamiento desagradable, de la misma manera que uno podría sacudir una alcancía para hacer salir las monedas.

Yo me acercaba a ella y me quedaba esperando. La mayor parte de las veces, la proximidad era el único impulso que necesitaba. Y el movimiento de acercarme a ella no encerraba la intención de darle consejos. Ya hacía tiempo que yo había dejado atrás eso. «Creo que puedo arreglármelas», era su invariable respuesta cuando se le preguntaba: «¿Qué pasa, Tich?». En las ocasiones en que no podía arreglárselas

sola con las respuestas, entonces y sólo entonces, hacía preguntas. No, la razón por la que yo me acercaba a ella era simplemente que así tenía los oídos listos, por si ella los necesitaba. Y cuando no los necesitaba, eso constituía un síntoma muy malo.

Desde San Pablo seguimos andando hasta Hyde Park. Después de todos esos meses, yo empezaba a sentirme orgulloso de ser cada vez más capaz de pensar como Anna. Comenzaba a comprender su proceso mental y la forma en que decía las cosas. Esa tarde, en especial, había un simple hecho que yo había olvidado... o mejor, que no

había percibido. Se trataba de esto: hasta ese momento el horizonte visual de Anna había estado dibujado por casas, fábricas, grúas y estructuras que lo delimitaban. De pronto habían aparecido los espacios abiertos —para Anna, muy abiertos— del parque. Yo no estaba preparado para su reacción. Después de la primera mirada, Anna ocultó la cara contra mi cuerpo, me aferró con ambas manos, y comenzó a gritar. Cuando la levanté se me adhirió como una lapa, apretándome el cuello con sus bracitos y la cintura con las piernas, mientras sollozaba sobre mi hombro. Aunque hice todos los ruidos apropiados, no

sirvieron de mucho.

Pasados unos minutos, miró furtivamente por encima del hombro y dejó de llorar.

—¿Quieres ir a casa, Tich? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—Ahora puedes dejarme en el suelo —me dijo.

Creo que yo había esperado consolarla llevándola a caballo a través del césped. Tras un par de profundos resoplidos y un momento para recobrar la compostura, iniciamos la exploración del parque, sin que Anna dejara de apretar mi mano fuertemente. Como cualquier otra criatura, Anna tenía sus

miedos, pero a diferencia de la mayoría de los niños, los reconocía. Y el reconocerlos le permitía comprender que podía seguir adelante a pesar de ellos.

¿Cómo puede un adulto saber el alcance exacto de ese terror? ¿Significa eso que el niño es tímido, que está alarmado, angustiado, petrificado o inmovilizado y rígido por el terror? Un monstruo de diez cabezas, ¿es más alarmante que una Idea? Si bien Anna no llegaba a dominar totalmente su miedo, fuera el que fuese, lo tenía bien controlado. Ya se sentía dispuesta a soltarse de mi mano, a dar algunos pasos

hacia algo que provocaba su interés, sin dejar de mirar hacia atrás para asegurarse de que yo seguía allí. Entonces, yo me detenía y la esperaba. Todavía estaba un poco asustada, y sabía también que yo me daba cuenta de que estaba asustada. El hecho de que yo me detuviera cada vez que ella se soltaba de mi mano producía en su rostro una agradecida sonrisita de reconocimiento.

Mentalmente, me trasladé a la época en que yo tenía la edad de ella. Mis padres me habían llevado a Southend-on-Sea. La visión del mar y la opresión de toda esa gente produjeron en mí la

misma impresión que si me hubiera atropellado un autobús. La primera vez que vi el mar estaba cogido de la mano de mi padre, y después, repentinamente, me encontré aferrando la mano de un desconocido. No es mucho lo que puedo recordar, salvo que ahí, y en ese instante, el mundo se me acabó. De modo que, fueran cuales fuesen los temores de Anna yo era capaz de comprenderlos un poco.

Sus breves escapadas de exploración iban, lentamente, devolviendo las cosas a la normalidad. Anna regresaba con sus habituales tesoros, hojas de diferentes formas,

piedras, trocitos de ramas y cosas así. Su entusiasmo ya no aceptaba restricciones.

De pronto oí el gruñido áspero de uno de los guardas del parque. Me di vuelta y allí estaba Anna, de rodillas frente a un macizo de flores. Yo me había olvidado de decirle que estaba Prohibido Pisar el Césped. Anna no habría retrocedido ante el propio Lucifer, y mucho menos ante un guarda del parque. Tras haber superado una catástrofe, yo no tenía ganas de hacer frente a otra. Corrí a tomarla en mis brazos y la deposité nuevamente en el sendero.



—Me ha dicho —balbuceó indignada mientras señalaba con un dedo acusador—... me ha dicho que me saliera del césped.

—Sí —admití—, se supone que en esa parte del césped no hay que pararse.

—Pero es la mejor parte para pararse.

—Fíjate en estas palabras —le

señalé el anuncio—. Ahí dice «Prohibido pisar el césped».

Con gran concentración, estudió el anuncio mientras yo le deletreaba las palabras.

Más tarde, mientras estábamos sentados sobre el césped comiendo chocolate, comentó:

—Las palabras.

—¿Qué palabras?

—Esas que dicen que no hay que pisar la hierba... son como la iglesia donde fuimos esta mañana.

Entonces todo se aclaró. Para Anna, el servicio religioso, lo mismo que los macizos de flores, no había sido otra

cosa que un cartel que decía «Prohibido pisar el césped». Sentía que le impedían llegar a la mejor parte.

Estar dentro de una iglesia, no atender al servicio, sino estar dentro simplemente, era como visitar a un amigo muy, muy especial, y visitar a un amigo muy especial es una ocasión feliz, y eso, sin ninguna duda, es razón suficiente para bailar. Dentro de una iglesia, Anna bailaba; eso era la mejor parte. Es decir que los servicios religiosos, lo mismo que los anuncios que decían «Prohibido pisar el césped», la privaban de la mejor parte. Me sonreí al imaginar la clase de servicio

religioso que le gustaría a Anna. ¡Y no estoy muy seguro de que no fuera también el que preferiría el Señor Dios!

Una vez que hubo empezado a soltarse, no le fue difícil proseguir:

—¿Te acuerdas cuando lloré?

Hice un ruido de asentimiento.

—Me sentía pequeña, tan pequeña que casi me perdí.

Lo dijo con una vocecita débil y lejana y después, como si un zoom la hubiera traído de vuelta a través de un infinito de espacio para hacerla aterrizar en mi pecho, concluyó triunfante:

—Pero no me perdí, ¿te diste cuenta?

Cuando ya ese primer verano tocaba a su fin, Anna hizo dos descubrimientos especialmente pasmosos. El primero fueron las semillas... el hecho de que de las semillas crecen cosas, de que toda esa belleza, esas flores, esos árboles, ese césped maravilloso procedía de las semillas y, además, que uno podía tener esas semillas en sus manos. El segundo descubrimiento importante fue la escritura, que los libros y todo lo escrito en general tenían una faceta mucho más emocionante que la de ser un simple mecanismo para contar cuentos. Anna comprendió que escribir era como tener una memoria portátil, un medio de

intercambiar información.

Esos dos descubrimientos provocaron una inusitada actividad. Los procesos de pensamiento y la actividad corporal de Anna eran tales que a veces casi resultaba posible ver las imágenes de su mente.

La primera vez que sostuvo en la mano algunas semillas de flores fue una de esas ocasiones. Las palabras eran innecesarias; sus acciones y sus pensamientos hablaban por sí solos. Allí estaba, frente a una mata de flores silvestres, de rodillas, con un montoncito de semillas en las manos. Sus ojos expresaban sus pensamientos;

miraba las semillas con el ceño fruncido. Por encima del hombro, miró a la distancia y sus ojos se abrieron asombrados, volvieron a las semillas, y luego miraron de nuevo por encima del hombro. Finalmente se levantó, miró hacia afuera, no sé hacia dónde, y lentamente describió un círculo girando sobre sí misma. Cuando volvió a mirarme, todas sus lámparas internas estaban encendidas.

Yo no necesitaba que me dijeran qué era lo que estaba pasando por su cabeza; era fácil de ver. La rápida aguja de sus pensamientos había unido aquel escenario lleno de flores con las

desnudas manchas de tierra del East End. Claro que las semillas se podían transportar de un lugar a otro... entonces... ¿por qué no hacerlo? Me miró con enormes signos de interrogación en los ojos y yo, sin decir palabra, le tendí mi pañuelo limpio. Anna lo extendió en el suelo y, con un cuidado infinito, sacudió las cápsulas de semillas. La blancura del pañuelo no tardó en quedar cubierta por los oscuros granos de las semillas.

Miles de veces fui testigo de la recolección de semillas; jamás vi que Anna se mostrara brusca con una planta al despojarla de las semillas, y cada vez

tenía que hacer frente a la decisión:

—¿Le habré quitado demasiadas?
¿Le quedarán suficientes?

A veces, la decisión sólo se tomaba después de un cuidadoso examen de las vainas o cápsulas que quedaban. Si le parecía que había tomado demasiadas, Anna procedía a separar una parte de las semillas que había recogido y volvía a esparcirlas cuidadosamente sobre la tierra.

—¡Qué maravilla es el Señor Dios!
—se admiraba, como si las semillas hubieran hecho que el Señor Dios subiera diez puntos en su estimación.

Anna no sólo estaba profundamente

enamorada del Señor Dios; se sentía orgullosa de él. El orgullo de Anna por el Señor Dios crecía y crecía, hasta alcanzar tales proporciones que en algún momento idiota me encontré pensando si alguna vez el Señor Dios no se sonrojaría de placer. No importa cuáles sean los sentimientos que el Señor Dios haya despertado en los seres humanos a lo largo de tantos siglos, de una cosa estoy seguro, y es de que a nadie le ha gustado el Señor Dios tanto como a Anna.

Esas excursiones por el reino de las semillas implicaban salir siempre con una buena provisión de sobres y con un

gran morral que pendía de la cintura de Anna, asegurado en un espléndido cinturón de cuentas que Millie había hecho para ella. Millie era una de las integrantes de un grupo de jóvenes prostitutas que tenían una casa al final de nuestra calle. Para Anna, Millie y Jackie eran las dos muchachas más hermosas del mundo entero. Entre Anna y la joven prostituta se había establecido una corriente de recíproca admiración. Digamos de pasada que Millie tenía el pintoresco nombre de Venus de Mile End.

El otro gran descubrimiento que hizo Anna ese verano desembocó en una

complejísima actividad, porque en nuestra casa florecieron súbitamente libretas azules y tiritas de papel. Cuando se encontraba frente a algo nuevo, Anna abordaba al primer transeúnte y, tendiéndole el lápiz y papel, le pedía:

—Escríbeme esto en letras grandes, por favor.

Tres

EL ruego de que se lo «escribieran en letras grandes» solía provocar cierta reacción de azoramiento. En esas ocasiones, la actitud de Anna era una especie de cartucho de dinamita con una mecha muy, muy corta, y mucha gente se asustaba. Cuando se veían ante una chiquilla pelirroja de cinco años que le metía a uno una libreta y un lápiz en las manos, pidiendo que se lo «escribieran

en letras grandes», mucha gente se acobardaba, por decir poco. Eso parecía por la forma en que se apartaban, diciendo: «Déjame, chiquilla», «No me molestes, niña», pero Anna ya se lo esperaba, y seguía insistiendo. Para Anna, la carabela del descubrimiento ya estaba en pleno viaje. Es verdad que de cuando en cuando hacía agua, y a veces los mares del conocimiento se ponían un tanto embravecidos, pero ya no era ocasión de volverse. Había cosas que descubrir, y Anna estaba dispuesta a descubrirlas.

Fueron muchas tardes las que me pasé sentado en los escalones mientras

me fumaba un cigarrillo y la miraba disfrutar de su búsqueda de conocimientos, pidiendo a la gente que se lo «escribieran con letras grandes». Una tarde, después de una serie de negativas de los transeúntes, Anna empezó a desmoralizarse. Pensé que había llegado el momento de ofrecerle algunas palabras de consuelo, me levanté de los escalones y atravesé la calle hacia donde ella estaba.

Me señaló el tronchado muñón de una verja de hierro.

—Quiero que alguien me escriba algo sobre eso, pero no lo ven.

—Quizás estén demasiado ocupados

—sugerí.

—No, no es eso. No lo ven. No saben a qué me refiero.

En su respuesta había una especie de íntima y profunda tristeza; era una expresión que yo habría de oír una y mil veces. «No lo ven. No lo ven».

Al leer la desilusión que se reflejaba en su rostro, supe qué era lo que tenía que hacer... o creí saberlo. Era una de las situaciones que yo me figuraba que era capaz de resolver. La levanté y la abracé.

—No te sientas tan desilusionada, Tich.

—No estoy desilusionada, estoy

triste.

—No te preocupes —la consolé—, que yo te lo escribiré en letras grandes.

Se me escurrió de entre los brazos y se quedó en pie sobre la acera. Sus manos jugueteaban con la libreta y el lápiz, tenía la cabeza inclinada y lágrimas en las mejillas. Mi mente describía círculos y círculos. Los diversos métodos de abordarla se me confundían, y cuando estaba a punto de «arreglar las cosas» volvió a pasar aquel ángel y a sacudirme un golpecito en la cabeza, de modo que me quedé esperando, sin hablar. Anna seguía inmóvil, en el más absoluto

desconsuelo. Yo estaba seguro, me dije, estaba seguro de que lo que quería era correr a mis brazos, sabía que necesitaba consuelo, pero lo único que hacía era quedarse ahí desgarrada por su lucha interna. Pasaban los tranvías resonantes, la gente hacía sus compras, los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías y ahí seguíamos los dos, yo luchando contra el deseo de levantarla y Anna contemplando alguna imagen nueva que se dibujaba en su mente.

Por fin levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. De pronto sentí frío y tuve deseos de golpear a alguien. Yo conocía esa mirada, la había

visto ya en otras personas y más de una vez la había sentido suceder en mí mismo. Como un iceberg monstruoso que aparece entre la bruma, la palabra tomó forma, procedente desde lo más hondo de mí, aureolada de lágrimas pero, así y todo, inconfundible. Anna estaba despidiéndose de algo muerto. Todas las puertas de sus ojos y de su corazón estaban abiertas de par en par y esa celda solitaria que era su ser más íntimo aparecía con toda claridad.

—No quiero que tú me escribas nada —intentó sonreír, pero no lo consiguió y siguió hablando con tono lloroso—. Yo sé lo que tú ves, y tú

sabes lo que yo veo, pero hay gente que no ve nada y... y... —sollozando, se me arrojó en los brazos.

Ese atardecer, en nuestra calle de East End de Londres, tuve un niño en mis brazos y miré dentro de esa solitaria celda de humanidad. Ningún libro que haya leído, ninguna conferencia han podido enseñarme más que esos momentos. Solitaria es tal vez la celda, pero jamás oscura. No había tinieblas tras esos ojos llenos de lágrimas, sino un deslumbramiento de luz. Y Dios hizo al hombre a su imagen, pero no en la figura, no en la inteligencia, no en los ojos ni en los oídos, ni en las manos ni

en los pies, sino en esa absoluta interioridad. Allí estaba la imagen de Dios. No es lo que hay de demonio en su condición humana lo que hace del hombre una criatura solitaria, es su semejanza con Dios. Es la plenitud del Bien que no halla salida o no puede encontrar el «otro lugar» que le corresponde, lo que explica la soledad.

Anna estaba sufriendo por los demás. Eran ellos los que no podían ver la belleza de ese muñón de hierro quebrado, los colores, las formas cristalinas; no podían ver las posibilidades que todo ello encerraba. Anna quería que ellos se le unieran en la

admiración de ese mundo nuevo y deslumbrante, pero ellos no podían sentirse tan pequeños como para que esa fractura irregular se convirtiera en un mundo de montañas de hierro, de llanuras de hierro con árboles de cristal. Era un mundo nuevo que había que explorar, un mundo de la imaginación, un mundo hacia el que muy pocos querían o podrían seguirla. En ese muñón quebrado había todo un ámbito nuevo de posibilidades para explorar y para disfrutar.

Y era indudable que el Señor Dios se deleitaba en él, pero es que al Señor Dios no le importaba nada hacerse

pequeño. La gente pensaba que el Señor Dios era muy grande, pero estaban completamente equivocados. Evidentemente, el Señor Dios podía adoptar cualquier tamaño que a él se le ocurriera. «Si no pudiera ser pequeño, ¿podría saber acaso cómo es ser una mariposa?». Y realmente, ¿cómo podría saberlo? De modo que, como Alicia en el País de las Maravillas, Anna se comía el pastel de la imaginación y cambiaba de tamaño para adecuarse a la ocasión. Después de todo, el Señor Dios no tenía un solo punto de vista, sino una infinidad de puntos desde donde ver, y todo eso de vivir no tenía otro sentido

que ser como el Señor Dios. Por lo que a Anna se refería, ser buena, ser generosa, ser obediente, rezar y todas esas cosas tenían muy poco que ver con el Señor Dios. No eran, como se dice hoy en día, más que un truco publicitario. Todas esas cosas no eran más que «jugar sobre seguro», y Anna no quería tener nada que ver con eso. ¡No! La religión era solamente *ser* como el Señor Dios, y ahí era donde las cosas se podían poner un poco arduas. No era cuestión de ser buena y generosa y amante y todo eso, porque así uno se parecía más al Señor Dios. ¡No! Todo el sentido de estar vivo era *ser* como el

señor Dios, y si era así uno no podía menos que ser bueno y generoso y amante.

—Si te haces como el Señor Dios, no sabes que eres, ¿verdad?

—¿Que eres qué? —interrogué.

—Bueno y generoso y amante.

Este último comentario lo realizó en su tono de voz más descuidado, como si fuera algo insignificante y que no venía al caso. Era una técnica que yo ya conocía. Había que hacer como si no pasara nada, o bien empezar a hacer preguntas. Vacilé durante unos momentos, mientras contemplaba cómo la risa le subía desde los dedos de los

pies hasta estallar en un breve clamor de regocijo, y me di cuenta de que ya me había hecho caer en la trampa. Anna tenía algo que decir, y me había obligado a que yo le hiciera la pregunta. Si no se lo preguntaba entonces, igualmente tendría que hacerlo tarde o temprano...

—Está bien, Tich. ¿Qué es todo ese asunto de la bondad y la generosidad y el amor?

—Bueno... —el tono de su voz comenzó a descender la montaña rusa de la excitación, volvió a subir por el otro lado y siguió—. Bueno, si tú piensas que eres, no eres.

—¿Cómo es eso? —pregunté, desde mi situación de alumno retrasado de esa clase particular.

Pensé que había captado hacia dónde apuntaba la conversación y me imaginé que yo estaba ya dos pasos por delante de ella, esperándola. Anna había hecho señal de doblar a la derecha, y yo la esperaba, pero de pronto realizó un giro en U hacia la izquierda y aceleró contra todos los argumentos que yo había preparado. Con ese súbito viraje me hizo perder el equilibrio, y no tuve más remedio que volver andando hacia donde ella me esperaba.

—Está bien. ¡Adelante! —dije.

—Tú no pensarás que el Señor Dios *sabe* que él es bueno y generoso y amante, ¿verdad?

Creo que yo jamás me había detenido a pensarlo, pero si ella lo planteaba así no cabía más que una respuesta, aunque yo no estuviera convencido de su verdad.

—Me imagino que no —contesté.

En algún lugar entre el cerebro y las cuerdas vocales se me quedó atascada la pregunta «¿Por qué?». Tendría que haber sabido que toda esa conversación conducía a alguna conclusión, a alguna idea, a alguna formulación que a Anna le satisfacía plenamente. Se concentró,

conteniendo con gran esfuerzo su excitación, hasta que de pronto estalló, jadeante:

—El Señor Dios no sabe que es bueno y generoso y amante. El Señor Dios es... está... ¡vacío!

Bueno. Yo puedo aceptar que la piedra que me magulla un dedo del pie no esté realmente ahí. No tengo inconveniente en admitir la idea de que todo es pura ilusión, pero que el Señor Dios esté vacío, simplemente no tiene sentido. ¡Cualquiera que razone llega a la conclusión de que el Señor Dios está lleno! Lleno de conocimiento, lleno de amor, lleno de compasión... de

cualquier cosa que a uno se le ocurra, de eso está lleno. Si Dios es como... como una gigantesca media de Navidad llena de presentes, inagotable, que derrama sobre sus hijos presentes innumerables e indecibles en un movimiento ininterrumpido. ¡Claro que está lleno, demonios! Eso era lo que me habían enseñado y esa es la verdad... ¿o no?

No conseguí sacar más de Anna ese día, ni los que siguieron. Seguí cociéndome en mi propio jugo. La idea de que el Señor Dios estuviera vacío me carcomía el cerebro. Claro que era ridícula, pero no podía apartarla de mi cabeza. A medida que una imagen iba

formándose en mi mente, me sentía cada vez más confundido y avergonzado. Nunca había visto con tanta claridad esa imagen, pero ahí estaba el Señor Dios vestido con traje de etiqueta, sombrero de copa y una varita mágica, sacando conejos de un sombrero. Uno levantaba la mano y le pedía un automóvil, mil libras o lo que quisiera, y el Señor Dios movía su varita mágica y sacaba lo que se le había pedido. Por fin veía yo mi imagen del Señor Dios... un *mago*, bondadoso, benévolo y barbudo.

Unos días después, tras haber cavilado mucho sobre cómo podía habersele ocurrido esa idea de que el

Señor Dios estaba vacío, me decidí a hacerle la pregunta que me tenía tan intrigado.

—¡Tich! Háblame más de eso de que el Señor Dios está vacío.

Se volvió ansiosamente hacia mí, y tuve la nítida impresión de que hacía días que estaba esperando que se lo preguntara, pero que no podía hacer nada hasta que yo hubiera visto mi imagen del Señor Dios como el gran mago.

—Cuando el mundo se puso todo rojo a través del trocito de vidrio, y el color de la flor.

Eso lo recordaba yo muy bien.

Habíamos hablado de la luz transmitida y la luz reflejada: que la luz tomaba el color del vidrio a través del cual se transmitía, que el color de una flor amarilla se debía a la luz reflejada. Habíamos visto los colores del espectro con ayuda de un prisma, habíamos hecho girar el disco coloreado de Newton para mezclar todos los colores del espectro y que volvieran a ser blancos. Yo le había explicado que la flor amarilla absorbía todos los colores del espectro, con excepción del amarillo, que al ser reflejado llegaba hasta el ojo. En aquella ocasión, Anna caviló un rato sobre esa información, para después

decir:

—¡Ah! ¡El amarillo es la parte que no quiere! —y, después de una pequeña pausa—: Entonces, su verdadero color son todas las partes que quiere.

Era algo que yo no podía discutirle, ya que, en cualquier caso, no estaba seguro de qué diablos podría querer una flor.

Todas esas informaciones habían sido asimiladas, mezcladas con varios trozos de vidrio coloreado, bien sacudidas y situadas dentro del especial marco de referencia de Anna. Parecía que, al nacer, cada individuo recibía diversos trozos de vidrio con los rótulos

de «Bueno», «Malo», «Horrible», etcétera, y la gente acostumbraba a ponerse esos trocitos de vidrio ante sus ojos internos, y a ver las cosas según el color y la etiqueta del vidrio. Me dio a entender que eso lo hacíamos para justificar nuestras convicciones.

Ahora bien, el Señor Dios era un poco diferente de una flor. A una flor que no quería la luz amarilla se la llamaba amarilla, porque de ese color la veíamos. Pero no se podía decir lo mismo del Señor Dios. ¡El Señor Dios quería todo, así que no reflejaba nada! Pero si el señor Dios no nos devolvía ningún reflejo, era imposible que

pudiéramos verlo, ¿verdad? Por lo que a nosotros se refería, hasta dónde éramos capaces de entender lo que era el Señor Dios, teníamos que admitir simplemente que el Señor Dios estaba completamente vacío. No vacío porque no hubiera nada en él, sino porque lo aceptaba todo, porque lo quería todo y no reflejaba nada. Cierto que si uno quería podía hacer trampa; podía ponerse el trocito de vidrio que decía «el Señor Dios es bueno» o el que anunciaba «el Señor Dios es generoso», pero en tal caso no captaba la naturaleza total del Señor Dios. ¡Qué clase de «objeto» puede ser el Señor Dios, si lo acepta todo, si no

devuelve absolutamente ningún reflejo! Eso, decía Anna, es ser un *verdadero Dios*. Lo que nosotros teníamos que hacer era apartar nuestros pedacitos de vidrio para poder ver con claridad. El hecho de que el viejo Nick, el diablo, se dedicara a repartirlos tan afanosamente por millones dificultaba un poco las cosas, a veces, pero bueno, la cosa era así.

—A veces —afirmó Anna— son los adultos los que dan a los niños pedacitos de vidrio.

—¿Por qué hacen eso? —le pregunté.

—Para conseguir que los niños

hagan algo que ellos quieren.

—¿Para asustarlos, quieres decir?

—Sí. Para que hagan algo.

—¿Como decir Dios te castigará si no te comes la compota?

—Sí, eso es. Pero al Señor Dios no le importa que a uno le guste la compota, ¿no es cierto?

—No lo creo.

—Y si te castigara por eso no sería más que un matón, y desde luego no lo es.

La mayor parte de la gente tiene suerte si alguna vez llega a descubrir el mundo en que vive. Anna había descubierta mundos innumerables

gracias a sus trocitos de vidrio coloreado, filtros ópticos, espejos y campanillas de jardín. El único problema que presentaban sus múltiples mundos era que muy frecuentemente, uno se quedaba sin palabras para describir lo que veía. No recuerdo que Anna usara alguna vez palabras como «sustantivo» o «verbo», e indudablemente no sabía distinguir un adjetivo de un bocadillo de jamón, pero muy pronto llegó a la conclusión de que el aspecto más arriesgado de actividades como hablar o escribir era el uso de palabras descriptivas. Podía aceptar la enunciación de que «Una rosa es una

rosa es una rosa»... bueno, casi aceptarla; pero decir que «Rojo es rojo es rojo» ya era otra cosa.

El problema con las palabras se complicó aún más a causa de la señora Sussums. La señora Sussums se había encontrado con nosotros en la calle. En realidad, la señora Sussums era mi tía Dolly, una tía política, y la tía Dolly tenía una sola gran pasión en su vida: comer caramelos de nuez. Los comía en cantidades enormes, continuamente, y en consecuencia siempre tenía la cara un poco deformada por la presencia en su boca de un gran trozo de caramelo. Había algo criticable en la tía Dolly:

siempre insistía en besar a todo el mundo, y no una, sino muchas veces. Por separado, la costumbre de comer caramelos y la de besar no eran tan graves, pero las dos juntas... bueno, podían resultar un tanto peligrosas.

Primero, no conseguimos esquivar los besos. Después recibimos instrucciones de «abrir la boca» y nos metieron algo que parecía una especie de lápida de caramelo; es decir la mitad más o menos llegó a entrar, mientras el resto se quedaba afuera, esperando.

Después de tantos años de comer caramelos de nuez, la tía Dolly tenía en la cara unos músculos increíblemente

fuerzas, que le permitían hablar aunque tuviera los dientes pegados en el caramelo. Mientras la sostenía a la distancia que le permitían sus brazos, miró a Anna, exclamando:

—¡Caramba, qué grande!

Me cambié el caramelo de muela y conseguí emitir algunos ruidos de asentimiento. En cuanto a Anna, produjo cierto sonido gutural, que espero haya sido traducible.

La tía Dolly se despidió de nosotros y siguió su camino, mientras nos sentábamos sobre un resto de pared hasta conseguir reducir el caramelo a un tamaño más manejable.

Antes de encontrarnos con la tía Dolly veníamos caminando por la calle, o más bien avanzábamos por ella de una forma un poco extraña. Es decir, habíamos inventado un juego que podía exigir un par de horas para caminar doscientos metros. Uno de los dos era el «nombrador» y el otro el «hacedor». El juego consistía en que el «nombrador» nombraba algún objeto que hubiera en el suelo, una cerilla por ejemplo, y el «hacedor» se detenía sobre ella. Entonces, el «nombrador» nombraba algún otro objeto, y el «hacedor» tenía que llegar hasta el objeto de un solo paso o de un salto. Por eso avanzábamos

en forma un tanto errabunda, ya que no había ninguna seguridad respecto a la dirección que tendría que tomar el «hacedor». Reiniciamos el juego y debíamos haber recorrido unos veinte metros, en otros tantos minutos, cuando Anna se detuvo.

—Fynn, seamos los dos «hacedores» y yo seré «asombradora» también.

Volvimos a empezar, Anna dando los nombres y los dos tomábamos parte en la acción, pero esta vez era diferente. Sin risitas, sin chillidos que anunciaran «Encontré uno, me encontré un billete de tranvía». Esta vez, todo era absolutamente serio. A cada paso, Anna

murmuraba para sus adentros, «pasito corto, paso largo», hop, hasta que se detuvo. Se, volvió a mirar el último paso que había dado, después giró la cabeza hacia mí y me pregunto:

—Ese paso, ¿ha sido largo?

—No mucho.

—Para mí, sí.

—Lo que sucede es que tú no eres más que una pulga —le sonreí.

—La tía Dolly dijo que era grande.

—Seguramente, quería decir que eres grande para tu edad —le expliqué.

Como explicación, no le satisfizo en absoluto. El juego se acabó de pronto. Con las manos en las caderas, Anna se

volvió hacia mí. Casi podía ver el funcionamiento de su máquina de pensar.

—Eso no quiere decir nada — declaró, como un juez que se envuelve en la toga.

—Naturalmente que sí — intenté explicarle—. Quiere decir que con respecto a muchas otras niñas de algo más de cinco años, tú eres más grande que la mayoría de ellas.

—Bueno, y si las niñas tuvieran diez años yo sería más pequeña, ¿no?

—Podría ser.

—Y si yo fuera la única no sería ni más grande ni más pequeña, ¿no? ¿Sería solamente yo, no?

Hice un gesto de asentimiento. Comprendiendo que otra vez subía la marea, que Anna estaba empeñada en dar forma a algo, intenté decir algo más antes de que el agua me anegara.

—Oye, Tich, no se utilizan expresiones como «más grande» o «más pequeño» o «más dulce» si uno no tiene por lo menos dos cosas para compararlas.

—Pues no puedes entonces, no siempre —en su voz había una nota de confianza.

—¿No puedes qué?

—No puedes comparar, por... — Anna me disparó con toda su artillería

pesada— por el Señor Dios. Como no hay más que un Señor Dios, no puedes comparar.

—Las personas no comparan al Señor Dios con ellas.

—Ya lo sé —dejó escapar una risa ante mi esfuerzo por defenderme.

—Entonces, ¿a qué viene armar tanto lío?

—Porque son ellos los que se comparan con el Señor Dios.

—La misma diferencia —contesté.

—No.

Consideré que yo había ganado esa partida, ya que mis preguntas la habían llevado a realizar un movimiento

erróneo. Después de todo, si Anna había concedido que la gente no comparaba con ella al Señor Dios, de eso se deducía que tampoco ellos se comparaban con el Señor Dios, y así se lo hice notar. Dispuesto a terminar esa discusión ocupando el primer puesto, lancé mi acorazado insumergible:

—Tú dijiste que la gente se comparaba. Tenías que haber dicho que *no* se comparaba.

Anna me miró. Apresuradamente, preparé mi artillería. Sabía que yo tenía razón, pero quería estar preparado, por si acaso. Anna me miró y mi acorazado insumergible se fue a pique. Recuerdo

que me sentí mal al pensar que ella misma se había enredado con sus argumentos, ya que de alguna manera la culpa era mía, mal porque yo había disfrutado al ganar esa discusión. Anna se me acercó, me rodeó con los brazos y apoyó su cabeza en la parte baja de mi pecho. Pensé lo cansada que debía sentirse después de tanto pensar, y cuál sería su decepción al no haberse salido con la suya. Todas las puertas de mi almacén de amor y de consuelo se abrieron de par en par, y la estreché en mis brazos. Anna se estremeció apenas, para indicar que me entendía.

—Fynn —me dijo en voz baja—,

compara dos y tres.

—Uno menos —murmuré, en la lumbre del contentamiento.

—Um. Ahora compara tres y dos.

—Uno más.

—Eso es, uno menos es lo mismo que uno más.

—Ajá —gruñí—, uno menos es lo mismo que... ¡eh!

De pronto se hallaba a diez metros de distancia, doblada en dos de risa, ululando como un fantasma.

—No es lo mismo —vociferé mientras corría tras ella.

—Ya lo creo que lo es —me gritó.

Por entre los puestos y vehículos de

la calle del mercado la perseguí hasta casa. Como era mucho más pequeña que yo, se escurría por lugares por donde yo no podía introducirme físicamente, ni tampoco mentalmente, en realidad.

—Me imagino que eso fue un trocito de tu famoso vidrio —le dije esa tarde mientras, sentados sobre el muro que daba a la vía del tren, mirábamos pasar los trenes.

Hizo un ruido que yo interpreté como un «sí». Tras una pequeña pausa, seguí preguntando.

—¿Con cuántos trozos de vidrio carga uno?

—Yo tengo millones, pero todos son

para divertirme.

—¿Y con los pedazos de que no puedes deshacerte?

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Ya me he librado de ellos.

El tono de absoluta objetividad con que pronunció las últimas palabras me dejó sin saber qué decir. En mi cabeza zumbaban esas frases tan adecuadas, del tipo de «el orgullo se tiende sus propias trampas» o «a los demasiado seguros los guía el Diablo». Tenía esa grata sensación adulta de que yo «debía» hacerla bajar un par de tonos, de que Anna no «debía» hacer semejantes

observaciones. Después de todo, la única razón para que tales comentarios estuvieran dando vueltas en mi cabeza era que resultaría beneficioso para ella. Quería decirle todo eso por el bien de ella. Era mi deber decírselo, y eso me daba una cálida y grata sensación de virtud. El ángel pasó volando sin darme el habitual golpecito en el cráneo, de modo que me sentí seguro de estar pisando terreno firme. Había luz verde, así que podía seguir. Mi guisado de lugares comunes, proverbios y buenos consejos estaba en plena ebullición, de modo que abrí la boca para transmitir tanta sabiduría. La pena fue que nada

salió de mis labios.

—¿Tú crees saber más que el reverendo Castle? —le pregunté, en cambio.

—No.

—¿Él tiene trocitos de vidrio?

—Sí.

—¿Y cómo es que tú no los tienes?

En la vía del tren, la máquina dio la voz de orden a sus vagones con una ráfaga de vapor y un alarido: un par de pitidos de advertencia, un reumático chirrido de articulaciones, y adelante. Los vagones se despertaron y fueron pasando el estrepitoso recado a lo largo de la vía: «Ting-bong-tibang-bing-bong-

bang-ti-clanc». Al llegar al final, otra vez hacia adelante hasta que la máquina recibiera el mensaje: «Bueno, ya estamos despiertos, deja ya ese maldito silbato». Sonreí ante la idea de que en cierto modo, la máquina y Anna se parecían. Las dos usaban la misma técnica. La máquina empujaba a los vagones, y Anna me impulsaba a hacer las preguntas que ella quería contestar.

Ni necesitó pensar la respuesta, cuando yo le pregunté cómo era que ella no tenía pedacitos de vidrio. Hacía tiempo que la tenía preparada, y sólo estaba esperando el momento oportuno para darla. Y lo hizo con absoluta

naturalidad.

—Oh, porque yo no estoy asustada.

Bueno, pues quizá no haya palabras más difíciles de entender que esas. Dificiles porque en eso consiste todo. Dificiles porque es un precio terriblemente alto, porque el precio de no estar asustado es la fe. ¡Y vaya con la palabra! No importa cómo se defina, lo más seguro es que se escape lo principal. Porque fe es más que confianza, es más que seguridad; no tiene que ver con la ignorancia y tampoco con el conocimiento. Es simplemente la capacidad de abandonar la convicción de que «yo soy el centro

de todas las cosas» y dejar que algo más o alguien más se haga cargo. Y, en cuanto a Anna, ella simplemente había salido para dejar entrar al Señor Dios. Hacía ya tiempo que yo lo sabía.

Me gustan las matemáticas. Me parecen la más bella, la más emocionante, la más poética y sublime de todas las actividades. Tengo desde hace muchísimos años una pequeñez, un juguete, algo que me gusta contemplar y que muchas veces enciende en mí la chispa de una idea. Se trata de dos argollas de grueso alambre de cobre, unidas como dos eslabones en una cadena, y suelo jugar con ellas con

tanta frecuencia que más de una vez no me doy siquiera cuenta de que las tengo en las manos. En una ocasión en que yo los sostenía de manera que los dos círculos estaban perpendiculares uno a otro, Anna señaló uno de ellos con el dedo.

—Ya sé lo que es eso —dijo—; soy yo. Y ese es el Señor Dios —señaló el otro círculo—. El Señor Dios me pasa exactamente por el medio, y yo paso exactamente por el medio del Señor Dios.

Y así era. Anna había entendido que su lugar estaba en el medio de Dios, y que el lugar de Dios estaba en medio de

ella. La primera vez, eso puede resultar un poco difícil de entender, pero después a uno le sabe cada vez mejor y por cierto que el «Porque yo no estoy asustada» de Anna era totalmente inobjetable. Esa era su estructura, su imagen satisfactoria de cómo eran las cosas, y yo la envidiaba.

Rara vez a Anna la tomaban completamente desprevenida. Pero en una ocasión muy especial vi cómo se detenía literalmente en el aire una cucharada de budín de pasas con crema. Sucedió así: Ma B tenía una tienda de budines. Ma B era un milagro de la naturaleza, ya que era más alta cuando

se acostaba que cuando estaba en pie...
supongo que porque comía sus propios
budines.



Ma B había reducido el lenguaje a un nivel realmente básico, en el que había dos oraciones: «¡Y vosotros, pichones?» y «¡Pero imagínese!». Lo

que le faltaba de la melodía del idioma, Ma B lo suplía con la orquestación. «¡Pero imagínese!» podía ser orquestado de mil maneras para significar sorpresa, indignación, horror o cualquier mezcla de sentimientos que exigiera la ocasión. Cuando Ma B resollaba: «¿Y vosotros, pichones?», el pedido de «dos de budín de carne y dos de guisantes» solía ir seguido de comentarios tan sabrosos como:

—¿Qué me cuenta del hijo mayor de la señora Tal y Cual? Entonces se comprendía con claridad toda la utilidad de «¡Pero imagínese!». Si por casualidad el hijo mayor de la señora

Tal y Cual se había muerto, «¡Pero imagínese!» iba envuelto en los correspondientes crespones, pero si el asunto era que la hija mayor se había escapado con un pensionista, «¡Pero imagínese!» era otra manera de decir: «Yo ya lo sabía». De todas maneras, siempre era «¡Pero imagínese!».

En cuanto a «¿Y vosotros, pichones?», Ma B no demostraba ningún esnobismo. «¿Y vosotros, pichones?» tenía un matiz de universalidad; servía lo mismo para obreros portuarios de cien kilos, curas, conductores de tranvías, chiquillos y perros. La teoría de Danny era que Ma B había comido tal

cantidad de sus propios budines de manteca que «¡Pero imagínese!» y «¿Y vosotros, pichones?» eran las dos únicas frases que conseguían emitir las cuerdas vocales oprimidas por la grasa.

En su tienda, Ma B vendía toda clase de budines: de carne, de manteca, con rellenos diversos, también con o sin fruta... todas las clases imaginables de budines las vendía Ma B. Como incentivo para que le compraran su mercancía, las salsas eran gratis: salsa de mermelada, de chocolate, de crema, y toda clase de mejunjes esperaban en grandes calderos. Las únicas ocasiones en que este paraíso de la felicidad

budínera se echaba a perder (y eso sucedía dos o tres veces por hora) era cuando algún pequeño granuja intentaba hacerse con una porción de budín sin pagarlo. Los ciento veinte kilos de Ma B se abalanzaban para ahuyentarlo estrepitosamente con el cucharón, pero la manita ya había desaparecido. Ma B no tenía muy buena puntería con el cucharón. No sólo al asestar el golpe con su arma letal bañaba a todo el mundo de crema o de la última salsa que hubiera servido con él, sino que lo más frecuente era que el golpe lo recibiera algún inocente budín de manteca que esperaba sobre el mostrador y que sufría

un daño irreparable. Los que teníamos experiencia nos quedábamos bien atrás, o incluso nos sentábamos en el «Asiento reservado», como lo anunciaba el letrero del escaparate.

La noche que el budín de pasas se detuvo en el aire estábamos sentados a una de las mesas. En total, éramos seis. Anna y sus dos camaradas preferidos, Bom-Bom y Tick-Tock, Danny, el joven franco-canadiense, Millie, la Venus de Mile End, y yo. Ya habíamos terminado el budín de guisantes y el pastel de carne y riñón, y estábamos dando cuenta del budín de pasas cuando la mesa contigua a la nuestra fue ocupada por dos jóvenes

de uniforme, dos *matelots* franceses. No sé qué fue lo que provocó la observación, ni estoy seguro de poder reproducirla con exactitud, pero de pronto se oyó algo así:

—*Mon Dieu* —dijo el *matelot*—, *le pudding, il est vraiment formidable!*

La cuchara de Anna se inmovilizó en el aire. La boca, abierta para recibir el budín de pasas, se abrió más aún a causa del asombro, y los ojos que habían estado perdidos en el placer gustativo se abrieron de pronto como enormes signos de interrogación.

—Es francés —explicó Danny, con la boca llena, en respuesta a la pregunta

no formulada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Anna, en un susurro.

—Ha dicho que el budín estaba horrible —contestó Bom-Bom, muerto de risa.

Pero no era momento para chistes, y Anna no se unió a la carcajada general. Bajó la cuchara hasta el plato, y como si la hubieran ofendido de alguna manera increíble, declaró:

—Pero es que yo no entiendo qué es lo que dice.

Bien que mi francés se limita a que las *fleurs* son *belles*, las *vaches* comen hierba y el *pleur* es húmedo, conseguí

explicarle a Anna que el francés se hablaba en Francia, que Francia era otro país que quedaba más o menos por ese lado, señalando con la mano hacia el Este. Conseguí que quedara convencida de que no se trataba de ángeles que hablaban el idioma del cielo, y que el propio Danny sabía hablar francés con tanta facilidad como inglés. Anna digirió esa información más deprisa y con mayor facilidad que el budín de pasas de Ma B.

—¿Puedo pedirle? —susurró.

—¿Pedirle qué? —quise saber.

—¿Que me escriba lo que dijo?

—Claro que sí.



Papel y lápiz en mano, allá se fue Anna a pedirle al *matelot* que se lo «escribiera en letras grandes... lo del budín». Felizmente, uno de los *matelots* hablaba inglés, de manera que no tuve que ayudarla. Dos tazas de té más tarde

volvió a nuestra mesa, y hasta consiguió articular un «*au revoir*» de despedida.

La emoción que provocó en ella ese episodio le duró un par de días. El hecho de que en Francia hubiera más gente que hablaba francés que los ingleses que en Inglaterra hablaban inglés la escandalizó un poco.

Algunos días después la llevé a la biblioteca pública para mostrarle libros escritos en diversos idiomas, pero ya entonces Anna había destilado su azoramiento y lo había almacenado en el rincón adecuado de su mente. Como me explicó más tarde, en realidad, si uno lo pensaba, no era nada sorprendente;

después de todo, los gatos hablan el idioma de los gatos y los perros el idioma de los perros, y los árboles el idioma de los árboles. Así, por tanto, nada tenía de extraño que los franceses hablaran el idioma de los franceses.

A mí me había desconcertado un poco la reacción de Anna al oír hablar francés. Estaba seguro de que ella conocía otras formas de lenguaje; sabía hablar diciendo las palabras al revés y en *slang* rimado, y su vocabulario incluía muchas palabras en *yiddish*. Con Tick-Tock hablaba por signos, lo que era obligado porque Tick-Tock era sordomudo de nacimiento. El alfabeto

Braille le había llamado la atención, y mi propio interés de radioaficionado la había iniciado en los misterios del código Morse. Lo que yo no sabía cuando ocurrió lo de los franceses era que Anna se encontrara ya sumergida en el problema de las lenguas. Por eso, su reacción al oír hablar francés tenía más bien el sentido de: «¿Cómo, otra más?».

Al parecer, eran dos las cuestiones que se le planteaban respecto de las lenguas. La primera era: «¿Puedo hacerme mi propia lengua?», y la segunda: «¿Qué es, exactamente, una lengua?». La primera de esas preguntas estaba ya bien encaminada hacia una

solución. Una noche me mostró los «resultados» de esta aventura. Una de las múltiples cajas de zapatos, que contenía libretas y muchas hojas sueltas, fue sacada del aparador y colocada sobre la mesa de la cocina.

La primera hoja de papel que salió de la caja tenía, en la parte izquierda, una simple columna de números, y a la derecha, la palabra o palabras correspondientes. El hecho de que fuera posible escribir «5 manzanas» con un número y «cinco manzanas» con una palabra era muy importante, según se me informó. Si todos los números se podían escribir como palabras, la consecuencia

era que todas las palabras se podían escribir como números. Y, ciertamente, bastaba con la simple sustitución de las veintiocho letras por los primeros veintiocho números; pero, en realidad, escribir en vez de «Dios» «5.10.18.22» no parecía servir de mucho.

Para sustituir a las letras se podían usar objetos, o también los nombres de los objetos. Un libro de lectura de primer grado ilustraba la «A» con «ala», diciendo que «A sirve para Ala», de lo cual naturalmente se deducía que «Ala sirve para A». Si «Ala sirve para A», y «Libro sirve para L», entonces la palabra «Ala» se podía representar con

la línea de objetos Ala, Libro, Ala.



Innumerables hojas de papel demostraban que Anna había experimentado con palabras, números, objetos y códigos hasta que finalmente llegó a la conclusión de que el problema de inventar una lengua no radicaba en

que eso fuera muy difícil. La dificultad estaba en elegir una de entre tantas posibilidades. A lo que Anna llegó en definitiva fue a una adaptación del código Morse. Como este consistía únicamente en puntos y rayas, era muy fácil ver que se podían usar dos cosas distintas cualesquiera. Como el Señor Dios había tenido la gentileza de darle a uno un pie izquierdo y otro derecho, era posible utilizarlos para hablar con ellos. Un salto sobre el pie izquierdo representaba un punto, un salto sobre el pie derecho una raya. Apoyar ambos pies en el suelo indicaba la terminación de una letra. Nos entendíamos muy bien

con ese sistema, que nos permitía comunicarnos a gran distancia. Cuando estábamos cerca, el sistema consistía en pisar la línea que separaba dos baldosas en la acera, para un punto, y colocar el pie en medio de la baldosa para una raya. Tomándonos de la mano y haciendo presión alternativamente con el pulgar o con el meñique conseguíamos una forma de comunicación muy íntima y muy privada. En total, Anna ideó nueve variantes distintas de este sistema.

Me fascinó tanto el entusiasmo de Anna por esta forma de comunicación que creé dos cinturones zumbadores, que no eran otra cosa que cinturones

comunes que llevaban remachados un par de pilas eléctricas. Al ponerse el cinturón, una de las pilas encajaba bajo las costillas del lado izquierdo, y lo mismo sucedía en el lado derecho. El método tenía varios inconvenientes graves; primero, que los zumbadores hacían cosquillas y hacían reír a Anna, segundo que el proceso de conectarse pilas, baterías y cables resultaba un poco pesado, y tercero que la primera vez que lo usamos en la calle nos tropezamos con un par de inocentes a quienes la cosa, por decirlo sin exagerar, no les divirtió nada, de manera que dejamos de lado ese sistema.

La cuestión de qué es, exactamente, una lengua, resultó un poco más difícil de resolver. En el curso de sus investigaciones, Anna había llegado a la conclusión de que en el reino de los números había uno que era mucho más importante que todos los demás. Se trataba del número 1, que era importante porque sumando una cantidad suficiente de unos, se podía llegar a hacer cualquier otro número. Ciertamente había otra solución más fácil, ya que se podían usar signos como 5 o 37 o 574, en vez de seguir diciendo «uno más uno más uno, etcétera», pero ese método lo único que hacía era ahorrar tiempo, sin que se

alterara el hecho de que el 1 era el número más importante. Como para los números, también en el caso de las palabras había una que era la más importante, y naturalmente, esa palabra era «Dios». Anna veía al «importantísimo número 1» como el vértice de un triángulo... ¡sólo que su triángulo tenía ese vértice como base! El número 1 tenía que soportar *el peso* de todos los demás números.

Con las palabras era diferente. Era como si se apoyaran sobre pilas de otras palabras. Esas otras palabras servían para explicar el uso y el significado de la palabra que tenían encima. La palabra

«Dios» estaba en lo más alto de la pila que contenía a todas las otras palabras y, de la manera que fuere, uno tenía que llegar a la cúspide de esa pila para poder entender el significado de la palabra «Dios». La idea era aterradora. La Biblia, la Iglesia, la escuela dominical, todos estaban dedicados a edificar esa colosal montaña de palabras, y era muy dudoso que alguien pudiera llegar a la cima de semejante pila.

Afortunadamente, en su sabiduría, el buen Señor Dios ya nos había resuelto el problema. Y la solución no estaba en las *palabras*, sino en los *números*. El

número 1 soportaba el peso de todos los demás números, de manera que sería un error esperar que las palabras soportaran el peso del significado de la palabra «Dios». ¡No! Es menester que sea «Dios» la palabra que soporte el peso de todas las demás palabras. Entonces, la idea de la pirámide de palabras con «Dios» en la punta está *invertida*, de manera que hay que *darle la vuelta*. Cuando hacemos eso, toda la pirámide de palabras se apoya sobre el vértice, como los números. El vértice de la palabra «pirámide» es «Dios», y eso debe ser lo correcto, porque ahora la palabra «Dios» soporta el peso y

significado de todas las demás palabras.

Anna me mostró sus «resultados». Una hoja, contenía un «triángulo del revés», apoyado en un punto llamado «1»; era el triángulo de los números. En otra hoja aparecía un triángulo apoyado en el punto llamado «Dios», y la caja de zapatos contenía una última hoja en la que el triángulo se apoyaba sobre el punto llamado «Anna».

—Ajá —comenté—. Veo que tienes un triángulo para ti sola.

—No. Todo el mundo lo tiene.

—Ah. ¿Y qué significa, entonces?

—Es para cuando yo me muera y el Señor Dios me haga todas las preguntas.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, que tendré que contestarlas todas yo sola. Nadie podrá hacerlo por mí.

—Eso lo veo, pero, ¿qué significa el triángulo?

—Que tengo que ser...

—¿Responsable? —sugerí.

—Sí, responsable.

—Ya veo. ¿Te refieres a que tienes que soportar todo el peso, lo mismo que esos otros triángulos?

—Sí, el de las cosas que haya hecho y el de las cosas que haya pensado.

Subrayó cada palabra con un gesto afirmativo de satisfacción, y me redujo

al silencio con el punto final.

Me llevó un tiempo asimilarlo todo, pero era verdad. Todos tenemos que soportar el peso de nuestras propias acciones. Todos tenemos que ser responsables, ya sea ahora o más adelante. Todos tenemos que responder por nosotros mismos a las preguntas del Señor Dios.

Cuatro

SI de algo no se podía dudar era que la llegada de Anna había provocado una gran conmoción en la casa, y a mí me había provocado una cantidad de problemas y causado enorme congoja. Desde el primer momento, yo la había visto como a alguien un tanto excepcional. Tal vez había sido, simplemente, la forma excepcional en que nos habíamos encontrado. Las

primeras semanas me habían demostrado que, sin duda, no era un ángel, ni una tontuela, ni siquiera un duende. Nada de eso; era una criatura completa, con sus risitas, su cara sucia y su asombro expectante. Todos los días terminaba exhausta, tras haberse mostrado laboriosa como una abeja, curiosa como un gatito y juguetona como un cachorro.

Me imagino que hasta cierto punto, todos los niños tienen un toque de magia; parece que, como una especie de misteriosa lente viviente, tuvieran la capacidad de enfocar la luz en los lugares más oscuros y sombríos... y Anna era una niña que la tenía en un

grado muy especial. Tal vez se deba a la inexperiencia misma de los niños, o simplemente que todavía no se les ha empañado el brillo, pero por poco que se les dé ocasión, son capaces de hacer mella en la más recia de las armaduras contra la vida. Si uno tiene suerte, pueden derribar todas las barreras protectoras que tanto cuidado y tantos años costó erigir. ¿Si tiene suerte, he dicho? Bueno, si a los veinte años uno puede avenirse a andar desnudo, entonces tiene suerte; si no, es el infierno. Yo he visto cómo los comentarios de Anna desconcertaban totalmente a algunas personas. No era

que todas sus observaciones fueran tan agudas y penetrantes, sino simplemente que ella misma resultaba tan vulnerable. Eso hacía que la gente sintiera que se movía el suelo debajo de sus pies. Y era una treta que Anna había aprendido bien, la de hacer que la gente se sintiera desconcertada, por cualquier medio que fuera, limpio o sucio. Y Anna no desdeñaba las tretas, cuando estas servían a sus fines. Si uno desconcierta a la gente, tiene más probabilidades de que presten atención a sus observaciones, de que las tengan en cuenta. Creo que en general, y a la vista de todo eso, yo no me las arreglé mal

del todo. Jamás me entregué sin lucha. Dejar que el alma, o cualquier nombre que a uno se le ocurra darle, salga de su jaula para volar a la luz del día es tal vez lo más difícil que puede hacer un ser humano.

En el tablero de anuncios que había en Broadway preguntaban en grandes letras rojas: «¿Quieres la salvación?». Yo me pregunto cuántas personas contestarían con un «sí» a esa pregunta. Si la pregunta hubiera sido: «¿Quieres seguridad?», millones de personas habrían respondido: «Sí, sí, sí, queremos seguridad», y con ello se habría levantado una barricada más. El

alma está prisionera, protegida, sin que nada pueda entrar a dañarla, pero... es que tampoco ella puede salir. La «salvación» no tiene nada que ver con la «seguridad». Alcanzar la «salvación» es verse claramente a sí mismo, sin «trozos de vidrio de colores», sin protección, sin ocultamientos, verse y nada más. Anna jamás dijo una palabra de salvarse, ni que yo sepa intentó salvar a nadie. No creo que hubiera entendido esa manera de plantear las cosas, ya que todo eso era mi interpretación. Pero Anna sabía sin lugar a dudas que de nada servía jugar sobre seguro, que si uno quería progresar tenía

que «salir», simplemente. «Salir» era peligroso, muy peligroso, pero había que hacerlo; era la única manera.

No había pasado mucho tiempo desde que Anna estaba viviendo con nosotros cuando hice el intento de etiquetarla. Me imagino que lo hacía por mi propia satisfacción y tranquilidad, pero gracias a Dios, la chiquilla no se dejaba etiquetar. Pasadas las primeras semanas de deliciosa fascinación con Anna, me encontré enfrentado con dos problemas, uno de los cuales era bastante inmediato y fácil de comprender; el otro fue planteándose más lentamente y resultaba muy difícil

de entender. Ninguno de tales problemas se resolvió con facilidad; en realidad, pasaron más de dos años hasta que tuve la sensación de haber conseguido las soluciones. La solución de ambos problemas se me apareció en el mismo instante.

Mi primer problema era definir en qué consistía exactamente mi relación con Anna. Me imagino que tenía la edad suficiente para ser su padre, y durante un tiempo traté de desempeñar ese papel, sin mucho éxito. Tal vez el papel de hermano mayor habría sido más adecuado, pero tampoco me iba muy bien. Me veía alternativamente como

padre, hermano, tío, amigo. Pero cualquiera que fuese el nombre que me adjudicaba, parecía que siempre dejaba un vacío que era necesario llenar. Durante largo tiempo, no pasó nada.

El otro problema era: ¿Qué era Anna, exactamente? Una criatura, qué duda cabía, una criatura muy inteligente y muy dotada, pero ¿qué era? Todo el que entraba en contacto con Anna advertía en ella algo extraño, algo que la hacía diferente de los otros niños.

«Es tímida», decía Millie.

«Tiene ojo», aseguraba mamá.

«Es un genio increíble», afirmaba

Danny.

«Una niñita muy precoz», era la definición del reverendo Castle.

Esa cualidad de extrañeza hacía que algunas personas se sintieran incómodas con Anna, pero su inocencia y su dulzura actuaban como un bálsamo que suavizaba sospechas y disipaba temores. Si Anna hubiera sido un genio de las matemáticas, todo habría estado bien; con catalogarla de bicho raro, asunto concluido. Si hubiera sido un prodigio musical, todos nos habríamos henchido de placer, pero no era nada de eso. Lo extraño de Anna residía en que eran

muchas las veces que tenía razón en lo que decía, y mucho más a medida que fue pasando el tiempo. Una de nuestras vecinas estaba totalmente convencida de que Anna tenía visión del futuro, pero es que la señora W era así: vivía en un mundo de naipes de tarot, hojas de té y premoniciones. Sin embargo, era un hecho que Anna acertaba con tal frecuencia en sus predicciones que parecía una especie de profeta en miniatura, un pequeño oráculo del East End.

Ciertamente, Anna tenía un don, pero no se trataba de nada sobrenatural ni extraterreno. En un sentido muy

profundo, era algo tan simple como misterioso. Anna sabía captar al instante la forma, la estructura, la manera como las partes y fragmentos se organizaban en un todo. Por inexplicable que pueda parecer, era un don que siempre funcionaba bien y arraigaba realmente en la esencia de las cosas. Simple y misterioso como una tela de araña, ordinario como la espiral de un caracol. Anna tenía la capacidad de ver formas donde otros no veían más que confusión: en eso consistía su don.

El día en que un carro tirado por un caballo se quedó con una rueda atascada en las vías del tranvía aparecieron

media docena de individuos dispuestos a ayudar.



—Todos juntos, muchachos. Cuando yo diga «ya», empujáis todos juntos. ¿Listos? ¡Ya!

Empujamos todos como locos, pero no conseguimos nada.

—Otra vez, muchachos. ¡Ya!

De nuevo todos a empujar.

Resultado, el mismo: nada.

Tras varios minutos de empujar y maldecir, Anna me dio un tirón en la manga de la chaqueta.

—Fynn, si ponéis algo sobre la vía, debajo de la rueda, y algo para que no pueda retroceder, y después empujáis, resultará más fácil, y el caballo podrá contribuir.

Con ayuda de un trozo de hierro plano y unas cuantas maderas, volvimos a empujar mientras el caballo tiraba. La rueda salió tan fácil y rápidamente como el corcho de una botella. Alguien me dio

un golpe en la espalda.

—Qué buena idea la tuya, muchacho.

¿Cómo podía decirle que no había sido idea mía? ¿Cómo podía decirle que era idea de Anna? Me limité a aceptar el elogio.

Sí, verdaderamente, Anna tenía mucha suerte. Momentos como ese me producían un inmenso placer, y me enorgullecía de ella. Pero había también momentos angustiosos en que tenía la impresión de que Anna se pasaba de la raya, en que sus observaciones, sus declaraciones, sus pretensiones, me parecían tan atrevidas, tan fuera de lugar, que me sentía forzado a decir

algo. Ella lo aceptaba sin comentario, y yo me sentía muy mal y tardaba muchísimo en reconciliarme conmigo mismo.

Anna, por ejemplo, aceptaba el concepto del átomo con tanta sencillez como un canario acepta el alimento para pájaros; aceptaba el tamaño del Universo y el hecho de sus billones de estrellas sin un simple parpadeo. Por cierto que el cálculo de Eddington sobre el número de electrones que hay en el Universo es muy elevado, pero de todos modos era asequible. No era muy difícil escribir un número mayor que ese, y Anna sabía perfectamente que los

números tienen la capacidad de crecer y crecer y seguir creciendo. No tardó en quedarse sin palabras para expresar números muy, muy grandes, y eso se le hacía cada vez más importante. En la mayoría de los casos, la palabra «millón» era adecuada, en ocasiones servía «billón», pero si uno necesitaba una palabra para un número muy, muy grande, no tenía otra solución que inventarla. Y Anna inventó una, «quillón». Un «quillón» era una palabra muy elástica; uno podía estirla hasta donde quisiera. Anna empezaba a necesitar una palabra así.

Un atardecer estábamos sentados

sobre el muro que daba a la vía férrea, mirando cómo pasaban los trenes y saludando con la mano a cualquiera que nos devolviera el saludo. Anna estaba tomando limonada gaseosa y, de repente, empezó a reírse. Los minutos que siguieron no son fáciles de describir. Para que se haga una imagen, sugiero al lector que mientras se bebe una limonada gaseosa, intente reírse hasta que le dé hipo. Yo esperé a que se hubiera extinguido la risa, hasta que se le hubiera pasado el hipo, hasta que una sacudida de la cabeza hubiera vuelto a situar su pelo en el lugar correcto.

—Bien —le pregunté por fin—, ¿qué

es lo que te divierte tanto, Tich?

—Bueno... es que acaba de ocurrírseme que podría contestar un quillón de preguntas.

—Yo también —declaré, impasible.

—¿Tú también puedes hacerlo? —se inclinó hacia mí, interesada.

—¡Claro! Sin ningún problema. Ahora, tal vez la mitad de las respuestas fueran erróneas.

Por más que traté de hacer buena puntería con esa observación, fue a dar muy lejos del blanco.

—¡Ah! —el tono de Anna era de decepción—. Mis respuestas son todas acertadas.

Este, pensé, es el momento exacto para poner las cosas en su lugar; no estaría mal aplicar un pequeño correctivo, al estilo tradicional.

—Imposible. Nadie puede contestar bien un quillón de preguntas.

—Yo sí. Yo puedo contestar bien un quillón de preguntas.

—Simplemente, no es posible. Nadie puede hacer semejante cosa.

—Te digo que yo sí.

Respiré profundamente y la obligué a que me mirara, dispuesto a reñirla. Me encontré con un par de ojos tranquilos y seguros. Era evidente que Anna estaba convencida de que tenía razón.

—Puedo enseñarte —me ofreció.

Antes de que yo hubiera tenido ocasión de decir una palabra, ya había empezado.

—¿Cuánto es uno más uno más uno?

—Tres, por supuesto.

—¿Cuánto es uno más dos?

—Tres.

—¿Cuánto es ocho menos cinco?

—Sigue siendo tres —yo no entendía adónde quería ir a parar Anna con todo eso.

—¿Cuánto es ocho menos seis más uno?

—Tres.

—¿Cuánto es ciento tres menos

cien?

—¡Acaba ya, Tich! Claro que es tres también, pero ¿no te parece que esto es un poco tramposo?

—De ninguna manera.

—Pues a mí me lo parece. Todas esas preguntas las vas inventando sobre la marcha.

—Sí, ya lo sé.

—Pues de esa manera podrías seguir haciendo preguntas hasta que llueva hacia arriba.

Su sonrisa se convirtió en una carcajada tal que me dejó pensando qué era lo que yo había dicho que pudiera divertirla tanto. Lo comprendí por la

forma en que me miraba, la inclinación de su cabeza. Si hacer preguntas hasta que llueva hacia arriba no es lo mismo que hacer un quillón de preguntas, ¿entonces qué es? Por si acaso yo no había aprendido perfectamente la lección, me dio una última vuelta de tuerca.

—¿Cuánto es medio y medio y medio y...?

Le tapé la boca con la mano, entendido el mensaje, pero sin dar la respuesta. No era eso lo que se esperaba de mí. Con la naturalidad de una madre que da una palmada a su bebé para hacerle eructar, Anna puso el remache

final:

—¿Y a cuántas preguntas de suma sirve de respuesta decir: «Tres»?

—A quillones —respondí, debidamente castigado y sin saber muy bien cómo había llegado hasta la situación en que me encontraba.

Después aparté los ojos y me puse a saludar a los trenes que pasaban, como si tal cosa. Al cabo de un momento, Anna me apoyó la cabeza en el hombro.

—¿No es extraño, Fynn, que cada número sea la respuesta a quillones de preguntas?

Pienso que fue en ese momento cuando empezó realmente mi educación.

Durante un tiempo bastante largo, estuve sin saber qué estaba arriba ni abajo, ni si yo mismo iba o venía. Yo había sido enseñado con el honesto método tradicional, en que la pregunta era lo primero, y la respuesta lo que seguía. Ahora, un demonio pelirrojo de medio metro de altura me estaba enseñando que casi cualquier frase, gruñido, número o declaración era la respuesta a una pregunta no formulada. Me imagino que es posible poner peros a un sistema como ese, pero ahora que me he acostumbrado a él, me resulta muy útil. Con mucha delicadeza, pero con gran vivacidad, fui iniciado en el método de

caminar hacia atrás. Sin perder ni un momento de vista la respuesta, Anna me animaba a retroceder hasta que finalmente chocaba contra la pregunta. Pacientemente, me explicó que la respuesta «Tres» era muy importante y muy útil porque se remontaba a «quillones» de preguntas. Cuantas más preguntas permitía resolver una respuesta, tanto más importante era. Lo interesante de este método, se me explicó, era que algunas respuestas lo llevaban a uno a muy pocas preguntas, y otras únicamente a una. Cuantas menos preguntas se encontraba uno al remontar una respuesta, tanto más profundas e

importantes eran las preguntas. Y cuando una respuesta no se remontaba más que a una pregunta, entonces uno había dado en el blanco.

A medida que progresaba lentamente mi iniciación en ese mundo del revés, descubrí que me fascinaban las respuestas que se remontaban a «quillones» de preguntas. Cada vez me atraía más el hecho de que el número nueve sirviera de respuesta a «quillones» de preguntas no formuladas. Yo también podía contestar bien a «quillones» de preguntas. En ese aspecto del mundo del revés, yo podía considerarme más o menos como el

primero de la clase; era capaz de construir preguntas tan complejas que yo mismo habría vacilado ante el intento de resolverlas, a no ser porque ya desde el comienzo sabía la respuesta. En el otro extremo de la escala, allí donde una respuesta no llevaba más que a una sola pregunta, yo era el burro de la clase. Me sentía inseguro, vacilante y totalmente remiso a plantear la pregunta.

Una tarde, mientras caminaba conmigo y jugaba una interminable rayuela solitaria sobre las baldosas de la acera, Anna me miró de pronto por encima del hombro y me dijo, sin interrumpir su juego:



—Fynn, di «En medio de mí».

—En medio de mí —entoné, como el alumno obediente que era.

—¿Qué? —me gritó Anna, que ya estaba diez metros más adelante.

Me detuve en seco, llené los pulmones con el aire necesario y vociferé:

—En medio de mí.

Unas ancianitas que cruzaron apresuradamente la calle, con la cesta de la compra pendiente de su brazo, me miraron de reojo. Las muchachas se reían y los chiquillos hacían ese gesto con el que se indica que alguien tiene un tornillo flojo. No sé a qué actividad o a qué cavilaciones estarían dedicadas esas buenas gentes, pero de pronto fueron groseramente interrumpidas por un gigantesco mocetón de más de noventa kilos que vociferaba, como si quisiera despertar a los muertos, «En medio de mí». Hubo miradas compasivas y las observaciones del caso, tales como «Debe de estar

chiflado» o «Por el aspecto, no lo parecía», todas referidas a mí. ¿Acaso podían saber que yo estaba conversando con la endemoniada chiquilla pelirroja que ahora seguía saltando y brincando a treinta o cuarenta metros de distancia? Para ellos, era obvio que el individuo ese había sufrido algún ataque. Ante las reacciones que había provocado mi alarido, me quedé boquiabierto como un pez fuera del agua, mientras los ojos se me saltaban de las órbitas. Realmente, debía parecer chiflado. Muerto de vergüenza, levé anclas rápidamente, puse las piernas en tercera y enfilé por una calle lateral. Di la vuelta a la

manzana y frené con esfuerzo frente a Anna, que aún seguía saltando en el mismo lugar.

—¡Ah! —exclamé, jadeante—. ¿Estás aquí?

Mi mentora, o tal vez debería decir mi atormentadora, siguió moviéndose de arriba abajo como un yo-yo, hasta que le puse ambas manos sobre la cabeza y la obligué a detenerse.

—Basta, termina con eso que te van a explotar los sesos.

Se detuvo.

—¿Cuál es la *gran* pregunta, Fynn? —me espetó.

—¿Y cómo diablos quieres que lo

sepa? —pregunté a mi vez mientras me daba vuelta a mirar la calle, como esperando ver a un grupo de hombres de bata blanca que se me acercaban con una camisa de fuerza.

—Es que estás asustado.

Anna me tomó de la mano y seguimos andando. Sus palabras no eran una acusación, tan sólo una observación objetiva. Llegamos al puente que atraviesa el canal.

—Vayamos por el atajo —dijo Anna.

La levanté en brazos y me incliné por encima del puente hasta depositarla en el sendero que bordeaba el canal, un

metro y medio más abajo. Era el método que habitualmente usábamos para llegar al atajo; jamás se nos ocurría bajar por las escaleras que estaban a unos seis metros de distancia. Con paso indolente, recorrimos el sendero, saludando al pasar a un par de caballos; arrojamos unas piedras al canal y hundimos una lata de conservas. Después buscamos un puñado de piedras planas y estuvimos una media hora haciendo rebotar piedras sobre el agua. Conseguimos hacer rebotar un par de piedras en el sendero del otro lado, y seguimos andando hasta llegar a una barca anclada. Montamos en ella para sentarnos a proa, con las

piernas colgando y balanceándose sobre el agua. Tomé un cigarrillo del bolsillo de la americana, lo enderecé y volví a buscar hasta que encontré un fósforo. Anna levantó un pie para que yo raspara el fósforo en la suela de su zapato. Encendí el cigarrillo y aspiré una profunda bocanada.



Ahí nos quedamos, sentados en la barca, empapándonos de los pocos rayos ultravioletas que atravesaban, vacilantes, la bruma y el humo de las fábricas circundantes. Yo soñaba con mi hermoso yate blanco, que navegaba por el Mediterráneo mientras el camarero me servía vasos altos de *bitter* helado y me encendía los cigarrillos, hechos especialmente de encargo, con mi monograma. El sol resplandecía en un luminoso cielo azul, y sobre el agua, el aire traía fragancias de flores exóticas. Junto a mí descansaba esa encantadora chiquilla, feliz y satisfecha, irradiando dulzura, tan inocente como una mañana

de verano. No podía yo imaginar que el ángel en miniatura estuviera tan ocupado en echar leña a la caldera donde hervían sus preguntas y respuestas, en espera de que el vapor alcanzara la presión suficiente. Cómo podía imaginar que estuviera dedicada a afilar sus escalpelos, sierras y cortafríos, a verificar el peso de sus martillos. Andaba yo por la mitad de mi segundo vaso de *bitter* cuando el hermoso yate blanco chocó con una mina y se hundió instantáneamente. Mi cómoda silla de playa se convirtió en la cubierta de metal de una barca, mi almohada en un rollo de cuerda alquitranada, mi

cigarrillo con monograma en una húmeda colilla apagada, y el dulce aroma de las flores que flotaba sobre el Mediterráneo procedía de una fábrica de jabón donde se trabajaban horas extras. Desde el transparente cielo azul, el áureo sol espiaba con ojos llorosos a través de las nubes de humo sulfuroso de las chimeneas.

—¿En medio de ti, estás vacío?

Cerré obstinadamente los ojos, esperanzado en que otro yate me rescatara. La cosa ya empezaba a tomar forma. Casi podía ver los titulares: «Dramático salvamento en el mar», «Nota exclusiva: Náufrago rescatado

después de permanecer 21 días a la deriva». La situación empezaba a gustarme; el papel era idóneo para mí.

—¡*Eh!*

Una explosión en el oído derecho hizo que por el izquierdo escaparan todos mis sueños. A efectos de un enérgico codazo, la realidad volvió a llenar el vacío que había quedado en mi mente.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté, incorporándome sobre el codo.

—En medio de ti, estás vacío.

Yo no estaba muy seguro de si lo preguntaba o lo afirmaba.



—Claro que no estoy vacío en el medio.

—Entonces, ¿cuál es la pregunta?

Pensé saber la respuesta que quería Anna, pero no estaba dispuesto a dársela. Que se aguantara. Lo pensé un momento y se me ocurrió la pregunta: «¿Dónde está Anna?». Al pensarlo

mejor me pareció que esa, precisamente, era una pregunta un poco demasiado peligrosa.

—¿Dónde está Millie? —pregunté.

Anna me sonrió de una manera que me hizo sentir que en cualquier momento me acariciaría la cabeza y me metería un caramelo en la boca, por ser tan buen alumno.

—¿Y a qué pregunta te lleva la respuesta «En medio de Millie»?

¡Ja! Esa ya la había pensado. Con eso realmente dejaría callada a Anna y a sus preguntas, sería un verdadero triunfo mío, algo que a ella no se le habría ocurrido y a lo que, por más que se

retorciera, no podría encontrar salida. Cuidadosa y deliberadamente, contesté:

—La respuesta «En medio de Millie» me lleva a la pregunta: «¿Dónde está el sexo?».

«Y ahora», pensé para mis adentros, «a ver cómo sales de esa, chiquilla del demonio».

Pero Anna no necesitó salir; simplemente, no entró. Sin siquiera un parpadeo, sin que le temblara la voz, siguió con lo suyo. Sus preguntas y alfilerazos eran como las olas que rompen en la playa; mientras una rompía sobre la arena, millones de nuevas olas iban formándose en la lejanía del mar. Y

avanzaban implacablemente, sin que nada fuera capaz de detenerlas. Lo mismo que las preguntas y los alfilerazos de Anna. En las profundidades de su ser se formaban preguntas que surgían a borbotones, bullentes, de la boca, de los ojos, de cada gesto, sin que nada, absolutamente nada, pudiera detenerlas. Era como si cada circunstancia interna de ella estuviera destinada a hallar, fuera de ella, la circunstancia correspondiente.

—¿Cuál es la pregunta adecuada a la respuesta «En medio del sexo»? — empezó a decir.

Extendí la mano para silenciarla,

apoyándole un dedo sobre los labios.

—La pregunta —admití— es:
«¿Dónde está el Señor Dios?».

Anna me mordió el dedo, con fuerza,
y me miró.

«Eso es por hacerme esperar»,
dijeron sus ojos.

—Sí —pronunciaron sus labios.

Volví a acostarme sobre la cubierta
de la barca, pensando en lo que acababa
de decir. Cuanto más lo pensaba, más
me convencía de que en realidad no
estaba tan mal, de que incluso estaba
muy bien. Me gustaba. ¡Por lo menos,
así se evitaba todo el alboroto y la
complicación de levantar el dedo para

decir que es ahí donde está Dios, o señalar hacia las estrellas para indicar que allá arriba está Dios! Sí, claro que me gustaba mucho... sólo que...

El «sólo que» tardó varios días en resolverse. Y aun así, la «maestra» tuvo que llevarme de la mano y explicarme en palabras que este idiota pudiera entender. Es decir, yo había llegado al punto en que podía, sin demasiada vacilación, formular la pregunta para las respuestas: «En medio del gusano», «En medio de mí», «En medio de ti». Hasta había dejado de irritarme que la misma pregunta sirviera para la respuesta «En medio del tranvía». La pregunta era

«¿Dónde está el Señor Dios?». Hasta ahí, de acuerdo. Todo el jardín era una maravilla, salvo tal vez una minucia, que no importaba ni venía al caso. Yo estaba rodeado por una inaccesible, impenetrable cadena de montañas cuya cima no alcanzaba a distinguir.

Los nombres de esos picos imponentes eran: Las lombrices en la *tierra*; yo estoy *aquí*; tú estás *allí*; los tranvías andan *por* la calle. ¡Me había quedado atascado a causa de esas cosas diversas y multitudinarias que tenían un «medio» en donde se hallaba el Señor Dios! Al parecer, el Universo entero estaba sembrado y atestado de diversos

allás y múltiples *aquí*s. ¡En vez de un único y enorme Señor Dios instalado en su cielo de *ene* dimensiones, me encontraba yo ante un enorme surtido de pequeños Señores Dioses que moraban en el medio de todas las cosas! Tal vez todos esos medios tuvieran en su seno fragmentos del Señor Dios que había que reunir, combinándolos como las piezas de un gigantesco rompecabezas.

Después que todo me hubo sido explicado, lo primero que pensé fue en el pobre Mahoma. Él había tenido que ir a las montañas, pero Anna no. Ni fue hacia las montañas ni hizo que estas vinieran hacia ella; se limitó a decirles:

«A volar». Y volaron.

Quiero dejar claro que, aunque por entonces yo ya sabía que en realidad las montañas no estaban ahí, y que yo podía moverme libremente y sin obstáculos, hay ocasiones (no muchas, me alegro de poder decirlo) en que tengo la nítida sensación de que me educaron bastante bruscamente, con un gran golpe en la cabeza. Y, desde luego, tengo la sensación de andar por una montaña, aunque no pueda verla. Tal vez algún día sea capaz de caminar con libertad, sin agacharme de cuando en cuando.

En cuanto a mi problema con los *aquí*s y los *allá*s, la explicación fue algo

así:

—¿Dónde estás? —me preguntó

Anna.

—Aquí, por supuesto —contesté.

—¿Dónde estoy yo, entonces?

—¡Allí!

—¿Dónde me conoces tú?

—En algún lugar dentro de mí.

—Entonces, tú conoces mi medio en medio de ti.

—Sí, me imagino que así es.

—Entonces en medio de ti sabes que el Señor Dios está en medio de mí, y todo lo que sabes y conoces, cada persona que tú conoces tiene en medio de ella al Señor Dios, así que en medio

de ti tú tienes también al Señor Dios de ellas... Es fácil.

Cuando don Guillermo de Occam dijo: «Es vanidad hacer con más lo que se puede hacer con menos», inventó su famosa navaja, ¡pero quien la afiló fue Anna!

Tratar de correr a la par que Anna y sus ideas podía ser algo muy agotador, sobre todo porque yo ya había terminado la escuela, o por lo menos eso creía. Pues ahí estaban, bien ordenadas y dispuestas todas mis Ideas de qué era qué, y ahora me decían que las dispusiera en un orden distinto, lo que no siempre era tan fácil. ¡Como la vez

que tuve que reajustar la idea del sexo!

Esa era una de las grandes ventajas de vivir en el East End, en esos días en que sexo se escribía con «s» minúscula, y no con «S» mayúscula. Y al decir «ventaja» me refiero a que nadie se pasaba media vida preguntándose si habría nacido en una colmena o en el nido de una cigüeña. Toda la saga de las cigüeñas y de las abejas estaba decididamente pasada de moda. Nadie abrigaba la menor duda sobre sus orígenes. Tal vez alguien hubiera sido concebido debajo de un grosellero, pero que hubiera nacido allí, jamás. La mayoría de los chicos estaban

familiarizados con las sanas y antiguas malas palabras anglosajonas desde mucho antes de tener idea de lo que quería decir «malo» ni de qué era una palabra. Eran los días en que esas palabras se usaban como sustantivos y verbos, no como adjetivos; cuando el sexo, con «s» minúscula, era en su debido lugar algo tan natural como el aire que respiramos. No había llegado a ser tan importante como para merecer una «S» mayúscula, ni para tener tantos problemas. Tal vez porque nos enterábamos sobre eso tan pronto en la vida que era muy raro que se nos hiciera un lío. Quizá es sólo cuando uno

aprende esas cosas siendo ya mayor que empieza a escribirlo con «S» mayúscula. Pero todo esto no tiene nada que ver con el sexo, ni con mayúscula ni con minúscula. Tiene que ver con los descubrimientos de Anna sobre el SEXO, escrito todo con mayúsculas.

No es que hubiera ningún problema con la información común y corriente sobre el sexo, ya que eso era perfectamente comprensible. Después de todo, y aunque también puedan dársele otros nombres, un bebé es un bebé. Los gatitos son bebés, los corderos son bebés, y ¿acaso las coles pequeñas no son bebés? Una cosa que aparentemente

todos ellos compartían era el hecho de ser nuevecitos, flamantes, recién traídos al mundo. Pero si era así, como parecía, ¿qué había de las ideas? ¿Y de las estrellas? ¿Y de las montañas, y cosas así? Porque no se podía negar que las palabras traían al mundo ideas nuevas; ¿no sería que las palabras tenían algo que ver con el sexo? No sé durante cuánto tiempo habrá andado Anna rumiando ese problema; durante meses, probablemente. Una cosa era segura: no había llegado a ninguna conclusión, ya que de otro modo yo no me habría salvado del impacto de sus descubrimientos.



Fue una feliz coincidencia que yo estuviera cerca de ella cuando Anna hizo su sensacional avance. Fue un domingo por la tarde, después de una clase no muy afortunada en la escuela dominical. Danny y yo estábamos apoyados en el poste de la luz, mientras charlábamos con Millie. La calle estaba llena de chiquillos que saltaban a la

cuerda y a la pata coja, y cuatro o cinco de los más pequeños jugaban con un globo de goma amarilla. El juego con el globo no duró demasiado, ya que un globo no puede soportar el peso combinado de cinco niños que se acuesten sobre él. El globo estalló y Millie corrió a enjugar las lágrimas y prodigar consuelos a todos los pequeños. Danny se fue a mirar cómo jugaban los chicos mayores y Anna, olvidada de la pelota que había estado haciendo rebotar interminablemente, recogió los restos del globo. Como sin pensarlo, vino hacia donde yo estaba y se sentó al borde de la acera, junto al

poste del farol. En una especie de ensoñación, estiraba los trozos del globo para ir dándoles formas diversas.

De pronto, lo oí. Era el ruido de la lengua de Anna al chasquear contra la parte de atrás de los dientes, era un signo de que su máquina de pensar estaba pasada de revoluciones. Miré hacia abajo. Con el pie, Anna sujetaba sobre la acera una punta del globo reventado. Mientras con la otra mano lo estiraba, al mismo tiempo lo hundía con el índice de la mano derecha.

—Qué cosa tan rara —murmuró. Sin pestañear, sus ojos congelaron el experimento como los de una Medusa

del siglo XX—. ¿Fynn?

—¿Qué pasa?

—¿Quieres tenerme esto tirante?

Me puse en cuclillas junto a ella y tomé los restos del globo.

—Ahora, pónmelo tirante.

Obedientemente, estiré el globo.

Anna le hincó un dedo.

—Pues sí que es raro.

—¿Qué es lo raro? —pregunté.

—¿A qué se parece?

—Se parece a que estás hincando el dedo en un trozo de globo reventado.

—¿No se parece a lo que tiene un hombre?

—En cierto modo, supongo que sí.

—Y del otro lado, se parece a lo que tiene una señora.

—¡No! ¿De veras? A ver, déjame ver —miré, y en cierto modo, así era.

—Es raro, vaya si lo es.

—Bueno, pero ¿qué es lo que tiene de raro?

—Que si yo hago solamente una cosa —volvió a hundir el dedo en el globo estirado— se forma lo que tiene un hombre y lo que tiene una señora. ¿A ti no te parece raro, acaso? ¿Eh, Fynn?

—Sí. Dos por el precio de uno. Es raro.

Anna se fue a jugar con los otros chicos.

Debían ser alrededor de las tres de la mañana cuando la sentí, de pie junto a mi cama.

—Fynn, ¿estás despierto?

—No.

—Ah, bueno, pensé que dormías.

¿Puedo subir?

—Si quieres.

Se introdujo en mi cama.

—Fynn, ¿la iglesia es sexo?

Para entonces ¡vaya si estaba yo despierto!

—¿Qué quieres decir con eso de si la iglesia es sexo?

—Te siembra semillas en el corazón y hace que broten cosas nuevas.

—¡Ah!

—Por eso es el Señor Dios, y no la Señora Dios.

—Ah, ¿con que es así?

—Bueno, podría ser. Podría ser —caviló—. Creo que las clases también son sexo.

—Mejor será que no le digas eso a la señorita Haynes.

—¿Por qué no? Si las clases te ponen cosas en la cabeza, y salen algunas cosas nuevas.

—Eso no es sexo, es aprendizaje. El sexo sirve para hacer bebés.

—No, no siempre.

—¿De dónde sacas tú eso?

—Bueno, si es de un lado es un hombre, si es del otro lado es una señora.

—¿Un lado de qué? —le pregunté.

—No sé. Todavía —pensó un momento—. Yo, ¿soy una señora?

—Casi, me imagino.

—Pero no puedo tener bebés, ¿verdad?

—Bueno, todavía no.

—Pero puedo tener ideas nuevas, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente!

—Y... en cierto modo... es como tener un bebé. ¿O no?

—Podría ser.

Ahí se detuvo la conversación. Yo seguí despierto durante una media hora, al cabo de la cual me debí quedar dormido. De pronto sentí que me sacudían, y oí la voz de Anna.

—¿Duermes, Fynn?

—No, en este momento no.

—Si sale es una señora, y si entra es un hombre.

—¿Es...? ¿Qué es?

—Cualquier cosa.

—Ah, qué bien.

—¡Sí! ¿No es sorprendente?

—Pasmoso.

—Así que es posible ser hombre y señora al mismo tiempo.

Por fin entendí lo que Anna trataba de decir. Todo el Universo está impregnado de una cualidad *sexual*. Es seminal y productivo al mismo tiempo. Las semillas de las palabras producen ideas. Las semillas de las ideas producen quién sabe qué. Todo —todo, bendito sea—, es a la vez macho y hembra simultáneamente. En una palabra, todo es *sexo* puro. Nosotros seleccionamos un aspecto y lo llamamos «sexo», o lo hacemos super importante y hablamos de «Sexo». Pero eso es culpa nuestra, y nada más.

Cinco

LOS dos primeros años que pasé con Anna fueron para mí años de placer; las cosas que Anna hacía y decía eran para mí motivo de diversión y orgullo. Era frecuente que alguien me dijera: «A que no sabes lo que dijo Anna», o «No te imaginas lo que hizo Anna esta mañana», y yo me reía solo de la audacia de la niña. El abismo de años que me separaba de Anna me daba

amplio margen para reírme. Era una risa cálida y afectuosa. Era una risa que, después de todo, procedía desde unos peldaños más arriba en la escala del entendimiento, y desde esas alturas uno puede permitirse ser generoso. La escala estaba atestada de gente, ya que por una razón u otra, todos íbamos avanzando lentamente. Todos nos habíamos enfrentado con nuestros diversos problemas y, en alguna medida, los habíamos resuelto. Podíamos, desde nuestra posición elevada, dar consejo a los que aún pugnaban por subir.

Así fueron los dos primeros años, aunque no fueron años perdidos. Anna

arrojaba sus perlas y yo recogí muchísimas, pero no conseguí recogerlas todas. Muchas de ellas quedaron por ahí dispersas, y los pies de treinta años las han hundido en la tierra. Dicen que hasta el último segundo de nuestra vida va quedando de algún modo registrado en el cerebro. La idea me resulta consoladora, pero ¿en qué cámara, en qué circunvolución están ocultas esas perlas? Jamás he podido encontrar la llave que me dé acceso a esos recuerdos pero, a veces, descubro otra perla, algún suceso o alguna palabra, y el recuerdo vuelve.

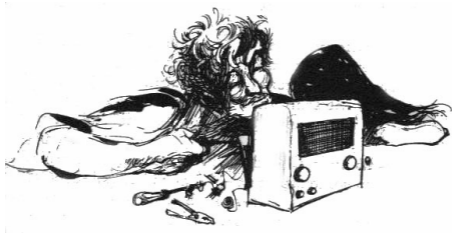
Me estremezco al pensar que durante

dos años me conformé con comer el pan duro del conocimiento, mientras bajo mis narices Anna seguía cocinando ideas nuevas y crujientes. Me imagino que pensaba que una hogaza tenía que tener aspecto de hogaza. Para mí, «hogaza» y «pan» eran sinónimos, y por entonces mis sentidos no me permitían advertir la diferencia. En algún rincón de mi mente se oculta todavía un sentimiento de vergüenza, una chispa de ira, una sensación de haber perdido el tiempo, desde el momento en que me di cuenta de que la palabra importante era «pan», de que el pan se puede cocer en infinidad de formas. Yo todavía no era

capaz de descubrir que la forma de la hogaza no tenía nada que ver con el valor alimenticio del pan. La forma era simple cuestión de conveniencia. Pero en mi educación se había insistido demasiado en las formas. Todavía hay momentos en que me siento irritado, preguntándome: «¿Qué parte de lo que me enseñaron no fue más que cuestión de conveniencia?». Pero no le hago la pregunta a nadie. No hay nadie que pueda darme una respuesta. Y el mero hecho de hacerse esa pregunta es una estúpida pérdida de tiempo. La respuesta me espera en el futuro, no quedó a mis espaldas. Anna dejó tras de

sí su carta de descubrimiento, algunas partes concienzudamente exploradas, otras apenas esbozadas, pero la mayoría de las partes del mapa tienen flechas que señalan hacia ellas.

La tarde que descubrí la naturaleza de mi relación con Anna fue la misma tarde que empecé a entender qué era ella, o por lo menos, a comprender cómo funcionaba.



Era a comienzos del invierno y ya había oscurecido. Teníamos la cocina para nosotros solos, y los postigos estaban cerrados. La lámpara de gas derramaba su luz por la habitación con un silbido, mientras la cocina, repleta de carbones, hacía chisporrotear a través del guardafuegos sus erráticas lenguas de llama. Sobre la mesa de la cocina había un receptor de radio medio desmontado, cajas de repuestos y piezas, una lámpara de alcohol, un soldador y un revoltijo de herramientas, válvulas y mil cosas más. Anna estaba de rodillas en una silla, con los codos sobre la mesa y el mentón apoyado en ambas manos.

Yo me hallaba al lado opuesto de la mesa, mi atención dividida en tres partes: el aparato de radio que estaba armando, Anna, y las sombras que bailaban sobre la pared. A medida que el carbón colocado en la parrilla de la cocina se calentaba, los gases que encerraba se escapaban y ardían. El brillo de la llama hacía reflejar sobre la pared la sombra de Anna, se agotaba y se extinguía; otra llama ocupaba su lugar y arrojaba una sombra nueva.

La explicación era bastante simple, pero, de alguna manera, el efecto desafiaba a la explicación. La sombra estaba ahí junto al cuadro, después más

allá junto a la puerta, luego aquí sobre las cortinas. La sombra latía con el destello de la llama como si tuviera vida propia, se desvanecía y volvía a aparecer en otra parte. No había movimiento entre una posición y otra. Aparecía y desaparecía. Daba la impresión... ¿cómo podría explicarlo?, daba la impresión de que la sombra jugara. Mis ojos se movían de una sombra a otra, después veían tres sombras a un tiempo, y luego, nada. Unos segundos después, dos sombras. Sentí como una picazón muy dentro de mí, demasiado profundo para ponerme a mirar. Anna levantó los ojos, lo advirtió

y sonrió. El tiovivo que giraba dentro de mí siguió moviéndose sin que nada sucediera. Fuera lo que fuere lo que había intentado asomarse, había desaparecido, dejando tras de sí un agujero en algún rincón de mi interior.

La radio crecía paso a paso, en silencio, a no ser por el siseo del soldador al sumergirlo en el fundente. Después de hacer todas las pruebas, por fin coloqué las válvulas y conecté las baterías. Un último vistazo, y a encenderla. ¡Nada! Simplemente, una de esas cosas que pasan de vez en cuando. El voltímetro graduado en la escala adecuada, una o dos mediciones... ¡Ah!

Probablemente aquí esté el error. Deshacer esta soldadura, poner el voltímetro en lectura de corriente, insertarlo en el circuito, nuevo encendido. Claro que no era más que uno de esos errores tontos, que se rectifican en seguida. La mano de Anna se apoyó sobre la mía, y su ceño se frunció en actitud pensativa.

—¿Qué hiciste con eso? —señalaba el voltímetro.

—Lo usé para descubrir qué era lo que no iba bien.

—Por favor, repítelo —lo dijo sin mirarme, con los ojos clavados en el voltímetro—. Desde el momento en que

usaste eso hasta ahora.

—¿Quieres decir que vuelva a ponerlo mal, después del trabajo que me ha costado arreglarlo?

Asintió con un gesto. Qué iba a hacer yo, si no volver a ponerlo mal.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunté.

—Ahora repite la operación de antes, pero hablando —me ordenó.

—Pero tesoro —exclamé—, si hablo sobre lo que estoy haciendo, tú no entenderás una sola palabra.

—No me interesa entender ninguna palabra. Se trata de algo diferente.

—Primero gradúo el voltímetro en esta escala para medir el voltaje,

después lo pongo a través de esta resistencia para medir el voltaje en este punto —con el dedo le iba señalando las piezas a medida que las nombraba—. Ahora pasamos aquí y seguimos haciendo lo mismo, y vemos que el voltímetro registra el voltaje correcto.

Al llegar a donde estaba el fallo, conecté el voltímetro y Anna observó que la lectura era muy diferente.

—Pues ahí está el error —expliqué—. Si ahora deshago esta soldadura y pongo el voltímetro en lectura de corriente, veremos qué es lo que pasa.

Deshice la soldadura y seguí explicando:

—Ahora ponemos el voltímetro en el circuito y, abracadabra, no hay corriente.

Sus manos volvieron a adelantarse y yo le hice un gesto afirmativo. Anna desconectó cuidadosamente los cables, y lentamente volvió a engancharlos. No llegaba la corriente. Corregí el error, encendí el aparato, ajusté algunas piezas y escuchamos la música.

Algo después de las dos de la mañana me despertó el clac, clac de las argollas de la cortina. A la luz del farol de la calle pude ver a Anna de pie. Era extraño cómo esa cortina, al correrse, me despertaba siempre completamente;

extraño, teniendo en cuenta que dormíamos casi sobre la vía del ferrocarril y que los expresos nos perforaban continuamente los oídos, pero la más leve sacudida de esas argollas me despertaba por completo. Después de dos años, Bossy y Patch se habían erigido por propia decisión en guardianes de Anna y formaban una especie de vanguardia que estaba alerta ante cualquier peligro que pudiera amenazar a su amita. Bossy, el viejo exhibicionista que llevaba siempre la delantera, había aterrizado ya sobre mi pecho, en tanto que Patch, menos audaz, parecía disculparse, mirando

continuamente hacia atrás para asegurarse de que le seguía Anna.



—¿Estás despierto, Fynn?

—¿Qué te pasa, Tich?

—¡Tengo ganas de llorar!

—Oh...

Un débil sollozo impulsó a los guardianes a recorrer mi pecho, intentando sopesar la situación.

El lloriqueo se prolongó durante un momento, mientras yo repasaba mentalmente los acontecimientos del día, procurando entender la posible razón de las lágrimas.

—¿Lo pusiste en el medio? —me preguntó finalmente.

—¿Si puse qué en el medio?

—Eso, al final, después de deshacerlo.

—Ah, sí, ya recuerdo. Cuando deshice la soldadura.

—Sí. ¿Pusiste la caja en el medio?

—Sí —admití, viendo ya a dónde íbamos a parar—. Me imagino que venía a ser como ponerla en el medio. ¿Por

qué?

—Bueno, es gracioso.

—Regocijante —confirmé—. Pero, ¿en qué sentido es gracioso?

—Como la Iglesia y el Señor Dios.

—Ah, claro, eso es gracioso, sí.

—Pero, en serio. De verdad que lo es.

A las dos de la mañana, lo más fácil es que mis engranajes cerebrales reaccionen con una cierta lentitud. Evidentemente, eso me estaba ocurriendo en aquel momento. Para alcanzar las revoluciones necesarias para hacer frente a esa situación habría tenido que levantarme, pero hacía un

frío de mil demonios, así que me limité a encender un cigarrillo. El humo me sacudió el cerebro y la tos puso mi motor en marcha. Puse el cerebro en primera ya que, evidentemente, eso de que la Iglesia y el Señor Dios eran como reparar una radio iba a resultar una cuesta difícil de ascender, y a esas horas de la mañana yo ni siquiera estaba seguro de dónde tenía los frenos. Como detenerlo era imposible, me resigné a lo inevitable y la invité a que siguiera adelante con lo suyo.

—Está bien, con que ir a la iglesia es como arreglar una radio. De acuerdo. De acuerdo, pero, por favor, empieza a

explicármelo despacito... claro y despacito.

—Bueno, primero pusiste la caja fuera y después la colocaste dentro. Es como la gente en la iglesia... se quedan fuera y deberían entrar.

—Por favor, dime exactamente qué es lo que pasa. Y trata de simplificarlo un poco para que yo lo entienda.

Su cuerpo se relajó, mientras la mente de Anna elegía frases sencillas y adecuadas, lo bastante fáciles para que las entendiera un adulto.

—Lo que hiciste primero con la caja. ¿Por qué?

—Para medir el voltaje.

—¿Fuera?

—Claro. Los voltajes se miden fuera del circuito.

—Y entonces, ¿la última vez que lo hiciste?

—Eso era para medir la corriente.

—¿Dentro?

—Sí, dentro. Tienes que estar dentro del circuito para medir la corriente.

—¿Eso es como la gente y la iglesia, no?

Consciente de que yo no había entendido, continuó:

—La gente —hizo una pausa para que yo fuera captándolo—, cuando va a la iglesia —otra larga pausa—, mide al

Señor Dios desde afuera.

Para subrayar lo que decía, me rascó las espinillas con los dedos de los pies.

—No entran para medir al Señor Dios —concluyó, y esperó pacientemente, para comprobar si alguna semilla había caído en terreno fértil.

En el exterior, el expreso continental se precipitaba en la noche hacia la estación de Liverpool Street y hacia el descanso, mientras el silbato clamaba a gritos su deseo de dormir. Mientras pasaba como un rayo ante la ventana del dormitorio, bajó un par de semitonos su alarido, como si reconociera mi presencia, silbando y riéndose ante mi

confusión. Soñolientos, los coches pullman entonaban su canción de cuna, dide-didun, dide-dí, dide-dí, míralo y ve, míralo y ve. Todo parecía estar tomándola conmigo esa noche. Finalmente, miré y vi. Un par de células grises acabaron frotándose una con otra y despertaron a la luciérnaga de mi imaginación. No había luz suficiente como para ver realmente, pero algo era. Hacía poco tiempo había estado leyendo a Santo Tomás de Aquino, pero como no hacía referencia alguna a «armar una radio», le pedí que se apartara un poco para dejarle lugar a Anna. Con una pregunta por aquí y otra por allá, poco a

poco fui elaborando la respuesta.

Como supuesto cristiano, uno puede quedarse fuera y medir al Señor Dios. El medidor no mide voltajes, sino «Amor, Bondad, Omnipotencia, etcétera». Hay un buen montón de etiquetas para que uno se dedique a pegarlas por ahí. Hasta ahí vamos bien. Pero, ¿cuál es el paso siguiente? Ah, sí, ahora abro el circuito cristiano y yo, el medidor, me meto dentro. Parece bastante simple, en realidad no es nada... ¡Eh, pero un momento, demonios! ¿Quién fue el que dijo: «Sed como vuestro Padre que está en los cielos»? Haced callar a ese hombre, que

ya casi he resuelto el problema. Si yo estoy dentro del circuito cristiano, entonces soy parte de... *una verdadera parte* del Señor Dios, *una parte en funcionamiento* del Señor Dios.

—Lo que tú quieres decir es que yo pienso que soy cristiano. Puedo medir a Dios desde fuera y decir que es puro amor y puro poder y todo eso, pero en realidad con todo eso no voy a llegar a ninguna parte.

—Son palabras de la gente.

—Cierto, pero yo también soy gente.

—Entonces, tú deberías saber.

—¿Qué?

—Que no son más que palabras de

la gente.

Seguí insistiendo.

—Entonces, si me meto en el circuito y mido de esa manera al Señor Dios, ¿soy un verdadero cristiano?

Movió levemente la cabeza. Hacia un lado.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Podrías ser como el chico de Harry.

—Él es judío.

—Sí. O como Alí.

—Oye, espera un momento, que él es sikh.

—Sí, pero es que eso no importa, si mides al Señor Dios desde dentro.

—Un poquito más despacio. ¿Qué diablos es lo que mido entonces, si estoy dentro?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo es eso?

—Porque no importa. Tú eres como una parte del Señor Dios. *Tú* lo dijiste.

—Yo nunca he dicho eso.

—Sí lo dijiste. Tú dijiste que la caja es una parte, cuando lo mides desde dentro.

Era verdad. Yo lo había dicho.

Por lo que a Anna se refería, había algo que era absolutamente cierto. Todo lo había hecho el Señor Dios, no había nada que Dios no hubiera hecho. Cuando

uno empezaba a comprender que en eso radicaba toda la cuestión, que así era cómo funcionaban las cosas, así cómo estaban hechas, entonces comenzaba a entender qué era el Señor Dios.

En los últimos meses, yo había comenzado a darme cuenta de que la verdadera preocupación de Anna tenía muy poco que ver con las propiedades. Las propiedades tenían la costumbre — bastante estúpida— de estar al servicio de las circunstancias. El agua era líquida... es decir, si no era vapor ni hielo. En tal caso, las propiedades eran diferentes. Las propiedades de la masa eran diferentes de las propiedades del

pan. Todo dependía de las circunstancias de la cocción. Ni por un momento se le habría ocurrido a Anna relegar las propiedades al basurero. Las propiedades eran algo muy útil, pero como dependían de las circunstancias, ir en pos de las propiedades era como seguir una carretera sin fin. No, en realidad había que ir en pos de las funciones. Al medir al Señor Dios desde fuera uno no llegaba más que a las propiedades y, aparentemente, a una lista interminable. Uno podía hacer una determinada elección de propiedades, y eso condicionaba la forma de religión a la que se adhería. En cambio, si uno

estaba dentro del Señor Dios llegaba a la función, y entonces todos éramos iguales: no había iglesias diferentes, ni templos, ni mezquitas, ni nada. Todos éramos iguales.

¿Que cuál es la función, me preguntabais? Oh, la función del Señor Dios es otra de esas cosas tan sencillas. La función del Señor Dios es llegar a gustarle a uno. Entonces no se puede medir, ¿no es eso? Como decía Anna: «Si eres, no lo sabes, ¿verdad? ¿No pensarás que el Señor Dios sabe que es bueno, no?». Anna consideraba que el Señor Dios era un perfecto caballero y, ¿dónde se ha visto que un caballero

alardee de ser bueno? Si alardeara no sería un caballero, ¿no es así?, y entonces llegaríamos a una contradicción. ¿No es eso razonable, acaso? Ya sé que a la luz del día surgen otros planteamientos, que es fácil aceptar esas cosas de noche, acostado con un ángel en miniatura al lado, y que después es otra cosa muy distinta. La función del Señor Dios es tratar de gustarle a uno. Las distintas religiones no hacen más que medir las propiedades, o algunas propiedades, pero en realidad no importa de qué color sea uno ni a qué credo se adhiera: el Señor Dios no muestra preferencias

en su función.

Esa noche ya no dormimos; estuvimos charlando de muchas cosas.

—La señorita Haynes.

—¿Qué pasa con la señorita Haynes?

—Es tonta.

—No puede ser. Es maestra. No podría ser maestra de escuela si fuera tonta.

—Vaya si lo es.

—¿Por qué piensas eso?

—Dijo que yo no puedo saberlo todo.

—Sospecho que tiene razón.

—¿Por qué?

—Digamos que no tienes la cabeza bastante grande.

—Eso es por fuera.

—Perdón. No había caído en eso.

—Por dentro, puedo saberlo todo.

—¡Ah!

—¿Cuántas cosas hay?

—Quillones.

—¿Más que números?

—No, más números que cosas.

—Yo conozco todos los números.

No los nombres, eso es lo de fuera, sino los números, que son lo de dentro.

—Sí, me imagino que sí.

—¿Cuántas ondas hay en ese osciloscopio?

—Quillones.

—¿Tú sabes cómo hacer quillones?

—Sí.

—Eso es por dentro.

—Sí, supongo.

—¿Y las has visto todas?

—No.

—Claro, eso es por fuera.

Bendita chiquilla, no podía decirle que estaba dando forma a la pregunta que durante tanto tiempo me había inquietado: «¿Por qué no puedo saberlo todo?». Porque es obvio que nadie puede saberlo todo, así que de todas maneras, ¿por qué intentarlo? Seguimos charlando. A medida que el tiempo se

escurría empezaron a pasarme cosas. Certidumbres y dudas se amontonaban, unas encima de otras. Surgían preguntas, y eran descartadas. Yo sabía que tenía razón, pero tenía miedo de soltarme. Barajaba las palabras hasta que formaban oraciones, pero las oraciones me hacían vulnerable y yo no quería. Si lo que yo entreveía era correcto, Anna tendría que correr con la responsabilidad. El reloj de la iglesia dio las seis. La pregunta seguía allí, y yo tenía que saber la respuesta.

—¿Cuántas son las cosas que no me dices?

—Te lo digo todo.

—¿Es eso verdad?

—No —admitió en voz baja y con cierta vacilación.

—¿Por qué no?

—Algunas de las cosas que pienso son muy... muy...

—¿Raras?

—Sí. No estás enfadado, ¿verdad?

—No, no lo estoy en absoluto.

—Temí que lo estuvieras.

—Pues no. ¿Cómo son de raras esas cosas?

Sentí que se ponía rígida a mi lado, clavándome los dedos en el brazo como si me desafiara a contradecirla.

—Como dos y cinco son cuatro.

El mundo pareció detenerse. Tengo razón. *Tengo razón.* Yo sabía exactamente a qué se refería Anna. Con toda la calma que me fue posible, le revelé mi secreto.

—¿O diez? —le pregunté.

Durante uno o dos segundos no se movió. Después se volvió para mirarme en la cara y habló en voz muy baja.

—¿Tú también?

—Exacto —contesté—. Yo también. Tú, ¿cómo lo descubriste?

—En el atajo, con los números de las barcas. ¿Y tú?

—En un espejo.

—¿En un espejo? —su sorpresa no

duró un segundo.

—Es lo mismo que el agua, sí.

Casi podía oír el ruido de las cadenas que se desprendían de mí.

—¿Se lo dijiste alguna vez a alguien? —me preguntó Anna.

—Un par de veces.

—¿Y qué contestaron?

—Que no fuera tonto. Que no perdiera el tiempo. ¿Se lo dijiste tú a alguien?

—Una vez, a la señorita Haynes.

—¿Qué te dijo?

—Que era una estúpida, así que no lo volví a decir.

Los dos nos reímos, libres ahora de

ataduras. Compartíamos el mismo mundo, el mismo fuego nos entibiaba. Los dos estábamos en el mismo lugar, avanzábamos por el mismo camino, íbamos hacia la misma meta. De pronto vi con claridad cuál era nuestra relación. Éramos compañeros de búsqueda, camaradas, como los espíritus. ¡Al demonio con los provechos, al infierno con las ganancias! Vamos a echar un vistazo, vamos a ver qué pasa. Los dos necesitábamos lo mismo para nutrirnos.

A los dos nos habían contado que «cinco» quería decir «cinco» y nada más, pero el número 5 reflejado en el

agua o en un espejo era el número 2. Y con eso de los reflejos se podían producir muchas curiosidades aritméticas, y eso era lo que nos fascinaba tanto. Tal vez todo eso no tuviera ninguna aplicación práctica, pero qué importaba. «Cinco» quería decir lo que habitualmente se entiende por «cinco» sólo en virtud del uso y de la convención. En el número 5 no había nada de especial; uno podía darle cualquier significado que se le ocurriera, siempre que después de haberlo convenido se siguiera ajustando a las reglas; y se podían seguir inventando reglas eternamente... bueno,

casi. Así que, evidentemente, estábamos perdiendo el tiempo, pero nosotros no lo veíamos así; nos parecía una aventura, creíamos que se trataba de algo que había que explorar.

Los dos, Anna y yo, habíamos comprendido que las matemáticas eran algo más que resolver problemas. Eran una puerta que se abría hacia mundos mágicos, misteriosos, desconcertantes, mundos en los que había que mirar bien dónde se pisaba, mundos en donde uno elaboraba sus propias reglas y tenía que aceptar la total responsabilidad de sus acciones. Pero era emocionante, e inmenso más allá de toda comprensión.

La amenacé con un dedo.

—Cinco más dos son diez.

—A veces son dos —me contestó.

—También pueden ser siete.

¿A quién cuernos le importa? Hay quillones de otros mundos para mirar. Nos detuvimos, jadeantes.



—Tich —le dije—, levántate, que tengo que enseñarte algo.

Retiré los dos espejos laterales de la cómoda y nos fuimos silenciosamente a la cocina. Encendí el gas. Estaba oscuro

y hacía frío, pero no importaba. Nuestro fuego interno estaba encendido fuera de hora. Busqué una hoja grande de cartulina blanca y tracé sobre ella una línea negra, larga y gruesa. Puse los dos espejos en ángulo y los mantuve rectos, como un libro abierto. Entre los espejos quedaba la línea negra. Atisé hacia adentro para corregir el ángulo.

—Mira —exclamé, conteniendo la respiración.

Anna miró, pero no dijo nada. Empecé a cerrar muy lentamente el ángulo de los espejos y oí cómo ella respiraba hondo. Miró un momento más, y siguió mirando y de pronto no pudo

más. Su caldera estalló. Yo recordaba muy bien la sensación que tuve la primera vez que lo vi. Antes de que sucediera, dejé los dos espejos sobre la mesa. Anna se me vino encima como un tren expreso. En torno a mi cuello, sus brazos casi me estrangulaban, me hincaba los dedos en la espalda, lloraba, se reía y me mordía. Estábamos un millón de años más allá de las palabras. No había ni una sola palabra que sirviera, ni de lejos, para ese momento. Los dos nos sentíamos físicamente agotados. Mental y espiritualmente no habíamos bajado. Ni bajamos nunca.

Seis

SENTADOS ante una taza de té, hicimos nuestros planes. Tan pronto como abrieran, nos iríamos al mercado y compraríamos en Woolworth's un buen montón de espejos.

Cuando llegamos a la plaza del mercado, las tiendas todavía estaban cerradas. Los dueños de los puestos disponían sus productos a la luz deslumbrante de las lámparas de

carburo. Como disparos, atravesaban la calle en todas direcciones humorísticos insultos, instrucciones y conjeturas sobre lo que podía deparar el día. Los pies golpeaban el suelo como si quisieran aplastar a las escurridizas alimañas del frío. Instalados sobre sus soportes de ladrillo, braseros improvisados con tambores de aceite se ocupaban de hacer hervir el agua para el té. El puesto de café inundaba con su aroma de embutidos calientes y café toda la plaza del mercado.

—Un té, dos rosquillas y pastel de queso, amigo —pidió el taxista.

—Para mí, un té y un par de

panecillos —agregó su compañero.

—¿Y tú, muchacho? —era mi turno.

—Dos té y cuatro salchichas.

Dejé las monedas sobre el mostrador y recogí el cambio, empapado por el té derramado. Anna estaba de pie aferrando su taza con ambas manos, mientras hundía profundamente la nariz en ella. Por encima del borde de la taza, un par de ojos vivaces y sonrientes lo escudriñaban todo. Como ella no podía sostener al mismo tiempo el té y las salchichas, yo las sujeté entre los dedos de la mano izquierda, para que Anna las tomara cuando quisiera. En el puesto de al lado quedaba un espacio libre donde

dejé mi taza de té para intentar encender el cigarrillo con una sola mano. Probé a encender la cerilla frotándola con la uña del pulgar, pero esa técnica jamás conseguí aprenderla bien. Lo más que conseguí alguna vez fue que la cabeza del fósforo se desprendiera y se me quedara incrustada bajo la uña. Entonces, cuando no era el momento oportuno, encendía... y dolía. Anna levantó un pie y encendí el fósforo. En el mercado, el ritmo iba *in crescendo*.

—¡Cuidado con la espalda, por favor! ¡Cuidado con la espalda!



Como la estela de un barco que pasa, todos nos amontonamos sobre la acera y volvimos a desparramarnos, mientras un carro tirado por un caballo iba abriéndose paso entre la gente; el caballo humeaba en la mañana helada.

—¡Ernie! —vociferó una señora con un delantal de piel—, ¿dónde diablos están esas coles rojas? Este hombre me va a matar —agregó para quien quisiera escucharla—, acabará llevándome a la tumba.

—¡Si puede! —acotó alguien.

En ese momento llegó un hombre que caminaba entre dos enormes carteles que le colgaban sobre pecho y espalda, anunciando a todos los presentes: «El fin está próximo», y pidió una taza de té.

—¡Mirad, aquí llega el ángel de la trompeta!

—Hola, Joe. Ven a tomar algo caliente conmigo —le saludó el taxista.



—El fin está próximo —salmodió el
viejo Joe.

—Me das escalofríos.

—¿Cuál era el de la semana pasada?

—¡Preparaos para el Juicio!

—¿Y cómo diablos os llegan todos
esos mensajes?

—El recibe un telegrama de San Pedro.

Desde el extremo del mostrador, una voz que parecía un trueno sacudió a todos los presentes.

—¿Quién de vosotros, desgraciados, me ha quitado los panecillos?

—Si los tienes bajo el codo.

—Harry, cuida tu lenguaje que hay una chiquilla aquí. Harry se apartó del mostrador con un puñado de panecillos en una mano, y en la otra un enorme jarro que entre sus dedos parecía una jícara.

—Hola, chiquilla. ¿Cómo te llamas?

—Anna, ¿y tú?

—Harry. ¿Estás sola?

—No. Con él —Anna me señaló con el mentón.

—¿Qué estáis haciendo en la calle a estas horas de la mañana?

—Esperando a que abra Woolly —explicó Anna—. ¿Y qué vais a comprar en Woolworth's?

—Unos espejos.

—Ah, qué bien.

—Diez espejos.

—¿Y para qué queréis diez espejos?

—Para ver diferentes mundos —le confió Anna.

—Ah —Harry se dio por enterado, aunque no hubiera entendido mucho—.

Pues no hay duda que eres precavida,
¿no?

Anna sonrió.

—¿Te gustaría una tableta de
chocolate?

Anna me miró y yo asentí con un
gesto.

—Sí, señor.

—Harry —la corrigió su
interlocutor, levantando un índice que no
pesaría menos de un kilo.

—Muchas gracias, Harry.

—¡Arfer! —vociferó Harry por
encima del hombro—. A ver si nos
alcanzas un buen par de tabletas de
chocolate.

Arfer se las trajo y Harry las cogió.

—Toma, Anna, aquí tienes un poco de chocolate.

—Gracias —dijo Anna.

—¿Gracias, qué? —la voz de Harry se enroscó en un signo de interrogación.

—Gracias, Harry —mientras desenvolvía una de las tabletas le invitó —. Toma un trocito, Harry.

—Gracias, Anna, creo que aceptaré.

Un par de troncos de árboles terminados en dos grandes jamones se tendieron hacia Anna. Al abrirse, los jamones se convirtieron en enormes racimos de plátanos, y partieron un trocito de chocolate, tamaño Harry.

—¿Te gustan los caballos, Anna? — preguntó Harry.

Anna admitió que los caballos le gustaban.

—Pues ven conmigo a ver a Nobby —la invitó Harry.

Dimos la vuelta a la esquina, entramos por una callecita, y allí estaba Nobby, un percherón verdaderamente gigantesco, todo ornamentado con arneos de bronce y con la piel casi tan brillante como el bronce. Nobby estaba comiendo, con el hocico metido en lo que a mí me pareció un saco de carbón de unos cien kilos que le colgaba del cuello. Al ver que Harry se aproximaba,

Nobby resopló dentro de su saco y nos bañó a todos con una lluvia de avena y heno. Harry abrió la boca y dejó escapar un tornado de amor y de risa. No hacía cinco minutos que había amenazado con partirle la cabeza a alguien por sus panecillos, y era indudable que podría haber hecho frente a cuatro, e incluso a seis hombres corpulentos. Ahora, una niña y un caballo le habían ablandado hasta convertirlo en una especie de gigante de cuento de hadas. En la mano de Anna cayó un puñado de terrones de azúcar para Nobby.



—No te hará daño, Anna. No es capaz de hacerle daño a una mosca, sabes.

Ni tú tampoco, Harry, tan grandote y torpe, pensé.

Los belfos de Nobby se retrajeron, dejando ver una hilera de dientes que

parecían lápidas, y después volvieron a bajar sobre los terrones de azúcar, que al instante desaparecieron. Después de hablar durante unos minutos con el caballo, Harry se dirigió a Anna.

—Oye, Anna, tú te sientas encima de Nobby a conversar con él mientras yo voy descargando esto. Después os llevaré a Woolworth's como es debido.

Anna despegó y aterrizó sobre el lomo de Nobby, transportada por uno de los racimos de plátanos que eran las manos de Harry. La princesa quedó montada en su corcel mientras Harry descargaba. Sacos y cajones se elevaban como si estuvieran llenos de plumas.

Cuando hubo terminado, Harry volvió a levantar a Anna para sentarla en el pescante y se acomodó junto a ella. Yo me senté en la tabla de detrás. Anna tomó las riendas y, a la voz de «¡Arre!» partimos. No creo que Nobby necesitara que le guiaran; se conocía el camino como el dorso de los cascos. No atravesamos la plaza del mercado, ya que el carro, de tan generosas proporciones como Harry y como Nobby parecía un acorazado con ruedas. Al llegar a una esquina paramos.



—Woolworth's —bramó Harry, y se bajó de un salto, digno de la misma Pavlova—. Aquí lo tienes, Anna. Woolworth's —repitió.

—Gracias, Harry —contestó Anna.

—Gracias, Anna —le sonrió él.

—Ya nos veremos —nos gritó, mientras él y Nobby daban la vuelta a la esquina.

Y más de una vez, después de esa ocasión, volvimos a ver a Harry y a Nobby.

La dependienta que nos atendió tras el mostrador de Woolworth's tardó un poco en convencerse de que realmente queríamos diez espejos, pero nos los entregó por fin.

—Ande usted con cuidado —me aconsejó.

Sin pérdida de tiempo, nos fuimos a casa con nuestro tesoro y despejamos la

mesa de la cocina. Con goma de pegar y unas tiras de tela uní dos espejos, como si fueran las tapas de un libro. Anna trajo el gran trozo de cartulina donde habíamos trazado la línea negra y lo puso sobre la mesa. Sobre la cartulina colocamos, abierto, nuestro libro de espejos, con lo que sería el lomo lejos de la línea, en tanto que los bordes de los espejos más próximos a nosotros apenas la tocaban. Verifiqué el ángulo que formaban los espejos y los corregí. La línea dibujada y las dos que se reflejaban formaban un triángulo equilátero. Anna miraba absorta. Cerré ligeramente el ángulo, las líneas se

reajustaron y se formó un cuadrado. Anna no apartaba los ojos del libro de espejos.

—Un poquito más —indicó.

Seguí cerrando el ángulo, mientras ella contaba:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Tiene cinco lados —durante un momento se quedó en silencio—. ¿Cómo se llama?

—Un pentágono —contesté.

El libro se cerró un poco más y fui anunciando los nombres de las figuras: un hexágono... un heptágono... un octágono. Después del «decágono» ya me quedé sin nombres, así que nos

limitamos a contar los lados y a decir que era un «diecisiete-ágono» o un «treinta y seis-ágono». A Anna le parecía un libro rarísimo y maravilloso. Cuanto más lo cerrábamos más complejas se hacían las figuras. Decir rarísimo era poco. Pero más raro todavía era que el «libro» no fuera otra cosa que un par de espejos. Porque si uno tuviera una página para cada uno de los «ágonos» diferentes que se podían ver, vaya, se necesitarían millones de páginas, qué va, quillones de páginas. Así pues, era realmente un libro mágico. ¿Dónde se había visto un libro con quillones de figuras, pero sin

PÁGINAS?

A medida que íbamos cerrando más y más el «libro», nos veíamos en un lío. Como el libro ya no tenía más que un par de centímetros de abertura, y no podíamos meternos dentro para ver qué era lo que pasaba, empezamos otra vez desde el principio. De nuevo, cuando llegamos al ágono de *ene* lados, no podíamos meternos dentro. ¿Qué se podía hacer?

—Cuando lleguemos al quillonágono, será un círculo —anunció Anna.

Pero, ¿cómo podíamos meternos dentro? El pequeño enigma se resolvió

después de pensarlo un poco y de algunos intentos fallidos. Rascamos un poco el baño de azogue de uno de los espejos, hasta dejar despejado un pequeño círculo de vidrio transparente a modo de puesto de observación. Ahora podíamos mirar hacia adentro. Era cierto, un «quillonágono» iba a ser un círculo. Ya era difícil decir si lo que veíamos no era un círculo.

Después se nos planteó otro problema: a medida que cerrábamos el libro íbamos quedándonos sin luz para ver. Anna quería saber qué veríamos si se cerraba del todo el libro de espejos. El problema no era fácil: cómo hacer

que entre luz en un libro de espejos que está completamente cerrado.

—¿No podemos meter una luz dentro del libro de espejos? —preguntó Anna.

Descartamos las cerillas y las velas, y luego se nos ocurrió pensar en la linterna. En un abrir y cerrar de ojos la desmontamos y la volvimos a armar, soldando unos cables a la bombilla y a la batería. Pusimos la bombilla dentro del libro. Como era un poco demasiado grande, no podíamos cerrarlo del todo. La solución para este nuevo problema fue casi inmediata. Los dos espejos paralelos, con sólo un centímetro de separación nos darían una aproximación

bastante buena. Los dispusimos así y los envolvimos con un trapo, para que no pudiera entrar luz por los bordes. Anna miró por el hueco de observación y contuvo el aliento.

—Hay millones de luces —susurró, y agregó más sorprendida todavía—. ¡Fynn, en una línea recta!

Ya me había sorprendido a mí hacía diez años, de manera que estaba preparado para eso. Me aproximé y muy suavemente acerqué apenas los dos espejos, por un costado.

—¿Qué haces? —exclamó, dando un salto hacia atrás para mirarme.

Le expliqué que había acercado dos

de los bordes.

—Se forma el círculo más grande del mundo —exclamó Anna.

Mientras seguía con los ojos clavados en el círculo más grande del mundo, presioné los otros bordes para acercarlos. El círculo más grande del mundo se enderezó, y después se curvó hacia el otro lado.

El libro de espejos se abría y se cerraba cientos de veces por día. En el ángulo de los espejos poníamos miles de cosas diferentes, que formaban dibujos de increíble complejidad, capaces de maravillar a cualquiera.

Una tarde sucedió algo nuevo. Anna

tomó unas tarjetas, escribió sobre ellas todas las mayúsculas, las fue colocando entre los espejos y empezó a mirar.

—Qué cosa tan extraña —murmuró mientras giraba la cabeza para mirar al espejo de la derecha, después al de la izquierda y volver de nuevo al de la derecha—. Es muy raro —repitió sin dirigirse a nadie—. La próxima está al revés, pero la que sigue a esa queda al derecho.

Algunas de las letras reflejadas «se ponían de espalda», mientras otras seguían estando «al derecho». Anna apartó las letras que «se ponían de espalda» y entonces le quedaron: A, H,

I, M, O, T, U, V, W, X.

Como quien no quiere la cosa, me senté junto a ella y rebusqué entre las letras hasta encontrar una «A». Puse la tarjeta sobre la mesa y con un solo espejo bisequé el ángulo de la «A». Anna me miró, me quitó el espejo de las manos y repitió la prueba. Después la fue haciendo con las demás letras. Durante una hora más o menos siguió absorta en esa operación hasta que concluyó:

—Fynn, si la mitad que hay en el espejo es lo mismo que la mitad que hay en la mesa, entonces la letra no varía. La más divertida es la «O», porque se la

puede partir de muchísimas maneras.

Anna estaba descubriendo los ejes de simetría.

Fue un juego nuevo para jugar, fueron nuevas maravillas para descubrir. Había cosas que se daban vuelta de dentro para afuera, o al menos de derecha a izquierda, y otras que no. Hicimos un libro de espejos tamaño bolsillo, con espejitos de cartera que nos regalaran Millie y Kate, reforzados con madera contra posibles accidentes, y con él salíamos a la calle. Llevábamos el librito a todas partes. En plena calle nos poníamos en cuclillas al ver alguna estructura inesperada en algún adoquín,

y sacábamos el libro de espejos. Entre los espejos iban a parar escarabajos, hojas, semillas, billetes de tranvía. Se podía uno pasar toda la vida haciendo esas cosas. Preparábamos un sándwich de espejos y bombillas de colores, lo encendíamos y atisbábamos por el agujero. Vaya, si por un par de chelines podíamos tener algo más deslumbrante que Picadilly Circus, Blackpool y Southend, todos juntos. Era algo muy milagroso, y no solamente milagroso, sino también útil, porque podíamos ver al mismo tiempo las dos caras de un objeto... bueno, más o menos. Anna quería saber si podríamos ver un objeto

desde todos los lados, así que hicimos un cubo de espejos. En un lado dejamos un atisbadero, y por él se colgaban los objetos en el centro del cubo, con un hilo. Como estaba demasiado oscuro para ver, tuvimos que ponerle luz dentro, y...

¡Vaya, quién lo hubiera dicho!

Podíamos ver un objeto desde todos los lados.

Nunca llevé la cuenta de los espejos que compramos y usamos; debieron ser más de cien. Con espejos se hacían todas las figuras platónicas, y algunas más que a Platón jamás se le habían ocurrido. Las nuestras eran un poco

diferentes; nos metíamos dentro y veíamos cosas que el lenguaje hubiera encontrado difícil describir. Descubrimos variantes de aritmética enloquecidas, que tenían sentido siempre y cuando uno estuviera dispuesto a convivir con los mundos del espejo. Reconozco que de este lado del espejo las cosas se ponían un poco alucinantes, pero lo único importante era recordar que uno estaba jugando con espejos.

Aprendimos a dibujar, a escribir y a hacer nuestras «sumas» en una libreta que colocábamos frente a nosotros. La dificultad estribaba en que no

mirábamos el papel, sino el reflejo del papel en un espejo vertical. La tensión se hacía a veces insoportable, la concentración era absoluta, pero lo conseguíamos.

Una noche se nos ocurrió que el libro de espejos era algo más; era un libro-milagro. El diccionario Weekly nos mostró que la palabra inglesa para espejo (*mirror*) provenía de *mirari*, palabra latina que significa «asombrarse dé», y que «milagro» se derivaba de la palabra *mirus*, que en latín quiere decir «maravilloso». Sabíamos que el Señor Dios, había hecho al hombre a su imagen y semejanza, así que podría ser... tal

vez fuera posible...

—¿Podría ser que hubiera hecho un gran espejo, Fynn!

—¿Para qué iba a hacer algo así?

—No lo sé, pero pudo haberlo hecho.

—Podría ser.

—Tal vez nosotros estemos del otro lado.

—¿Qué quiere decir eso del otro lado?

—Tal vez estemos del revés.

—Es una idea, Tich.

—Y por eso lo entendemos todo mal.

—Claro, por eso lo entendemos todo

mal.

—Como los números.

—¿Cómo los números?

—Sí, los números en el espejo.

—¿A qué te refieres?

—Los números en el espejo son números «no», no son números «sí».

—No te entiendo, Tich. ¿Qué quieres decir?

Anna tomó papel y lápiz y escribió «0, 1, 2, 3, 4, 5».

—Estos son números «sí», porque aumentan —declaró—. Si pones un espejo en el «0», entonces los números resultan así. «5, 4, 3, 2, 1». Son números «no», porque disminuyen.

Hasta ahí, el razonamiento era claro. Los números reflejados eran números «no».

—La gente —continuó Anna—, es gente «no».

—Un momento —la detuve con un gesto—. No entiendo eso del «no».

De un salto se bajó de la silla y volvió tambaleándose, con los brazos llenos de libros. Se sentó de nuevo y dio un par de golpes sobre la mesa.

—Esto es «0» —me informó—; esto es «0» y es el espejo.

—De acuerdo, eso lo entiendo, es el espejo —yo también di un golpe en la mesa—. Y ahora, ¿qué?

Anna puso un libro sobre la mesa.

—Esto es aumentar uno —explicó, mirándome con fijeza. Hice un gesto afirmativo. Otro libro apareció encima del primero.

—Esto es aumentar dos —nuevo gesto afirmativo.

—Esto es aumentar tres, esto es aumentar cuatro.

La pila siguió creciendo. Cuando estuvo segura de que yo había entendido exactamente lo que decía, Anna derribó con un brazo todos los libros y los arrojó al suelo.

—Ahora...

Evidentemente, estábamos llegando

a la parte difícil.

—¿Dónde hay un «libro no»? —me preguntó, con una mano en la cadera y mirándome de soslayo.

—Si crees que lo tengo yo, regístrame —le contesté.

Volvió a dar un par de golpes sobre la mesa.

—Ahí. Está ahí.

—Ah, claro —respondí—. Está ahí.

No estaba muy seguro de a qué se refería «ahí», y así se lo dije.

—«Un libro-no» es un agujero tan grande como un libro —me explicó— y «dos libros-no» es un agujero tan grande como dos libros. No es difícil.

No, no lo era, cuando uno conseguía entrar en el asunto, de modo que seguí adelante:

—Así que «ocho-libros-no» es un agujero del tamaño de ocho libros.

Anna continuó con su aire magistral.

—Si tienes un agujero de «diez libros-no» y tienes además quince libros «sí», ¿cuántos libros tienes en total?

Empecé a dejar caer por el agujero los quince libros «sí», uno por uno, mirando cómo desaparecían. De esa manera perdí diez y al final me quedaron cinco.

—Cinco —anuncié—, pero, ¿eso qué tiene que ver con la gente «no»?

Su mirada compasiva me hizo encogerme de tal manera que a duras penas pude evitar caerme por el agujero del «no».

—Si —acentuó la condición— la gente es gente del espejo, entonces son gente «no».

¡Es todo tan evidente, evidente hasta el punto de que habría que ser idiota para no verlo! Todos sabemos que el Señor Dios hizo al hombre a su imagen, y las imágenes se reflejan en los espejos. Los espejos le dan vuelta a uno de atrás para adelante, o de derecha a izquierda. Las imágenes eran cosas «no». Así que, si lo sumamos todo, el

Señor Dios *estaba* y el Señor Dios *está* de un lado del espejo. El señor Dios estaba del lado «sí». Nosotros estábamos del otro lado del espejo, así que estábamos del lado «no». Ya deberíamos saberlo. Cuando mamá deja en el suelo al bebé que apenas sabe caminar y retrocede unos pasos, lo hace para animar al pequeño a que eche a andar hacia ella. Exactamente lo mismo hacía el Señor Dios. El Señor Dios le pone a uno del lado «no» del espejo, y después le pide que se las arregle para llegar al lado «sí» del espejo. Evidentemente, quiere que uno sea como él.

—La gente «no» vive en agujeros.

—Así debe ser —admití—. ¿En qué clase de agujeros?

—Muy diferentes.

—Ah, bueno, así se explica. ¿En qué sentido son diferentes?

—Algunos grandes, otros pequeños, y todos con nombres diferentes.

—Con nombres diferentes... ¿por ejemplo?

Anna fue rodeando los agujeros, leyendo los nombres mientras andaba.

—Avaro, Malo, Cruel, Mentiroso y cosas así.

De nuestro lado del espejo, todo estaba lleno de agujeros de diversas

profundidades; en el fondo se hallaba la gente. Del lado del Señor Dios había montones de todo lo imaginable, dispuesto para llenar los agujeros, sin que necesitáramos otra cosa que el sentido común necesario para pedírselo. Los montones también tenían nombres: «Generosidad», «Bondad», «Verdad». Cuanto más llenaba uno su agujero, tanto más se acercaba al lado del espejo donde estaba el Señor Dios. Si conseguía llenar el agujero y todavía le sobraba algo, en tal caso estaba indudable y decididamente del lado «sí». Del lado del Señor Dios. Se entiende, naturalmente, que al mirar su

espejo el Señor Dios nos ve a todos nosotros, pero nosotros no podemos ver al Señor Dios. Quiero decir que, después de todo, una imagen reflejada no puede *ver* aquello que la mira. Como decía Anna:

—El reflejo de tu cara no puede *verte* a ti, ¿verdad?

Hay ocasiones en que el Señor Dios se complace en hacer algo con el agujero en que está alguien... es decir, él lo llena por su cuenta. ¡A eso lo llamamos un milagro!

El Señor Dios jamás andaba muy lejos de ninguna conversación, y además iba resultando cada vez más

sorprendente. El hecho de que pudiera escuchar, y naturalmente entender, todas las plegarias diferentes en todos los idiomas diferentes era una auténtica maravilla, pero hasta eso palidecía y se perdía en la insignificancia al compararlo con las pilas y pilas de milagros que estaba descubriendo Anna. Tal vez el más milagroso de todos los milagros fuera que nos hubiera concedido la capacidad de descubrir y entender los milagros. Anna consideraba que Dios estaba escribiendo un relato sobre su creación; ya tenía el desenlace decidido, y sabía exactamente por dónde iba. Claro que en esa parte de sus

actividades nosotros no podíamos ayudar al Señor Dios, pero por lo menos podíamos ir dando vueltas a las páginas. Y Anna le estaba dando vueltas a las páginas.

Un día, me detuvo en la calle la maestra de la escuela dominical. Fue para pedirme... no, para decirme que enseñara a Anna a conducirse correctamente en clase. Cuando pregunté qué era lo que Anna había hecho, me informó que uno, Anna interrumpía; dos, Anna contradecía, y tres, Anna usaba malas palabras. Admito que a veces Anna podía despacharse con alguna expresión bastante fuerte, y procuré

explicar a la maestra de la escuela dominical que, aunque a veces Anna usara mal las palabras, jamás usaba palabras de maldad. Mi flecha pasó de largo junto al blanco. Me imaginaba, claro, que Anna la habría interrumpido y no se habría privado de contradecirla, pero la maestra no quiso contarme los detalles del suceso. Esa noche hablé con Anna del tema. Le dije que me había encontrado con la maestra de la escuela dominical, y le conté la conversación que habíamos tenido.

—No quiero ir más a la escuela dominical.

—¿Por qué no?

—Porque ella no enseña nada sobre el Señor Dios.

—Tal vez sea que tú no escuchas bien.

—Sí que escucho, pero ella no dice nada.

—¿Quieres decir que no aprendes nada?

—A veces.

—Ah, bueno. ¿Qué es lo que aprendes?

—Qué la maestra de la escuela dominical está asustada.

—No sé qué te lleva a decir eso. ¿Cómo puedes saber que está asustada?

—Bueno, porque no quiere dejar que

el Señor Dios se agrande.

—Explícame eso de que la maestra de la escuela dominical no quiere dejar que el Señor Dios se agrande.

—¿El Señor Dios es grande?

—Sí, el Señor Dios es grande y bueno.

—¿Y nosotros pequeños?

—Eso es; nosotros somos pequeños.

—¿Y hay una gran diferencia?

—Sí, claro.

—Si no hubiera diferencia, no valdría la pena, ¿verdad?

Eso me confundió un poco. Me imagino que debí parecer un tanto desconcertado, de manera que Anna

volvió a la carga, esta vez de flanco.

—Si el Señor Dios y yo tuviéramos el mismo tamaño no podrías distinguirnos, ¿no?

—Sí, ya veo a qué te refieres —respondí—. Si la diferencia es grande, entonces es razonable decir que el Señor Dios es grande.

—A veces —me previno.

Evidentemente, la cosa no era tan simple. Paso a paso, fui llevado a aceptar el hecho de que cuanto mayor era la diferencia entre nosotros y el Señor Dios, más se acentuaba la Divinidad del Señor Dios. En el momento en que la diferencia fuera

infinita, entonces el Señor Dios sería absoluto.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la maestra de la escuela dominical? Estoy seguro de que ella conoce la diferencia.

—Oh, sí —asintió Anna.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Cuando yo descubro cosas, la diferencia se agranda y el Señor Dios se agranda.

—¿Y?

—La maestra de la escuela dominical agranda la diferencia pero deja al Señor Dios del mismo tamaño. Porque está asustada.

—Eh, espera un segundo. ¿Cómo es eso de que ella agranda la diferencia, pero deja al Señor Dios del mismo tamaño?

Casi no entendí la respuesta; fue una de esas pistas realmente traicioneras, y arrojada como al descuido.

—Lo único que hace es empequeñecer a la gente.

No obstante, después continuó:

—¿Por qué vamos a la iglesia, Fynn?

—Para entender más al Señor Dios.

—Menos.

—¿Menos qué?

—Para entender menos al Señor

Dios.

—Un momento, santo cielo. ¡Estás delirando!

—No, no deliro.

—¡Anna, por favor!

—No. Uno va a la iglesia para hacer al Señor Dios real, realmente grande. Pero real, pero *realmente* grande. Y es cuando real, *realmente* no puede entenderlo... Y entonces lo entiende.

Se sorprendió y se decepcionó un poco al darse cuenta de que su razonamiento pasaba por encima, muy por encima de mí pero me lo explicó.

Cuando uno es pequeño, «entiende» al Señor Dios, que está allá arriba

sentado en su trono, de oro naturalmente; usa barba y corona, y todo el mundo se enloquece cantándole himnos. Dios es útil, y uno le utiliza. Se le pueden pedir cosas, puede dejar a los enemigos de uno más muertos que una piedra, y es excelente para hacer el mal de ojo al matón del barrio, para que le salgan verrugas y cosas así. El Señor Dios es tan «entendible», tan útil y tan práctico que resulta como un objeto; tal vez sea el más importante de todos los objetos, pero de cualquier modo es un objeto y se le entiende de punta a cabo. Más adelante, uno «entiende» que él es un poco diferente, aunque todavía puede

captar de qué se trata. ¡Pero por más que uno le entienda a él, parece que él ya no le entiende a uno! Como no parece entender que uno simplemente necesita una bicicleta nueva, el «entendimiento» que uno tiene de él va cambiando un poquito más. De cualquier manera o condición que uno entienda al Señor Dios, le disminuye de tamaño; lo convierte en una más de tantas y tantas entidades que se pueden entender. De manera que a lo largo de la vida de cada uno, el Señor Dios sigue continuamente desprendiéndose de aspectos y pedacitos, hasta que llega el momento en que uno admite, libre y sinceramente,

que no comprende en absoluto al Señor Dios. En ese momento es cuando uno deja que el Señor Dios tenga su verdadero tamaño, y ¡cataplún!, helo ahí riéndose de uno.

Siete

NO había cosa que a Anna no le interesara; y su interés era tan profundo que era muy raro encontrar algo que la asustara. Estaba dispuesta a afrontar cualquier cosa, tal como la cosa fuera. En cualquier nivel que algo existiera, Anna estaba ahí para asumirlo. A veces se metía en una situación para la que no tenía la palabra adecuada. Entonces inventaba una, que podía ser

completamente nueva, o aportaba a una palabra ya en uso un significado nuevo, como la noche que me dijo que «la luz se deshilacha».

Ciertamente yo debería haber sabido que la luz se deshilachaba, pero como no lo sabía tuve que salir a la calle a oscuras, provisto de una linterna y una cinta métrica. Con la ayuda de un basurero y del muro que daba sobre la vía del tren, experimente que la luz realmente se deshilachaba. El vidrio de la linterna medía diez centímetros de diámetro. Coloqué la linterna sobre la tapa del basurero, con el haz apuntado sobre el muro. Cuando medimos el

redondel de luz, tenía algo más de noventa centímetros. Retrocedimos unos pasos con el basurero y la linterna y volvimos a tomar la medida del disco de luz: ahora el diámetro era casi de un metro cuarenta. Realmente, la luz se deshilachaba.

—¿Por qué, Fynn? ¿Por qué sucede así?

Otra vez de vuelta en casa, busqué papel y lápiz y empecé a explicar.

—¿No se puede hacer que no se deshilache?

Estuvimos hablando de reflectores y de lentes hasta que el tema quedó asimilado, digerido, almacenado en el

lugar conveniente y listo para volverlo a sacar en cualquier eventualidad desconocida.

El libro de espejos había ofrecido a Anna otra técnica para expresar hechos interesantes; se trataba de darles la vuelta de dentro para afuera, de derecha a izquierda o de arriba para abajo. Que algunos de sus «hechos» no fueran más que fantasía no importaba un comino, ya que por esa época Anna sabía con toda exactitud y precisión qué era un hecho.

Un hecho era la cáscara exterior y dura de un significado, y significado era eso tierno y viviente que yace en el interior de un hecho. Hecho y

significado eran el mecanismo de la vida. Si el engranaje de hechos dominaba al de significados, entonces ambos giraban en direcciones opuestas, pero entonces había que interponer entre ambos la ruedecilla de la fantasía, para que giraran en la misma dirección. La fantasía era importante... es importante; nos lleva el cielo sabrá dónde, pero es cuestión de ir a ver. A veces, da resultado.

El libro de espejos daba vuelta a las cosas de derecha a izquierda, así que, para empezar, ¿por qué no dar vuelta a todas las cosas para el otro lado? Newton tenía una ley, y Anna también.

La ley de Anna era: primero darle la vuelta de dentro para afuera, después ponerlo patas arriba, después de atrás para adelante, no olvidarse de darle vuelta de lado, sin dejar nunca de mirarlo bien y...

—Fynn, ¿sabías que «zorra» deletreado al revés es «arroz»?

Bueno, una zorra es un animal que se come las gallinas, y nosotros comemos las gallinas con arroz, así que alguna relación había, ¿no? Y ya que estamos hablando de algo que se come:

—Fynn, si deletreamos «patata» al revés es «atatap». ¿Puedo cambiarle de lugar la «p» para que vuelva a quedar

igual?

—Bueno, no veo por qué no.

—Fynn, si «león» deletreado al revés es «Noel», ¿es una Navidad? Fynn, ¿sabías que «atlas» al revés es «salta»? ¿Sabías que «Anna» deletreado al revés es «Anna»?

Está bien, no son más que coincidencias, no tienen ninguna importancia. Tal vez no, pero es divertido, y a veces suceden cosas muy sorprendentes.

Para Anna, las palabras se convertían en cosas con vida propia. Las separaba y las volvía a juntar. Descubría lo que las hacía vivir. Sin hacer grandes

hallazgos etimológicos, aprendía palabras y aprendía a utilizarlas. Anna pintaba también, aunque debo admitir que sus cuadros no eran muy hermosos, pero es que lo hacía con una gran desventaja para pintar se ponía gafas de colores, y después se reía del resultado.



—Fynn, ¿quieres hacer que las gafas rojas sean azules? —me pedía después, y se ponía de nuevo a pintar. Nunca colgamos de una pared ninguno de sus cuadros, no era esa su intención. Sus cuadros eran estudios de visión. Habría sido temerario negar que una rosa roja pudiera ver. Tal vez, sólo tal vez, pudiera ver a través del rojo de los pétalos o del verde de las hojas, y uno tenía que descubrir cómo vería ella el mundo, ¿verdad?

Como yo también era «sumador», me sentí muy interesado por el acercamiento de Anna a las matemáticas. Fue amor a primera vista. Los números eran bellos,

eran divertidos, eran sin lugar a dudas «cosa de Dios». Por lo tanto, había que tratarlos con reverencia. Una cosa de Dios sabía cómo portarse. Claro que a veces resultaba muy difícil de entender las cosas de Dios. Al parecer, el Señor Dios les había dicho exactamente a los números qué eran y cómo debían comportarse. Los números sabían qué lugar les correspondía en el esquema de las cosas. A veces, al Señor Dios le gustaba ocultar sus números en sumas o en libros de espejos, y como ya se sabe, los libros de espejos, podían alcanzar una tremenda complicación.

El enamoramiento de los números se

marchitó un poco sin que, durante largo tiempo, llegara yo a saber por qué. Fue Charles quien me puso en la pista de la explicación. Charles era profesor en la misma escuela que la señorita Haynes, y la señorita Haynes enseñaba a sumar. Anna iba a la escuela de no muy buena gana y, como llegaría a saber después, no muy frecuentemente. En una de las clases de sumas, la señorita Haynes se había dirigido a Anna.

—Si tuvieras una hilera de doce flores —le preguntó— y tuvieras doce hileras, ¿cuántas flores tendrías?

¡Pobre señorita Haynes! Si se hubiera limitado a preguntarle a Anna

cuánto es doce por doce, habría obtenido la respuesta que esperaba, pero no; tuvo que empezar a dar vueltas con las flores, con hileras y todo eso. Claro que obtuvo una respuesta; no la que ella esperaba, pero obtuvo respuesta.

Anna aspiró ruidosamente el aire, en un tono que indicaba la desaprobación más absoluta.

—Si cultiva así las flores, no crecerá ninguna.

La señorita Haynes estaba hecha de un material muy especial, y esa respuesta la dejó impávida. Lo intentó de nuevo.

—Tienes siete caramelos en una

mano y nueve en la otra. ¿Cuántos caramelos tienes en total?

—Ninguno —respondió Anna—. En esta mano no tengo ninguno, y en esta otra mano tampoco, así que no tengo ninguno, y está mal decir que tengo si en realidad no tengo.

La valiente, intrépida señorita Haynes volvió a insistir.

—Quiero decir que te lo imagines, querida; que imagines que los tienes.

Una vez recibidas las instrucciones, Anna se lo imaginó y dio la respuesta, triunfante:

—Catorce.

—Oh, no, querida —corrigió la

valerosa señorita Haynes—. Tienes dieciséis. Fíjate que siete más nueve son dieciséis.



—Eso ya lo sé —aclaró Anna—, pero como usted dijo que me imaginara, me imaginé que me comía uno y regalaba otro, así que tengo catorce.

Siempre he pensado que las palabras

que siguieron iban encaminadas a aliviar el dolor y la angustia que se reflejaron en la cara de la señorita Haynes.

—Pero no me gustó, estaba ácido — admitió, como si ella misma se castigara.

Esas actitudes hacia una cosa del Señor Dios como los números eran poco menos que imperdonables, y era lo que más sublevaba a Anna. El golpe final lo recibió en la calle, un atardecer de verano. Dink estaba sentado en el umbral de la puerta de calle, haciendo los deberes. Dink tenía unos catorce años e iba a la Escuela Central. Era capaz de marcar goles desde ángulos

increíbles, y de un solo puntapié podía enviar la pelota por encima del muro del ferrocarril, pero entre Dink y las matemáticas no había nada en común. Absolutamente.

—Tipo estúpido —masculló Dink.

—¿Qué pasa, Dink?

—Este loco que se está bañando.

—Hoy es viernes, ¿no?

—¿Qué tiene que ver que sea viernes?

—La noche del baño.

—Eso no tiene nada que ver con esto.

—¿Qué es lo que hace el loco, Dink?

—Tiene los dos grifos abiertos y no le ha puesto el tapón.

—¿Ves como se puede vivir sin sesos?

—En nuestro baño no hay grifos. Tenemos la bañera en el patio y la llenamos con un cubo.

—¿Qué tienes que hacer, Dink?

—Averiguar cuánto tarda en llenarse la bañera.

—Pero si no se bañará.

—¿No?

—Va a coger un resfriado, de tanto esperar ahí desnudo.

—Es un tarado.

—Déjalo que se bañe y vamos a

jugar al fútbol, Dink. Yo seré el portero.

Anna había estado escuchando el diálogo, que reforzó sus mayores temores. Las sumas eran una invención del diablo, para apartarle a uno de la cosa de Dios que eran realmente los números y dejarle anclado en un mundo de idiotas.

Era la hora en que salíamos de la fábrica y casi habíamos terminado de lavarnos las manos. Cliff, George y yo íbamos cruzando el patio hacia la puerta de salida, y allí estaba Anna, esperando. Intrigado, eché a correr al verla y ella corrió a mi encuentro.

—¿Cómo te va, Tich? ¿Qué pasa?

—Oh, Fynn —me echó los brazos al cuello—. Es una maravilla. No podía esperar.

—A ver. ¿Qué es una maravilla?

Anna rebuscó en el bolsillo y me puso algo en la mano una hoja de papel cuadriculado, con un número en cada cuadro. Me pareció bastante simple. El número del ángulo izquierdo era —2. Le seguían a través del papel: «—1, 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.» La línea siguiente empezaba «8, 9, 10, 11, etc.». Seis hileras de números que terminaban con el número 57 en el ángulo inferior derecho de la página. Era una simple sucesión de números consecutivos. Anna

me miraba atentamente, esperando que se iluminara mi cara. Pero no; mi expresión era simplemente de perplejidad.

—Ahora te enseñaré, ven —me dijo, excitadísima.

Nos arrodillamos sobre la acera, mientras los obreros que volvían a sus casas se apartaban, mirándonos con una sonrisa divertida. Anna dibujó un cuadrado grande y lo dividió en cuatro más pequeños. Los dos de arriba llevaban los números «22» y «23», los de abajo «32» y «33».

—Suma estos dos —me indicó, señalando los números en diagonal, 23 y



—Cincuenta y cinco —respondí.

—Ahora estos dos —señaló la otra diagonal: 22 y 33.

—Cincuenta y cinco —sonreí.

—Lo mismo —Anna se retorció de placer—. ¿No es una maravilla, Fynn?

Después dibujó un cuadrado hecho de dieciséis cuadrados más pequeños.

Con dos rápidos trazos de lápiz dividió los dieciséis en cuatro cuadrados, cada uno de los cuales contenía cuatro de los más pequeños.

—Y ese montón, y ese —señaló el grupo superior izquierdo de cuatro cuadrados, y el inferior derecho, de cuatro cuadrados.

—Ahora estos —indicó, señalando el grupo de la parte superior derecha y el de la zona inferior izquierda.

Durante casi media hora estuvimos barajando grupos de cuadrados, y siempre era lo mismo. ¡El grupo de números de una diagonal daba lo mismo que el grupo de números de la otra

diagonal!

Cuando uno lo pensaba, era obvio: una diagonal era la imagen en espejo de la otra diagonal, de lo cual se concluía naturalmente que todos los números de una diagonal eran, de alguna manera misteriosa, la imagen en espejo de todos los números de la otra diagonal.

¡Nuestro viejo amigo el Señor Dios!
¡Otra vez a las andadas!

Más tarde, ese mismo día, Anna me contó que había hecho pruebas con muchísimas de esas disposiciones, poniendo el «0» en cualquier lugar que se le ocurriera. Había encontrado series muy complicadas, pero siempre salía

perfecto. Los números del Señor Dios, los que realmente eran cosa de Dios, eran un milagro infinito, como desde luego cabía esperar. En cuanto a esas pamplinas para las que usaba los números el viejo Nick, como eso de llenar la bañera, ¡bueno...!

Anna se negaba en redondo a tener nada que ver con esa «cosa del diablo» que eran los libros de sumas. No había poder en la tierra, ni para el caso en el infierno, capaz de convencerla. Intenté explicarle que toda esa «cosa del diablo» no era más que una manera de demostrar las leyes de lo que se podía y no se podía hacer con los números. No

tenía que preocuparme por eso. Las cosas del Señor Dios le decían de todas maneras a uno lo que se podía y lo que no se podía hacer. No me querréis convencer de que alguien se tomará la molestia de hacer que dos hombres caven un pozo en dos horas, para después... ¿qué? No para preguntarles lo que corresponde, para qué están cavando el pozo. No, de ningún modo, entonces se va a buscar otros cinco hombres que caven un pozo del mismo tamaño, nada más que para saber cuánto tardan. ¿Y el hombre del baño? No me vengáis a contar que realmente conocéis a alguien capaz de abrir los grifos y

después, a propósito, dejar abierto el desagüe. Y en cuanto a las hileras de flores, vamos...

Anna jamás tuvo la menor dificultad en abstraer la idea de seis en seis manzanas para aplicarla a seis autobuses. Seis era simplemente «esta cantidad de esto», pero ni siquiera con eso se agotaba su contenido. Las cosas no llegaron realmente a marchar por la senda adecuada hasta que Anna no entabló la contienda con las sombras. Y es raro, si pensamos que una sombra es más o menos la ausencia de algo. Pero así y todo, las sombras pusieron en marcha una reacción en cadena que

movilizó a Anna en todas direcciones al mismo tiempo.

Para entretenernos en las largas noches de invierno teníamos una linterna mágica, un número bastante grande de diapositivas divertidas que no eran divertidas, y una cantidad igual de diapositivas educativas que no eran educativas... es decir, salvo que a uno le interesen los metros cuadrados de vidrio que había en el Palacio de Cristal, o que por una razón cualquiera quisiera saber cuántos bloques de piedra habían hecho falta para la construcción de la Gran Pirámide. Lo que sí resultaba a la vez divertido y educativo, aunque

por entonces yo no lo supiera, era tener encendida una linterna mágica sin ninguna diapositiva. Era divertido porque cuando uno ponía la mano delante de la luz, arrojaba una sombra sobre la pantalla (en realidad una sábana). Y era educativo porque originó tres ideas extraordinarias. Cuando Anna me preguntaba si podía encender la linterna, yo siempre le preguntaba:

—¿Qué es lo que quieres ver? —a lo cual la respuesta solía ser:

—Nada, quiero tenerla encendida, simplemente.

A mí me preocupaba no poco que se sentara a mirar el rectángulo de luz. Se

pasaba largos ratos sentada y mirando, inmóvil. Yo me debatía cavilando si debía romper esa especie de trance hipnótico en que parecía sumida o esperar a ver en qué terminaba todo.

La contemplación del rectángulo de luz se prolongó durante una semana más o menos. Después de lo que me pareció una eternidad de sufrimiento, Anna habló:

—Fynn, pon una caja de cerillas en la luz.

Caja en mano, me adelanté a sostenerla ante el rayo de luz. La pantalla se llenó con las sombras negras de la mano y de la caja de fósforos.

—Ahora un libro —fue la orden siguiente, después de que hubiera observado las sombras con gran atención y durante un largo tiempo.

Obedientemente, busqué un libro y lo sostuve ante la luz. De nuevo ese aire de concentración absorta. Después de haber colocado como una docena de objetos en el rayo de luz, me pidió que «apagara». Sentado sobre la mesa, bajo la lámpara de gas, me quedé esperando una explicación que no se produjo. Ya agotada mi paciencia, pregunté con la voz más despreocupada que me fue posible:

—¿Qué estás pensando, Tich?

Aunque su rostro se volvió hacia mí, sus ojos miraban hacia otra parte.

—Es raro —murmuró—. Muy raro.

Desde mi asiento, mientras la miraba tuve la extrañísima sensación de que alguna íntima parte de ella giraba lenta, muy lentamente sobre su eje. Con los ojos fijos directamente hacia adelante, su cabeza se volvía con dolorosa lentitud hacia la izquierda. De pronto, su concentración se interrumpió y Anna soltó una risita. Me quedé con la sensación de haber estado leyendo una novela policíaca a la que le faltaba la página en la que se descubre quién es el asesino.

El mismo episodio se repitió seis o siete veces más, en otros tantos días sucesivos; por lo demás, Anna era la alegre chiquilla de siempre. Para mí fueron días de vivir en suspense, mordiéndome las uñas. Debió ser durante la quinta o sexta repetición de la secuencia cuando me pidió una hoja de papel y me dijo que la sujetara con alfileres en la pantalla. Así lo hice. El objeto de ese día fue una jarra, y Anna me explicó que quería que dibujara con un lápiz, sobre la hoja de papel, la sombra de la jarra. De manera que ahí estaba yo, de pie con la jarra en una mano y el lápiz en la otra. Pero no

podía; me faltaba casi medio metro para llegar a la pantalla. Se lo advertí, pero Anna se limitó a permanecer sentada como un director de cine en los *sets*, que da órdenes a sus esbirros para que consigan los efectos que desea.

—Apóyala sobre algo —dijo simplemente cuando le pedí que me ayudara.

Hice lo que me decía. Con ayuda de una mesita y de una pila de libros, conseguí situarla y dibujar el contorno de la jarra sobre la hoja de papel.

—Ahora recórtala —expresó la nueva orden. Con la sensación de que mi considerable talento se desperdiciaba al

tener que dedicarlo a tareas tan serviles, le pregunté por qué no lo hacía ella.

—Por favor —me pidió—. Fynn, por favor.

De manera que con la correspondiente expresión desdeñosa, recorté la sombra y se la entregué. Con la linterna apagada, y a la luz de la lámpara de gas, Anna estudió el recorte, repitiendo el enigmático gesto de ir girando la cabeza para... ¿qué? Fuera lo que fuese, aparentemente se quedó satisfecha, porque hizo un gesto afirmativo, se levantó y fue a guardar el recorte entre las páginas de la concordancia.

A la noche siguiente tuve que hacer tres recortes más, sin que por eso me enterara de algo más que el día anterior. Aunque en ese momento yo no lo sabía, Anna ya había resuelto el problema. Ni un signo, sin embargo, apuntaba hacia la solución. Anna era dueña de sus actos y de sus ideas. Pasaron tres días antes de que volviera a pedirme que encendiera la linterna mágica. Tres días de preguntas formuladas con aire socarrón, tres días de sonrisas enigmáticas, como una Mona Lisa en miniatura. Finalmente quedó terminada la puesta en escena.

—Ahora —anunció Anna, con absoluta confianza—. ¡Ahora!

Las cuatro figuras recortadas volvieron a salir del libro y quedaron sobre la mesa.

—Fynn, pon esta en la luz, por favor.

Sostuve el recorte en el foco de luz, pensando para qué podía querer la sombra de una sombra.

—¡Así no! Ponla perpendicular a la sábana.

—Ahí está —respondí, mientras ponía la sombra de papel perpendicular a la sábana.

—¿Qué es lo que ves, Fynn?

Me volví hacia ella, pero Anna no miraba. Tenía los ojos fuertemente cerrados.

—Una línea recta.

—Pon la siguiente.

Sostuve el recorte siguiente,

perpendicular a la pantalla.

—¿Qué ves ahora?

—Una línea recta.

El tercer recorte, y el cuarto, también dieron líneas rectas. ¡Claro! Anna había establecido el hecho de que cualquier objeto, fuese una montaña o un ratón, una petunia o el propio rey Jorge, daba una sombra. Pues bien, si se sostenía esa sombra perpendicular a una pantalla, entonces todas las sombras de todos los objetos producían una línea recta. Pero ahí no terminaba todo.

Anna abrió los ojos y me miró fijamente.

—Fynn, ¿puedes sostener una línea perpendicular a la pantalla? En tu imaginación, quiero decir. ¿Qué verías, Fynn? ¿Qué?

—Un punto —respondí.

—Sí —su sonrisa era más luminosa que el rayo de la linterna mágica.

—Todavía no entiendo dónde quieres llegar.

—Eso es lo que es un número.

Siempre he pensado que el más bello cumplido que jamás me hayan hecho era el silencio de Anna, un silencio que yo interpretaba como si me

dijera:

—Bueno, tú tienes suficiente inteligencia para resolverlo solo, de manera que adelante.

Y yo lo hacía. Ya habrá reparado el lector en que mi gimnasia mental terminaba siempre preguntando: «¿Quieres decir que...?».

—¿Quieres decir que...? —empecé esta vez también.

Lo que Anna quería decir era lo siguiente. Si un número, el siete por ejemplo, podía servir para contar cosas tan dispares como billetes de banco y bebés, libros y murciélagos, la conclusión era que todas esas cosas

diversas debían tener algo en común: algún factor común que pasaba inadvertido y al que no se prestaba atención. ¿Qué podría ser? Las cosas daban sombra; el dar sombra era una indicación positiva de que algo existía. En una sombra se perdían muchas de las cosas que no se podían contar, como el rojo o la dulzura, y así ya era más fácil, pero seguían estando las formas. Una sombra todavía contenía demasiada información. Como las sombras eran diferentes, evidentemente había que perder más información. Ahora bien, si en una sombra ya se perdía mucha información inútil, entonces lo razonable

era suponer que en la sombra de una sombra se perdería aún más. Así era exactamente, si, y sólo si, uno sostenía la sombra perpendicular a la pantalla; entonces todas las sombras se convertían en líneas rectas. El hecho de que todas esas líneas rectas fueran de diferente longitud también era una molestia, pero la solución era fácil. Con hacer que todas las líneas rectas arrojaran sombras, asunto terminado. Lo que todas esas cosas diversas tenían en común, aquello con lo que realmente se contaba, el número, era la sombra de la sombra de una sombra, que era un punto. Con ese método se soslayaba toda la

información que era imposible de contar. Ahí estaba. Era eso lo que se contaba.

Una vez reducida la multitud de todas las cosas a una esencia común, que es el punto, lo que realmente se cuenta, Anna volvió a sacar las cosas casi de la nada. Con un lápiz en la mano, decoró con un punto una hoja de papel blanco.

—¿No es una maravilla, Fynn? —me preguntó, señalando al punto—. Eso podría ser la sombra de la sombra de la sombra de mi o de un autobús o de cualquier cosa. Hasta podrías ser tú.

Me miré atentamente, sin

reconocerme, pero entendí el razonamiento.

Del punto Anna obtuvo una línea recta, de la línea una forma, de la forma un objeto, del objeto un... Antes de que se hubiera dado cuenta de lo que hacía, estaba trepando como un mono por un árbol de *ene* dimensiones. Porque un objeto podría, después de todo, ser la sombra de algo más complejo, y ese algo podría ser la sombra de algo más complejo aún, y así sucesivamente. Cuando lo piensa, a uno le da vueltas la cabeza. Pero en realidad no era nada del otro mundo, me explicó Anna. Una vez que se había conseguido reducir todo a

un punto, ya no se podía reducir más. Ahí se acababa la línea, pero tan pronto como uno empezaba a desenrollar otra vez las cosas, bueno, ¿dónde se detenía? No había razón para que no se pudiera seguir eternamente. A excepción, naturalmente, de una cosa en este Universo que era tan compleja que ya no podía serlo más. Hasta yo me la vi venir. Nada menos que el Señor Dios. Anna había llegado a los extremos de una serie infinita de dimensiones. En un extremo, la serie terminaba en un «punto», en el otro en el Señor Dios.

Al día siguiente, mientras les dábamos de comer a los patos en el

parque, le pregunté cómo se le había
ocurrido la idea de las sombras.



—En la Biblia —anunció.

—¿Dónde en la Biblia?

—El Señor Dios dijo que guardaría
a los judíos a salvo bajo su sombra.

—Ah.

—Y luego también está san Pedro.

—¿Qué pasa con san Pedro? ¿Qué

hace?

—Sanaba a la gente.

—¿Cómo es eso?

—Ponía su sombra sobre los enfermos.

—¡Ah! Sí, tendría que haberlo pensado.

—Y el viejo Nick.

—¿Y él qué tiene que ver?

—¿Cuál es su nombre?

—Satán.

—Otro.

—¿El Diablo?

—No, otro.

Finalmente, acerté: «Lucifer».

—Ese. ¿Qué significa?

—Luz, creo.

—¿Y qué hay de Jesús?

—Sí... ¿qué hay de Jesús?

—¿Qué es lo que dice?

—Muchísimas cosas, me imagino.

—¿Qué nombre se daba él?

—¿El Buen Pastor?

—Hay otro.

—Eee... ¿el Camino?

—Hay otro.

—Ah, ¿te refieres a la Luz?

—Sí. El viejo Nick y Jesús... los dos la Luz. Tú sabes lo que dijo Jesús, ¿no? «Yo soy la Luz».

Anna enfatizó la palabra «yo».

—¿Y por qué lo dijo así?

—Para que no nos confundamos.

—¿Y cómo nos confundimos?

—Con las dos clases de luz... la verdadera y la ficticia. El Señor Dios y Lucifer.

La segunda idea de Anna fluía fácil y naturalmente de la primera. En realidad, para ella las sombras eran algo de la mayor importancia para entender correctamente al Señor Dios y, por consiguiente, para entender correctamente la creación del Señor Dios. Primero, tenemos al Señor Dios y sabemos que él es Luz. Después tenemos un objeto, y sabemos que es creación del Señor Dios. Y, finalmente, tenemos la

pantalla sobre la cual se forman las sombras. La pantalla es ese objeto donde se pierde toda la información redundante, y que nos permite hacer cosas como las sumas, la geometría y todo eso.

Ahora, no hay que pensar que el Señor Dios desperdició todas esas cosas tan maravillosas en simples sumas y geometrías. De ninguna manera. Primero, se puede poner la pantalla en ángulo con respecto al rayo de luz, o también mover la fuente de luz. Las sombras se deforman, pero se puede seguir hablando razonablemente de ellas; todavía es posible hacer sumas.

Después, claro, es posible deformar la pantalla, dándole toda clase de formas interesantes, y aún se puede seguir hablando de manera lógica de las sombras. También se puede poner la luz dentro del objeto y proyectarla sobre la pantalla, y eso es muy interesante, realmente. Si uno hace una sombra de una sombra sobre una pantalla y después deforma la pantalla... bueno, una distancia de un par de centímetros podría reducirse a nada, o tal vez alargarse hasta una dimensión inimaginable. Una vez que uno empieza a deformar la pantalla, ya no hay límite para las clases de sumas que se podrían

hacer. A eso le llamaba Anna las verdaderas cosas de Dios. Pero es imposible hacer nada de eso con la sombra de una sombra de una sombra: es un punto tan diminuto que no resulta factible deformarlo siquiera un poco, por más que uno se empeñe.

La revelación final de Anna con las sombras tuvo lugar durante una húmeda y ventosa noche de invierno, una noche con la que después de treinta años no he terminado de reconciliarme. Yo estaba cómodamente sentado al calor de la lumbre, leyendo. Anna jugueteaba con un papel y un lápiz, cuando todo empezó.

—¿Qué estás leyendo, Fynn?

—Algo sobre el espacio y el tiempo y esas cosas. No te interesaría.

—¿Qué dice?

—Muchas cosas sobre el espacio y el tiempo y —ese fue mi error— sobre la luz.

—¡Ah! —Anna dejó de escribir—. ¿Qué dice sobre la luz?

Empecé a sentir una picazón bajo el cuello de la camisa; después de todo, la luz y la sombra eran del dominio de Anna.

—Bueno, un tipo que se llama Einstein afirma que nada puede ir más deprisa que la luz.

—Oh —Anna empezó a asimilarlo y

siguió escribiendo—. ¡No es cierto! —
me espetó después, por encima del
hombro.

—Conque no es cierto, ¿eh? ¿Por
qué no me lo has dicho antes?

El chiste se perdió.

—No sabía qué era lo que estabas
leyendo —contestó.

—Bueno, pues entonces dime qué es
lo que va más deprisa que la luz.

—Las sombras.

—No puede ser —la contradije—,
porque la luz y la sombra llegan al
mismo tiempo.

—¿Por qué?

—Porque es la luz la que produce la

sombra —ya empezaba a sentirme un poco confundido—. Fíjate que una sombra es donde no hay luz. No puedes tener una sombra que llegue a un lugar antes que la luz.

Durante cinco minutos estuvo masticándolo; entretanto, yo había vuelto a mi libro.

—Las sombras van más deprisa. Puedo demostrártelo.

—Eso tengo que verlo, así que empieza.

De un salto, Anna se bajó de la silla, se puso un abrigo y su impermeable y tomó la linterna.

—¿Adónde vamos?

—Al cementerio.

—Está lloviendo a cántaros, y afuera está oscuro como boca de lobo.

Me hizo un gesto con la linterna.

—Si no hay luz, no te puedo mostrar la sombra, ¿no?

Afuera, la oscuridad parecía un pozo, y la lluvia parecía un muro de agua.

—¿Para qué vamos al cementerio?

—Por la pared larga.

Como el camino del cementerio no llevaba a ninguna otra parte, y estaba cercado a un lado por una de las vallas del ferrocarril y al otro por el alto muro del cementerio, no era un camino muy

bien iluminado, ni tampoco muy transitado. Por lo menos era lo que yo esperaba. Al llegar al punto medio del muro, nos detuvimos.

—¿Y ahora? —interrogué.

—Tú te quedas aquí.

Ahí me quedé, en el camino, a unos nueve metros de la pared.

—Yo me iré hacia allá —continuó Anna— y te alumbraré con la linterna. Tú observa tu sombra en la pared.

Con esa explicación se perdió, corriendo, en la oscuridad. De pronto apareció la luz de la linterna, tanteando en la oscuridad hasta encontrarme.

—¿Listo? —preguntó un alarido

desde las tinieblas.

—Listo —vociferé a mi vez.

—¿Ves tu sombra?

—No.



—Me acercaré más. Dime cuándo.

La linterna se acercaba, oscilante, yo siempre en el haz de luz.

—Ya —volví a gritar cuando vi que

mi sombra aparecía débilmente dibujada al final del muro.

—Ahora fíjate en tu sombra.

Vino caminando paralelamente al muro del cementerio, medio metro más apartada de él de lo que yo estaba. Yo miraba mi sombra, con los ojos clavados en la oscuridad. Vino agrandándose hacia mí con gran rapidez, indudablemente con mucha mayor rapidez de lo que Anna caminaba. El movimiento se hizo más lento al pasar por donde yo estaba y después volvió a acelerarse. Anna siguió caminando hacia atrás, sin dejar de enfocarme con la luz.

Repentinamente, volvió a mi lado.

—¿Has visto? —me preguntó.

—Sí, lo he visto.

—Va deprisa, ¿no?

—Desde luego. ¿Cómo lo

advertiste?

—Con los coches. Con las luces de los coches.

Acepté que mi sombra se movía más rápidamente de lo que ella caminaba, pero no con más rapidez que la luz, y se lo dije. No obtuve respuesta. La luz de la linterna me permitió ver que Anna estaba a kilómetros de distancia. El experimento externo ya había terminado, pero ahora estaba ocupada planeando algún experimento interno. La tomé de la

mano.

—Vamos, Tich. Vayamos a tomar una taza de té y a comer algo a la tienda de Ma B.

Por el camino nos encontramos con Sally.

—¿Estás loco? —me preguntó—. ¿Cómo se te ocurre sacar a la chiquilla en una noche así?

—Yo no la he sacado, ha sido ella quien me sacó a mí —expliqué.

—Ah —comentó Sally—, empieza bien.

—Sí. Ven, que tomaremos una taza de té donde Ma B.

—Encantada —aceptó Sally.

Yo casi había terminado con mi pastel de cerdo cuando el experimento interno de Anna llegó a su fin.

—El Sol —declaró— es como las luces de los coches.

Después de pensarlo un poco más, me apuntó con su tenedor, que todavía no había usado.

—Tú —prosiguió—, tú eres como la Tierra... la pared está... la pared está a quillones de kilómetros, pero no es más que una pared imaginaria.

Con un sobresalto volvió a la realidad y advirtió por primera vez la presencia de Sally.

—Hola, Sal —le sonrió.

—Hola, Tich. ¿De qué se trata?

Anna me atravesó con los ojos.

—El Sol hace una sombra de la Tierra sobre la pared... la pared imaginaria.

—Bueno —admití no muy convencido—, de eso no estoy seguro.

—Pues podría ser —sonrió Anna—; en tu imaginación podría hacerla. Si la Tierra da vueltas alrededor del Sol, y la sombra cae sobre la pared que está...

—... a un quillón de kilómetros de distancia —acepté.

—¿Con qué rapidez —me acorraló — con qué rapidez va la sombra por la pared?

Ensartó el pastel de carne con el tenedor y lo hizo describir un círculo en torno a su cabeza, como si fuera la Tierra dando vueltas alrededor del Sol. Con la cabeza inclinada a un lado, su sonrisa burlona me desafiaba a dar una respuesta.

Pero yo no estaba dispuesto a dársela. No iba a decirle que por lo menos a quillones de kilómetros por segundo, de ninguna manera, hasta que no hubiera podido pensarlo más.

Yo estaba seguro de tener razón, que nada podía ir más deprisa que la luz. Estaba completamente convencido. No tenía duda de que el señor Einstein

había dado en el blanco.

Al mirar retrospectivamente esos años, me doy cuenta dónde cometí el error. No me refiero a las sumas, sino a la educación de Anna. No le enseñé a Anna la forma buena y adecuada de hacer las cosas. Claro que le enseñé formas de hacer cosas, formas divertidas y rápidas y difíciles y formas de todas clases, pero no la BUENA FORMA. En primer lugar, yo mismo tampoco estaba tan seguro de cuál forma era la BUENA, de modo que Anna, naturalmente, tuvo que encontrarlas por sí misma. Por eso a mí todo me resultaba tan difícil.

Ocho

ME imagino que las palabras que más utilizaba Anna cuando escribía y hablaba eran «Señor Dios». Las que les pisaban los talones eran las que Anna llamaba palabras «de preguntar». «Qué», «cuál», «dónde», «por qué», «quién», todas ellas eran palabras de preguntar. Además de palabras de preguntar, había palabras de contestar; esas eran las palabras que indicaban

algo, que señalaban algo. No era cuestión de señalar con el dedo; se señalaba con la lengua, diciendo: «Eso», «este», «ahí», «porque», «yo» (o «tú» o «el Señor Dios»).

En general, Anna estaba convencida de que el lenguaje mismo se podía dividir en dos partes: la parte de preguntar y la parte de contestar. De las dos, la parte de preguntar era la más importante. La parte de contestar daba ciertas satisfacciones, pero no era tan importante como la parte de preguntar, ni con mucho. Las preguntas eran una especie de picazón interna, una urgencia de avanzar. Las preguntas, pero las

preguntas de verdad, tenían una peculiaridad; jugar con ellas era peligroso, pero emocionante. Nunca se sabía dónde podía uno ir a parar.

Ese era el problema con algunos sitios como la escuela y la iglesia; parecía que de las partes del lenguaje, les interesaba más la de contestar que la de preguntar. Los problemas que planteaban lugares como la escuela y la iglesia eran realmente tremendos, por la clase de «respuestas» que le daban a uno. Claro que se podía reconstruir la pregunta por la respuesta que se daba, pero el problema era que con frecuencia las preguntas de esa clase no tenían

realmente dónde ir a parar; uno se quedaba para siempre en el aire. No, lo que distinguía a una verdadera pregunta era que con ella se iba a parar a alguna parte. Como decía Anna:

—Si quieres, puedes preguntar: «¿Te gusta *polionar*?».

Evidentemente parece una pregunta, y suena como tal.

—Pero no lleva a ninguna parte.

Y si uno suponía que esa era una auténtica pregunta, si suponía que realmente iba a parar a algún sitio, bueno, uno podía pasarse toda la vida haciendo preguntas sobre ella, y no llegaría nunca a ninguna parte.

Anna estaba segura de que el cielo existía y de que los ángeles, los querubines y esas cosas eran reales; además, sabía más o menos como eran, o por lo menos sabía cómo no eran. Por de pronto, no eran como esas figuras de los ángeles con sus hermosas alas llenas de plumas. No eran las alas lo que le preocupaba, desde luego; lo que preocupaba a Anna era que tuvieran aspecto de personas. La posibilidad de que un ángel pudiera hacer sonar una trompeta (no hablemos de que quisiera) le llenaba de profunda consternación. La idea de que, en el día de la resurrección, Anna seguiría teniendo todavía dos

piernas, que tendría todavía ojos y oídos, que sería en general, muy semejante a como era ahora, le parecía una idea demasiado monstruosa para poder captarla. ¿Y por qué los adultos insistían en hablar de dónde estaba el cielo? Todo eso de dónde estaba el cielo no tenía nada que ver con aquí ni con allá, no tenía ninguna importancia, era un disparate. ¿Y por qué, pero por qué, a los ángeles y los querubines y esas cosas, y hasta el propio Señor Dios, por favor, los representaban como seres humanos? Vamos, si la cuestión de dónde estaba el cielo era una de esas no-preguntas, que no iba a parar a

ninguna parte, es decir, que no era una pregunta que sirviera de nada plantear.

Tal como Anna lo veía, la cuestión del cielo no tenía que referirse a un «dónde»; tenía que referirse a la perfección de los sentidos. El lenguaje se veía en un auténtico aprieto cuando trataba de describir o explicar el concepto del cielo, pero es que el lenguaje dependía de los sentidos, y así, la idea que se tuviera del cielo también dependía de los sentidos. Esas imágenes, esas estatuas, esas historias de ángeles no hacían más que proclamar que quienes perpetraban esas monstruosidades no tenían la menor idea

de lo que decían. No hacían más que mostrar con toda claridad que los ángeles y todo eso eran simplemente hombres y mujeres con alas. Estaban cargados con la misma clase de sentidos que nosotros, es decir que no eran criaturas adecuadas para el cielo. No, fuera cual fuese la descripción del cielo, y eso en realidad no tenía la menor importancia, no era la descripción de un lugar, sino la de sus habitantes. Cualquier lugar donde existiese la perfección de los sentidos podía ser el cielo. Los sentidos del Señor Dios eran perfectos. Vaya, si cualquiera es capaz de comprender que poder vernos a

través de distancias inmensas hasta lo imposible, oírnos, conocer nuestros pensamientos, no eran características irrazonables del Señor Dios... ni tampoco de los ángeles; pero representarlos en los relatos, los cuadros y las estatuas con ojos, oídos y formas como las nuestras, eso era tremendamente infantil. Si resultaba imprescindible pintar a las huestes celestiales, había que hacerlo de tal modo que pudiera advertirse la perfección de sus sentidos, y puesto que el lenguaje dependía de los sentidos, también la perfección de su lenguaje.

La extraña insistencia de la señorita

Haynes, la maestra de la escuela dominical, y del reverendo Castle en usar de manera tan torpe palabras como «ver» y «saber» era algo que molestaba profundamente a Anna. Un domingo por la mañana, durante el sermón, el reverendo Castle habló de «ver» al Señor Dios, de encontrarse con él «cara a cara». Jamás se imaginó hasta qué punto estuvo al borde del desastre. Anna me cogió fuertemente de la mano, sacudió violentamente la cabeza y se volvió hacia mí. Todo su esfuerzo estaba concentrado en sofocar su fuego interior, que habría consumido al reverendo Castle de haber quedado en libertad.

Y hablando de fuego, el viejo Nick no podía compararse con Anna. Anna era capaz de hacer que el fuego del infierno pareciera simples brasas.

Con un susurro cuyo eco se dejó oír en toda la iglesia, Anna comentó:

—¿Y qué diablos va a hacer si el Señor Dios no tiene cara? ¿Qué va a hacer si no tiene ojos, entonces, eh, Fynn?

El reverendo Castle vaciló durante un momento y prosiguió, seguido por los ojos y las cabezas de toda la congregación.

—Entonces, ¿qué? —insistió Anna.

—No sé —le susurré al oído.

Me tironeó del brazo, haciéndome señas de que me acercara más, y puso los labios dentro de mi oreja.

—El Señor Dios no tiene cara —silbó.

Volví el rostro hacia ella, expresando con las cejas levantadas la pregunta:

—¿Cómo es eso?

—Porque no tiene que darse vuelta para ver a todo el mundo, por eso —me susurró, otra vez dentro de la oreja, y volvió a recostarse en su asiento, haciendo un gesto afirmativo como para corroborar su propia certidumbre. Después se cruzó de brazos como punto

final.

Cuando volvíamos a casa le pregunté qué era lo que había querido decir con eso de que «no tiene que darse vuelta».

—Bueno —explicó—. Yo tengo «delantero» y «trasero», así que tengo que darme vuelta para ver qué es lo que tengo detrás, pero el Señor Dios no.

—¿Y qué hace entonces? —pregunté.

—El Señor Dios no tiene más que «delantero», no tiene «trasero».

—Ah, ya entiendo —asentí.

La idea de que el Señor Dios no tuviera «trasero» me pareció

deliciosamente divertida, e hice todo lo que pude por contener la risa, pero me fue imposible. Finalmente, estallé.

Anna se quedó un poco intrigada.

—¿De qué te ríes? —me preguntó.

—De la idea de que el Señor Dios no tenga trasero —conseguí decir.

Durante un momento, sus ojos se empequeñecieron, pero después entendió. En los ojos, la sonrisa se le convirtió en una llama, y su cara se encendió como una luz de Bengala.

—¡Pues desde luego que no lo tiene!

Su risa corrió por toda la calle, levantando pequeñas barricadas a su paso. Los buenos cristianos, evidentes y

satisfechos de sí mismos, chocaron con la risa y fruncieron el ceño.

—El Señor Dios no tiene trasero — salmodiaba Anna, al compás de la melodía de «Adelante, soldados cristianos».

Los ceños fruncidos se convirtieron en escandalizadas miradas de horror.

—¡Repugnante! —comentó el Traje de los Domingos.

—¡Pequeña salvaje! —chillaron los Zapatos de los Domingos.

—¡Obra satánica! —declaró el Reloj de Bolsillo que asomaba por el chaleco, pero Anna prosiguió como si tal cosa, riéndose con el Señor Dios.

En el camino de regreso a casa, Anna practicó conmigo su juego recién descubierto. De la misma manera que lanzaba hacia el Señor Dios su ser espiritual, lanzaba hacia mí su ser físico. «El Señor Dios no tiene trasero» no era una broma, Anna no se estaba comportando como una chiquilla escandalosa o tonta. Era una erupción de su espíritu. Con esas palabras, Anna se arrojaba sobre el Señor Dios, y él la recibía. Anna sabía que sería recibida, sabía que no corría riesgo alguno. Realmente no había otra manera, tenía que hacerlo y nada más. Era su manera de salvarse.

Su juego conmigo era similar. Se detenía a cierta distancia, corría hacia mí y se arrojaba sobre mí. El hecho de venir corriendo hacia mí era deliberado, activo; un momento después de saltar se quedaba completamente pasiva y floja. No hacía esfuerzo alguno por ayudarme a que la recogiera, por salvaguardar su propia seguridad. Su seguridad significaba no hacer nada de todo eso, su salvación significaba confianza en el otro.

La seguridad era fácil. Bastaba con aceptar al Señor Dios como a un superhombre que hacía más o menos seis meses que no se afeitaba, a unos

ángeles que parecían hombres y mujeres con alas, a unos querubines con aspecto de bebés regordetes con alitas que no podrían sostener a un gorrión, y mucho menos los quince kilos de un infante mofletudo. En cambio, la salvación sólo era posible para Anna en ese acto de violencia creativa contra las imágenes de la seguridad.

Anna vivía cada minuto de cada día, aceptaba totalmente su vida y, al aceptar la vida, aceptaba también la muerte. La muerte era un tema de conversación bastante frecuente con Anna, pero jamás era algo mórbido o ansioso; simplemente, algo que sucedería en un

momento u otro, y era mejor haber llegado a entenderlo un poco antes de que ocurriera, que esperar al momento mismo de la muerte y ser entonces presa del pánico. Para Anna, la muerte era un abrirse a nuevas posibilidades. Fue mamá quien ofreció a Anna la solución del problema de la muerte. Como Anna, mamá tenía ese don encantador de hacer preguntas que iban a parar a alguna parte.

—¿Cuál fue el acto creativo más grande de Dios? —nos preguntó un domingo por la tarde.

—Hacer a la Humanidad —contesté, aunque no concordara con el Génesis.



Como, según mamá, yo estaba equivocado, tenía derecho a otra respuesta. Tampoco esa sirvió. Repasé los seis días de la creación sin obtener otro premio que miradas impávidas. No podía pensar ya en nada más. Sólo después que se me hubieron agotado las ideas me di cuenta de que entre mamá y Anna pasaba algo. Esa sonrisa, era algo

frecuente en mamá. Era su sonrisa de árbol de Navidad, que la iluminaba, que fulguraba, que no dejaba mirar a ninguna otra parte. Era como si lo reuniera todo en torno de ella. Anna la miraba intensamente, con el mentón apoyado en ambas manos. Estaban ahí sentadas, mirándose, mamá con su sonrisa maravillosa, Anna con su mirada intensa. Estaban a dos metros una de otra pero su separación estaba empezando a desmoronarse. Anna la taladraba con sus ojos azules al tiempo que mamá iba fundiéndola con su sonrisa. De pronto, sucedió. Anna colocó lentamente las manos sobre la

mesa y se enderezó. La brecha estaba salvada. La sonrisa de Anna tuvo que esperar a que la perplejidad desapareciera de su cara.

—Fue el séptimo día, claro que fue el séptimo día —murmuró.

Yo miré primero a una, después a otra, y me aclaré la garganta para llamar la atención.

—No lo entiendo —declaré—. Dios hizo todos sus milagros en seis días, y después cerró para descansar un poco. ¿Qué tiene eso de emocionante?

Anna se bajó de la silla y se sentó sobre mi regazo. Yo ya sabía. Era su manera de acercarse a un niño que no

veía, que no sabía... a mí.

—¿Por qué descansó el Señor Dios el séptimo día? —empezó.

—Me imagino que después de seis días de trabajar tanto, lo necesitaba —respondí.

—Pero él no descansó porque estuviera cansado.

—¿Ah, no? Pues yo, sólo de pensarlo ya me canso.

—Claro que no. Él no estaba cansado.

—¿No?

—No. Fue para hacer el descanso.

—Ah. ¿Fue por eso, entonces?

—Sí. Ese es el milagro más grande.

Que haya descanso. ¿Cómo crees tú que era el primer día, antes de que el Señor Dios empezara su obra?

—Me imagino que un tremendo lío —contesté.

—Claro, y no se puede descansar cuando todo es desorden, ¿no te parece?

—Supongo que no. ¿Y entonces?

—Bueno, cuando él empezó a hacer todas las cosas, el lío se hizo un poco menor.

—Sí, claro —admití.

—Cuando terminó de hacer todas las cosas, el Señor Dios había deshecho el lío por completo. Entonces se puede descansar, por eso el descanso es el más

grande de todos los milagros. ¿No lo ves?

Dicho así, lo veía, y lo que veía me gustaba. Tenía sentido. A veces, sin embargo, creo que yo me resistía a ser siempre el último de la clase, y era frecuente que esa sensación me llevara a decir algo sarcástico cuando se presentaba la ocasión.

—Ya sé lo que hizo con todo ese lío —exclamé, sintiéndome muy satisfecho de mí mismo.

—¿Qué? —preguntó Anna.

—Se lo metió en la mollera a la gente.

Mi intención había sido arrojar una

granada, pero no estalló; dos cabezas, en cambio, hicieron un gesto de asentimiento, complacidas de que yo hubiera entendido tan rápidamente de qué se trataba. Cambié rápidamente de actitud y acepté sus gestos de aprobación como si tuviera pleno derecho a ellos. Pero me quedé con un problema. ¿Cómo podía preguntar por qué había metido todo ese lío en la cabeza a la gente, sin que volviera a encontrarme convertido otra vez en el último de la clase?

—Es extraño, el lío ese —empecé.

—No, no lo es —se opuso Anna—.

Antes de saber realmente lo que es el

descanso, hay que tener un lío en la cabeza.

—Ah, sí. Claro. Supongo que esa debe ser la razón.

—Estar muerto es un descanso — prosiguió Anna—. Al estar muerto, uno puede mirar hacia atrás y enderezarlo todo antes de seguir.

Morirse no podía justificar tanta bulla. En alguna medida, la muerte podía ser un problema, pero no si uno había vivido realmente. La muerte exigía cierta preparación, y la única preparación adecuada era vivir de verdad; era la preparación que había practicado durante toda su vida la

anciana abuelita Harding. Cuando murió, Anna y yo habíamos estado sentados junto a ella,, sosteniéndole las manos. La abuelita estaba feliz de morir; no porque la vida hubiera sido demasiado dura con ella, sino porque había estado feliz de vivir. Se sentía feliz al hallarse próxima al descanso, no porque hubiera trabajado en exceso, sino porque quería poner orden, quería arreglar noventa y tres años de bella vida, quería volver a escuchar el disco desde el principio.

—Es como darse la vuelta de dentro hacia fuera, queridos míos —había dicho.



La abuelita Harding murió sonriendo, murió en medio de una descripción del bosque de Epping durante una madrugada de comienzos del verano. Murió feliz porque había vivido feliz. Por segunda vez en su vida, la anciana abuelita fue a la iglesia.

Apenas habían pasado tres semanas cuando tuvimos que ir a otro funeral. Más o menos dos docenas de nosotros fuimos al funeral de Skipper; cinco o seis de los mayores, y unos veinte de tamaños varios.

—No va a llegar a vieja —había dicho alguien, y no se equivocó.

Skipper era bromista por naturaleza, siempre dispuesta a reírse. Y se habría reído mucho más, pero la risa la hacía toser y últimamente su tos era muy intensa. Cuando murió, Skipper estaba a punto de cumplir los quince. Con sus cabellos de color de lino, los ojos azules, la piel casi transparente como un

papel de seda, Skipper se abrió paso a lo largo de sus quince años entre risas y bromas. Vaya, si no hacía tantas semanas que habíamos estado todos hablando de la muerte.

El que comenzó la conversación fue Bunty, preguntando:

—¿Cómo le va a uno cuando se muere?

—Es fácil, se detiene uno y nada más —contestó alguien.

—Seguro que es fácil —apoyó Skipper—. Facilísimo.

Lo dijo de una manera que a todos nos afectó.



El servicio fúnebre fue algo muy solemne, demasiado solemne para alguien como Skipper. El reverendo Castle habló de la inocencia de la juventud, y no faltó quien tuviera que sofocar una risita. Elevando los ojos al cielo, el reverendo nos dijo que allí

estaba ahora Skipper. Amén. Todas las caritas se elevaron y todas las boquitas se abrieron, pasmadas, salvo la de la pequeña Dora, que seguía mirando hacia abajo. Alguien le dio un buen codazo, y con uno de esos susurros atronadores, le advirtieron:

—No... arriba.

La cabeza de Dora subió hasta el techo de la iglesia, chocó contra él y volvió a bajar.

—Se me cayeron al suelo los caramelos —se quejó.

Con su voz ronroneante, el reverendo Castle siguió pintando con palabras su imagen de Skipper. Pero no

era de nuestra Skipper de quien hablaba; por lo menos, ninguno de nosotros la reconoció. Está bien eso de que los muertos no hablen. Me imagino lo que habría dicho Skipper.

—¿De qué demonios está hablando ese viejo tonto?

Afortunadamente, el reverendo Castle no la oyó y la ceremonia concluyó. Todos fuimos al cementerio a rendirle nuestro último homenaje. Los chiquillos arrojaron diversos objetos a la fosa y se apartaron. A unos metros de distancia esperamos a Buzz, que se quedó un poquito más. Skipper y Buzz habían sido siempre así. Nos dirigimos

lentamente a las puertas del cementerio, pasando junto a un ángel de casi cuatro metros que depositaba sobre una tumba un ramo de flores de mármol.

—¿Os dais cuenta de que ahora Skipper tiene alas? —empezó alguien.

—Lo imagino —asintió otro.

—Yo no me veo con alas.

—¿Por qué?

—¿Cómo hace uno para quitarse la camisa?

—No seas bobo, que los ángeles no usan camisa.

—¿Qué usan entonces?

—Un camisón.

—Yo no pienso ponerme un

camisón, parece cosa de maricas.

La vida volvía a ponerse en marcha.

—Maggie —preguntó alguien, a gritos—, ¿dónde está el cielo?

—Por ahí —respondió Maggie.

—Está ahí arriba.

—Mejor que no.

—¿Por qué?

—Porque si fuera así Skipper estaría haciendo pis encima de tu cabeza.

—Oh, qué odiosa eres.

—Buzz, ¿te vas a casar ahora que Skipper ha muerto?

—Estúpida —dijo Buzz—, ¿por qué tenía que morirse?

—Mejor que pasarse la vida

tosiendo.

—Sí, claro, pero...

—Maggie, ¿hay un cielo diferente para los protestantes y los católicos y los judíos y todos?

—No, no hay más que uno.

—Entonces, ¿para qué hay diferentes iglesias y sinagogas?

—No sé.

—Eso es una cosa del viejo Nick. Al viejo Nick le gusta confundirlo todo.

—¿No crees que Skipper esté con el viejo Nick?

—Espero que no. Pero el viejo Nick la sacaría corriendo en un par de días.

—Pobre viejo Nick. Me da risa.

—Es lo que no puede aguantar, el viejo Nick.

—¿Qué es lo que no puede aguantar?

—La risa. Eso sí que le vuelve loco.

—¿Qué piensas que estará haciendo Skipper ahora?

—Cantando himnos, supongo.

—No me la imagino, cantando himnos todo el tiempo —declaró Mat. Mirando hacia arriba, empezó a cantar, y en un momento se le unieron todos los demás chicos.

*Una vieja,
vieja, vieja,
se peinó con*

*una teja,
y creyendo que
era el sol,
se sentó bajo un
farol.*

—Te apuesto cualquier cosa a que Skipper ya ha enseñado esa canción a todos los ángeles.

—Sí, y también la del viejo de Lancashire que...

—No, esa no, idiota, que es sucia.

—Qué va a ser. Te apuesto a que Dios se ríe.

—A que no.

—Entonces, ¿para qué nos hizo con

culo, si no lo podemos decir?

—Es sucio, y basta.

—Pero ¿por qué pensáis todos que Dios se sentirá incómodo? Si yo fuera Dios, me reiría.

—¿Y qué me dices de Jesús?

—¿Qué hay con Jesús?

—En todas las imágenes parece un mariquita.

—Pero él no tenía ese aspecto.

—Si el viejo era carpintero.

—Y Jesús también.

—Si te pasas todo el día aserrando maderas, tú sabes los músculos que se te hacen.

—Claro. Apuesto a que era un

hombre fuerte.

—Seguro que sí. Y no se privaba de la bebida, tampoco.

—¿Dónde dice eso?

—En la Biblia. ¿No convirtió el agua en vino?

—Suerte que mi viejo no puede hacer eso.

—Tu viejo no puede hacer nada.

—¿Por qué no puedo decir «culo»?

—Porque no se puede.

—Si Jesús también lo tenía.

—Pero no lo decía.

—¿Cómo lo sabes?

—Apuesto a que decía «trasero».

—No, porque hablaba en Yiddish.

—Eres tonto.

—Como esa noche en la escuela dominical, cuando nos dijeron que la lluvia son los ángeles que lloran. ¿Por qué diablos tienen que llorar?

—Porque tú haces preguntas tontas.

—¿Os dais cuenta de que Dios se harta?

—¿De qué?

—De tantas oraciones y preguntas.

—Si yo fuera Dios, haría que la gente se riera.

—Si tú fueras Dios, ya estaría todo el mundo riendo.

—Si yo fuera Dios, les daría con un rayo en la cabeza.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¡Otro milagro!

—No, en serio. ¿Y si fundamos otra iglesia?

—Que me cuelguen, ¿no hay ya bastantes?

—Sin plegarias y sin himnos, quiero decir. No hacemos más que contar chistes sobre el viejo Nick, y así lo destruimos.

—Sí, una Iglesia riente.

—Eh, qué gran idea. Una Iglesia riente.

Y así seguían. Durante horas, durante días, durante años. Como los relámpagos de verano, la conversación

se encendía, brillaba, iluminaba los lugares más oscuros mientras iba forjando una filosofía, una teología, un modo de vida, una razón de vivir. Eso era lo que despertaba tanta avidez en Anna. Tal vez no suene muy importante, pero era el mineral de donde se sacaba el oro. Una cosa era segura. Skipper había muerto y, como ella misma habría dicho:

—¡Bueno, la vida es así!

La muerte era un hecho de la vida. En el más allá, la vida era un hecho de la muerte.

Esa noche, después del funeral de Skipper, me despertó un grito de

desesperación, que procedía del otro lado de las cortinas. Fui hacia Anna y la tomé en brazos. En lo primero que pensé fue en una pesadilla, o tal vez en su dolor por Skipper. Suavemente, la acuné en mis brazos, haciendo todos esos ruidos reconfortantes. Aunque yo la tenía bien abrazada para consolarla, se retorció entre mis brazos hasta escaparse y se quedó de pie sobre la cama. Ante ese inesperado giro de los acontecimientos me quedé sin saber qué hacer, un poco asustado y como perdido. Encendí el gas, pero me sentía mal por dentro. Anna seguía de pie sobre la cama, con los ojos abiertos y

desorbitados, las lágrimas corriéndole por las mejillas y ambas manos apretadas contra la boca como si quisieran sofocar un grito. Parecía que todos los objetos familiares de la habitación se alejaran a toda velocidad hacia el infinito, que el mundo entero se disolviera en una masa informe.

Intenté decir algo, pero no me salía nada. Era uno de esos momentos sin sentido; mi mente daba vueltas en círculo, pero mi cuerpo no engranaba. Quería hacer algo, pero me sentía paralizado. Lo que realmente me asustó fue que Anna no me viera, que yo no existiera para ella, no poder ayudarla. Y

lloré; no sé si por ella o por mí. Por la razón que fuere, la angustia me abrumó. De pronto, en mi vacío inundado de lágrimas, oí la voz de Anna.

—Por favor, Señor Dios, enséñame a hacer verdaderas preguntas. Oh, por favor, Señor Dios, por favor, ayúdame a hacer verdaderas preguntas.

Durante un momento de eternidad vi a Anna como una llama y me estremeció la súbita intuición de mi propia peculiaridad. Cómo me las arreglé en ese momento es algo que nunca llegaré a saber, porque mis fuerzas no estaban a la altura del momento. De alguna manera extraña y misteriosa «vi» por primera

vez.

De pronto una mano se posó en mi rostro, suave y tierna. Una mano que me enjugaba las lágrimas y una voz que decía:

—Fynn, Fynn.

La habitación empezó a reunirse de nuevo, las cosas volvieron a ser.

—Fynn, ¿por qué estás llorando? — me preguntaba Anna.

No sé por qué, tal vez fuera simplemente por miedo, pero empecé a decir palabrotas fría y eficientemente. Me dolían todos los músculos del cuerpo, y estaba temblando. Sentí los labios de Anna junto a los míos, su

brazo en torno del cuello.

—Calla, Fynn, está todo bien. Todo bien.

Yo procuraba encontrar algún sentido en ese momento de espanto y belleza, trataba de volver a la normalidad; era como si estuviera descendiendo por una escalera interminable.

Anna estaba hablando otra vez.

—Me alegro de que vinieras, Fynn —me susurró—. Te quiero, Fynn.

«Yo también», quise decir, pero no sucedió nada.

De alguna extraña manera, me sentía como si estuviera mirando en dos

direcciones al mismo tiempo. Quería hallarme de nuevo entre los objetos familiares que tan bien conocía, pero, al mismo tiempo, deseaba volver a experimentar ese momento. Desde la bruma de mi confusión, me di cuenta de que volvían a llevarme a la cama, de que me sentía totalmente agotado. Me quedé ahí tendido, procurando encontrar algún sentido en todo aquello, intentando encontrar algún punto de partida que me sirviera para empezar a hacer preguntas. Pero parecía que las palabras no pudieran unirse de ninguna manera razonable. Fue una taza de té que apareció en mi mano lo que volvió a

poner el mundo en movimiento.

—Bébelo, Fynn, tómatelo todo.

Anna estaba sentada sobre la cama, con mi viejo suéter azul encima del pijama. Había preparado el té, dulce y caliente, una taza para cada uno. Oí que un fósforo raspaba sobre la caja de cerillas, y que Anna tosía al encenderme un cigarrillo, y sentí que me lo ponía entre los labios. Me incorporé hasta apoyarme sobre el codo.

—¿Qué ha pasado Fynn? —me preguntó.

—Sabe Dios —respondí—. ¿Estabas dormida?

—Estuve largo rato despierta.

—Pensé que tenías una pesadilla —
farfullé.

—No —sonrió—: estaba diciendo
mis oraciones.

—Por la forma en que llorabas...
pensé...

—¿Por eso lloraste tú?

—No sé, supongo que sí. Fue como
si de pronto me sintiera totalmente
vacío. Era raro. Por un momento me
pareció que estaba mirándome a mí
mismo. Y dolía.

Durante un momento no contestó.

—Sí, ya sé —dijo después.

Yo estaba demasiado cansado para
seguir apoyándome en el codo, y de

pronto me encontré con la cabeza apoyada en el brazo de Anna. Parecía que no estuviera bien, que tendría que ser al revés, pero no era, y me di cuenta de que me gustaba, de que eso era lo que quería. Durante largo rato permanecemos de esa manera, pero había cosas que yo quería preguntarle.

—Tich —dije—, ¿por qué le pedías a Dios eso de las verdaderas preguntas?

—Oh, es que es triste, sabes, nada más.

—¿Qué es triste?

—La gente.

—Ya veo. ¿Qué es triste en la gente?

—La gente tendría que aumentar en

sabiduría a medida que envejece. Bossy y Patch se hacen más sabios, pero la gente no.

—¿Te parece que no? —le pregunté.

—No. Las cajas se hacen cada vez más pequeñas.

—¿Las cajas? Eso no lo entiendo.

—Las preguntas están en cajas —explicó—, y las respuestas no pueden ser más grandes que la caja.

—Eso es difícil de entender; explícamelo mejor.

—No es sencillo explicarlo. Es como... es como si las respuestas fueran del mismo tamaño de la caja. Como eso de las dimensiones.

—¿Cómo?

—Si haces una pregunta de dos dimensiones, entonces la respuesta también es en dos dimensiones. Es como una caja. No puedes salir.

—Creo que entiendo a qué te refieres.

—Las preguntas llegan hasta el borde y allí se quedan. Es como una prisión.

—Me imagino que todos estamos en una especie de prisión. Anna sacudió la cabeza.

—Oh, no. El Señor Dios no haría una cosa así.

—No, desde luego que no. Entonces,

¿cuál es la respuesta?

—Dejar en paz al Señor Dios. Él nos deja en paz a nosotros.

—¿Y nosotros no?

—No. Nosotros ponemos al Señor Dios en cajitas.

—No creo que hagamos eso.

—Sí, continuamente. Porque en realidad no le amamos. Tenemos que dejar al Señor Dios en libertad. Eso es el amor.

Anna estaba buscando al Señor Dios y deseaba llegar a entenderle mejor. Su búsqueda del Señor Dios era seria y alegre a un tiempo, grave y despreocupada, reverente y atrevida;

aunque concentrada en una sola intención, iba hacia ella por mil caminos. Para Anna, que uno y dos fueran tres era indicio de que Dios existía. No se trataba de que, por un momento siquiera, dudara de la existencia de Dios, pero por un tiempo eso era un signo de su existencia. De la misma manera, también lo era un autobús o una flor. Cómo llegó Anna a esta visión de la perla inapreciable, no lo sé. Sin duda, la había alcanzado antes de que yo la conociera. Simplemente, tuve la suerte de estar con ella cuando trabajaba en su «solución». Escucharla resultaba vivificante, era como sentirse

volar; verla era ser llevado a ver. ¿Pruebas del Señor Dios? Vaya, pero si no se podía mirar a ninguna parte donde no hubiera pruebas del Señor Dios; las había en todos lados. Todo daba prueba del Señor Dios, y llegados a ese punto era donde las cosas tendían a escaparse de las manos.

Las pruebas se podían disponer de demasiadas maneras. A la gente que aceptaba cierta disposición de las pruebas se las llamaba de cierta manera. Si uno las disponía de otro modo, se le daba un nombre diferente. Anna admitía la posibilidad de que la cantidad de disposiciones posibles de las pruebas

con que contábamos llegara a «quillones» de nombres. Y el problema se complicaba aún más por la existencia de sinagogas, mezquitas, templos, iglesias y tantos lugares de culto diferente, sin excluir de la lista los laboratorios científicos. No había ninguna norma razonable de pensamiento ni de conducta que le permitiera a nadie decir, con la mano sobre el corazón, honradamente, que las demás personas no adoraban ni amaban a Dios, aunque le dieran algún otro nombre, como «Verdad». Anna no podía ni quería decir que el Dios de Alí fuera un Dios inferior al Señor Dios que ella tan bien conocía,

ni tampoco que su Señor Dios fuera más grande o más importante que el Dios de Kathie. No tenía sentido hablar de Dioses diferentes; hablar así conducía inevitablemente a la sinrazón. No, para Anna era todo o nada, no podía haber más que un solo Señor Dios. Y si era así, pues los diferentes lugares de culto, los nombres diferentes que se les daban a los creyentes, las diferentes formas de ritual a que se ajustaban se debía a una sola cosa, las diferentes maneras de disponer las pruebas del Señor Dios.

Anna resolvió el problema a su total satisfacción con el piano. Desde que tengo memoria, siempre he tocado el

piano, aunque no sé leer una nota de música. Puedo escuchar música y conseguir una razonable aproximación de oído, pero si intento tocar la misma pieza leyendo la notación, no consigo sino un resultado lamentable. Esa serie de puntitos negros me apabullan. Todo lo que he conseguido sacar en el piano me viene de aquellas hojas de música populares de antes de la guerra, con el dibujo de los trastes y una constelación de puntitos que le enseñaban a uno la digitación del ukelele —¿o sería de la guitarra?—, y con esos símbolos enigmáticos bajo el pentagrama para identificar los acordes. Esa fue la clase

de música que yo aprendí. Era limitada, quizá, pero tenía una gran ventaja. Si uno tenía una adecuada cantidad de notas, las podía llamar un acorde «así» o un acorde «asá», o darles tal vez otra media docena de nombres, todo dependía de alguna otra cosa.

Este fue, pues, el método que seguí para enseñarle a Anna algo de piano. No tardó en andar retozando entre acordes mayores, acordes menores relativos, séptimas menores, séptimas disminuidas e inversiones. Anna sabía los nombres y cómo aplicarlos y, lo que es más, sabía que el nombre que se le da a una serie de notas depende de dónde está uno y de

lo que está haciendo. Claro que había que investigar por qué a un grupo de notas se le llamaba «un acorde». Como siempre, recurrimos al diccionario, y en él nos informamos que «acorde» y «acuerdo» eran más o menos la misma palabra. Una nueva consulta al diccionario para descubrir cómo se usaba la palabra «acorde» nos llevó a «consenso» y allí nos quedamos.

No pasaron muchas horas, ese mismo día, cuando me vi frente a la boquiabierta y ojiabierta expresión de asombro que se dibujó en el rostro de Anna. De pronto, dejó de jugar con los demás chiquillos y se acercó lentamente

a mí.

—Fynn —el pasmo hacía que su voz resultara casi inaudible—. Fynn, estamos todos tocando el mismo acorde.

—No me sorprende —respondí—, pero ¿a qué te refieres?

—Fynn, ¿no son todos los nombres diferentes de las Iglesias?

—Y eso, ¿qué tiene que ver con los acordes? —pregunté.

—No hacemos otra cosa sino tocar todos el mismo acorde del Señor Dios, pero con diferentes nombres.

Era ese tipo de cosas lo que hacía que fuera tan estimulante hablar con Anna. Esa capacidad suya de tomar una

premisa referente a un tema, desarmarla hasta descubrir su íntima esencia y después mirar a su alrededor hasta encontrar una estructura similar en otro tema. Anna concedía gran importancia a los hechos, pero la trascendencia de un hecho no consistía en su peculiaridad, sino en su capacidad de ser útil para diversos temas. Si alguna vez le hubieran dado un argumento convincente en favor del ateísmo, Anna lo habría desarmado hasta ver con toda claridad el diseño, lo habría mirado por todos los lados y después le habría demostrado a uno que ese argumento era un ingrediente necesario de la existencia

de Dios. El acorde del ateísmo podía ser discordante, pero es que en opinión de Anna las discordancias eran «estremecedoras», decididamente «estremecedoras».

—Fynn, los nombres de los acordes —empezó.

—¿Qué pasa con ellos?

—La nota principal no puede ser el Señor Dios, porque entonces no podríamos darles nombres diferentes. Tendrían todos el mismo nombre —caviló.

—Creo que en eso tienes razón. Entonces, ¿cuál es la nota principal?

—Soy yo, o eres tú o es Alí. Fynn,

es todo el mundo. Por eso todos los nombres son diferentes. Por eso todas las Iglesias son diferentes. Eso es lo que pasa.

—Eso tiene sentido, ¿verdad? Estamos todos tocando el mismo acorde, pero parece como si no nos diéramos cuenta. Tú llamas a tu acorde do mayor, y yo a la misma serie de notas las llamo la menor. Yo, a mí mismo, me llamo cristiano; ¿cómo te llamas tú? Admito que el Señor Dios debe ser un músico excepcional, si se sabe todos los nombres de los acordes. O tal vez no le importa el nombre, con tal que uno lo interprete.

Nueve

TAL vez el hecho de que Anna y yo nos habíamos conocido de noche fuera la causa de que las horas nocturnas tuvieran tanta magia para nosotros. Quizás era porque las horas nocturnas podían ser, y no pocas veces lo eran, tan sorprendentes. La multitud de cosas que se podían ver y oír durante el día se reducían, por la noche, a un número más asequible. Cosas y sonidos se separaban

de noche, no se mezclaban con todo lo demás, y en la oscuridad sucedían cosas que de ninguna manera podrían pasar a la luz del día. De noche, no es inverosímil mantener una conversación con un poste de luz; pero si uno hace eso mismo de día se arriesga a que le lleven a uno en una ambulancia acolchada por dentro.

—El sol es hermoso —decía Anna—, pero ilumina de tal modo las cosas que no se puede ver muy lejos.

Yo me mostré de acuerdo en que el sol era tan deslumbrante que a veces lo cegaba a uno, pero no era eso lo que ella quería decir.

—Es tu alma la que no se aleja mucho en la luz del día, porque se detiene en lo que se puede ver.

—¿Y eso, qué quiere decir? — pregunté.

—Las horas nocturnas son mejores. Te estiran el alma hasta las estrellas. Y eso —declaró— es muchísima distancia. De noche el alma no tiene que dejar de salir. Lo mismo ocurre con los oídos; de día hay tanto ruido que no se puede oír. En cambio, de noche, sí se puede. La noche te estira.

Eso no se lo que iba a discutir. La noche era el momento de estirarse, y a nosotros nos gustaba estirarnos.

Mamá jamás se preocupó lo más mínimo por nuestras andanzas nocturnas. Mamá sabía que estirarse era importante, y en su tiempo había sido maestra en el arte de estirarse. Por poco que hubiera podido, se habría venido con nosotros.

—Que os divirtáis —nos decía—. Y no os perdáis demasiado.

No se refería a perdernos en las calles de Londres; ella hablaba de perderse entre las estrellas. A mamá no hacía falta explicarle eso de perderse entre las estrellas. Se daba cuenta de que «perderse» y «encontrar su camino» no eran más que las dos caras de la

misma moneda. No se podía tener una cosa sin la otra.

Mamá era una especie de genio, seguramente única entre un millón.

—¿Por qué no salís —nos decía—, que está lloviendo? —o—: ¿Por qué no salís, que hay viento?

Ante cualquier perversidad que se le ocurriera al tiempo, mamá nos daba la idea de salir, simplemente por diversión, nada más que para ver cómo era.

—¡Salid de esa lluvia, que os calaréis hasta los huesos! —gritaban por las calles otras madres, desde las ventanas bruscamente abiertas, a

chiquillos de todos los tamaños y colores.

Con viento o tormenta, con lluvia o con nieve, de día o de noche, a nosotros siempre nos animaban a que «saliéramos a ver». Mamá jamás nos protegió de las obras de Dios, como ella decía. Nos protegió, durante un tiempo, de nosotros mismos. Solía dejar el fuego encendido bajo el gran caldero de cobre para que tuviéramos una buena provisión de agua caliente al regresar a casa. Actuó así durante años, hasta que calculó que ya teníamos el sentido común necesario para hacerlo solos; entonces no lo hizo más.

Estar fuera toda la noche no era, para mamá, cosa de perdersela.

Casi todas las «gentes nocturnas» eran personas increíbles. A casi toda la «gente de la noche» le gustaba hablar. Los que pensaban que estábamos locos, o que éramos simplemente estúpidos eran una minoría. No voy a negar que había quienes no vacilaban en decirme exactamente qué era lo que pensaban de mí.

—A quién se le ocurre salir con una criatura con semejante tiempo, debes estar loco de remate.

—Deberíais estar en casa acostados, en lugar de hacer cosas raras.

Esa gente suponía que la noche era para hacer cosas raras, o sucias, para «nada bueno». Por la noche, todas las gentes temerosas de Dios se iban a la cama. La noche era para los «sospechosos», para «los que tienen algo que esconder», y para el viejo Nick. Tal vez fuimos afortunados; tantas veces como anduvimos vagando por esas calles de noche, jamás nos tropezamos con ningún «sospechoso» ni con nadie que tuviera aspecto de andar escondiendo algo, ni siquiera el viejo Nick. Siempre encontramos gente encantadora. Al principio, procurábamos explicar que queríamos

salir, porque eso nos gustaba, pero con alguna gente eso no servía más que para confirmar sus sospechas de que estábamos locos, de modo que dejamos de intentar una explicación, y simplemente salíamos.

Una vez que nos separábamos de un grupito de «gentes nocturnas», durante una de nuestras caminatas, Anna comentó:

—Es raro, Fynn, ¿no te parece? Toda la gente de la noche tiene sobrenombre.

Y tenía razón. Si uno se encontraba con un grupo de «gente nocturna» reunido en torno de un fuego, antes de que tuviera tiempo de decir esta boca es

mía ya le habían presentado a todos.

—Esta es Lil. Está un poco mal de la cabeza, pero es buena.

—Este es el viejo Flintlighter —que en realidad se llamaba Robert No-sé-cuántos, pero todo el mundo le apodaba «el viejo Flintlighter».

Tal vez fuera porque la «gente de la noche» tenía más tiempo para conversar, o quizá porque no estaban demasiado ocupados en aparentar lo que no eran, pero en fin, lo cierto es que hablaban y hablaban, que compartían y compartían.

Fue durante una noche de esas cuando pasaron la botella. De mano en mano fue dando la vuelta al círculo.

Cada vez, una manga sucia enjugaba la boca de la botella antes de que se echaran un buen trago. Me llegó el turno; la enjugué rápidamente y me bebí mi trago. Ojalá no lo hubiera hecho. Mis tripas dieron un salto mortal y todo se me secó por dentro. Tosiendo y atorándome, mientras las lágrimas me corrían por la cara, se la pasé al siguiente. Sabía a barniz rancio sazonado con TNT. Un trago era una experiencia, dos un castigo y tres serían, con seguridad la muerte lenta.

—¿Es la primera vez, hijo? —me preguntó el viejo Flintlighter.

—Sí —conseguí decir—, y la

última.

—Después sabe mejor —me informó Lil.

—¿Cómo demonios se llama eso? —pregunté cuando pude volver a respirar.

—Esto es Red Biddy, así se llama —dijo el viejo Flintlighter.

—Es bueno para quitar el frío, en noches como esta.

—A mí me sabe a gasolina —confesé.

—Algo de eso hay —graznó la vieja Lil—. Pero después de un tiempo te llega a gustar.

Anna quería probarlo, de modo que eché una gota en un ángulo de mi

pañuelo, sin saber si de un momento a otro no empezaría a echar llamas. Anna lo chupó e hizo una mueca.

—¡Aj —escupió—, es horrible!

Todos se rieron.

Me pareció raro que siguieran manteniendo el ritual de enjugar la boca de la botella; debía ser una costumbre que conservaban de días más prósperos. Indudablemente, ningún microbio podría haberse acercado a medio metro sin achicharrarse.

Después de esa experiencia, jamás volvimos a beber nada que no fuera té o cocoa. Nos sentábamos sobre viejos tambores de aceite o sobre cajones de

madera, a beber té en abollados jarros de estaño, mientras asábamos alguna salchicha en el extremo de un palo, y charlábamos.

Bill el Convicto, con su voz ronca, contaba sus aventuras a proa del mástil. Bill el Convicto contaba tantas aventuras extraordinarias que debían de haberle sucedido por lo menos cuatro aventuras de tamaño natural por día. ¿Y qué importaba que no fueran verdad? ¿Qué importaba que no fueran otra cosa que aventuras de la imaginación? Era genialidad pura, pura poesía. Era verdad, las estrellas estiraban a las personas, las estrellas rompían esa

prisión que era una caja y dejaban errar la imaginación.

Anna, sobre el tambor de aceite que constituía su trono, era siempre y en todas partes el centro de la atención, radiante el rostro al esplendor del fuego mientras escuchaba las aventuras de la «gente de la noche». En esas condiciones, su contribución variaba... podía ser una danza, una canción, un cuento.

En una noche de esas, Anna empezó a contar un cuento. El viejo Flintlighter la levantó y la depositó sobre un cajón de embalar. Allí se quedó, fijos sobre ella los ojos de un par de docenas de

«seres de la noche». Contó el cuento de un rey que estaba a punto de hacerle cortar la cabeza a alguien, pero que cambió su decisión cuando vio sonreír a un niño pequeñito. Todas las cabezas asintieron al unísono.

—¡Ah! —aprobó Bill el Convicto—. Vaya si tiene poder una sonrisa. Pues mirad, me viene a la memoria aquella vez que... —y se lanzó en una nueva, fantástica aventura.

La primera vez que nos encontramos con el viejo Woody fue una helada noche de abril. El viejo Woody, muy respetado por la «gente de la noche», era evidentemente bien educado, tenía

buenos modales y estaba totalmente satisfecho con su vida. El viejo Woody era alto y recto como un poste. Nariz de halcón, barba, y ojos que parecían enfocarle a uno desde el infinito. Su voz sonaba a castañas asadas, cálida y tostada. Cuando el viejo Woody sonreía, la sonrisa apenas le tocaba las comisuras de la boca. Pero no era ahí donde habla que buscarla, sino en los ojos. Eran unos ojos que parecían envolverle a uno, eran unos ojos llenos de cosas buenas que, cuando el viejo Woody sonreía, se volcaban todas encima de uno.



Cuando avanzamos a la luz del fuego, el viejo Woody levantó la vista y nos estudió durante un par de minutos.

Nadie hablaba. Sus ojos pasaron de mi cara a la cara de Anna, y allí se quedaron. Con una sonrisa, le tendió la mano, y Anna se adelantó hacia él y se la tomó. Durante un momento largo, muy largo, se miraron, cada uno bañando al otro de cosas buenas y sonriendo como si fueran a estallar. Eran los dos cortados por la misma tijera, no necesitaban las palabras. El intercambio fue inmediato y completo. Haciendo que Anna se quedara en pie ante él, el viejo Woody volvió a mirarla.

—¿No te parece que eres muy pequeña para esto, chiquilla?

Anna mantuvo su silencio, mientras

probaba y escrutaba al viejo Woody. Él no le exigía respuesta, no estaba ansioso, podía esperar.

Pasó con bien el examen, y obtuvo su respuesta.

—Ya tengo edad para vivir, señor — dijo con serenidad Anna.

El viejo Woody sonrió, acomodó a su lado un cajón, dio una palmada en él y Anna se sentó encima.

Como a mí me habían dejado de pie, di unas vueltas hasta encontrar un cajón que sirviera para sentarme y me uní al círculo. El silencio se había mantenido durante unos tres minutos o más. El viejo Woody estaba ocupado en llenar

su pipa y asegurarse de que tirara bien. Satisfecho de que todo fuera como debía ser, se levantó, fue hasta el fuego y la encendió. Antes de sentarse otra vez, apoyó la mano en la cabeza de Anna y dijo algo que no conseguí oír. Los dos se rieron. El viejo Woody le dio una larga, satisfactoria chupada a la pipa.

—¿Te gusta la poesía? —preguntó.

Anna asintió con un gesto. El viejo Woody, con el pulgar, acomodó en la pipa el tabaco ardiendo.

—Pero —empezó mientras volvía a chupar la pipa—, ¿sabes tú lo que es la poesía?

—Sí —replicó Anna—; es algo así

como coser.

—Ajá —asintió el viejo Woody—, ¿y a qué te refieres al decir coser?

Anna barajaba mentalmente las palabras.

—Bueno, es hacer con trocitos diferentes algo que es diferente de todos los trocitos.

—Hum —caviló el viejo Woody—. Creo que es una estupenda definición de poesía.

—Señor —preguntó Anna—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro —asintió el viejo Woody.

—¿Por qué no vive usted en una casa?

El viejo Woody miró su pipa y se frotó el pulgar en la barba.

—Si me la haces así, no creo tener respuesta. ¿No puedes hacerla de otra manera?

Anna pensó un momento.

—Señor, ¿por qué le gusta a usted vivir en la oscuridad? —preguntó después.

—¿Vivir en la oscuridad? —sonrió el viejo Woody—. Eso puedo explicarlo muy fácilmente, pero me pregunto si tú comprenderás mis palabras.

—Si es una respuesta, sí —contestó Anna.

—Sí, tienes razón. Si es una

respuesta, sí. Es verdad, sólo si es una respuesta. ¿A ti te gusta la oscuridad? — le preguntó después de una pausa.

Anna asintió con la cabeza.

—Le estira a uno y le hace grande —explicó—. Y agranda la caja.

—Es verdad —confirmó él con una risita—. Es verdad. Mi razón para preferir la oscuridad es que en la oscuridad, tú mismo tienes que describirte. A la luz del día, son los demás los que te describen. ¿Comprendes tú eso?

Anna sonrió, y el viejo Woody extendió su vieja mano sarmentosa, le cerró suavemente los ojos, le tomó

ambas manos y dejó que aflorara algún íntimo aspecto de sí mismo. Ese pequeño rincón de Londres, mirado a la luz del día, era un matadero; en ese momento, bajo el resplandor del fuego, era pura magia.

La voz firme y fuerte del viejo Woody habló para su Dios, para Anna y para toda la Humanidad:

*A fe que con mis
ojos no te amo,
pues
ellos en ti mil
faltas notan; el que
ama*

*lo que
desprecian ellos mi
corazón es.*

Su risa de color de nuez rompió el hechizo.

—¿Conoces eso? Es uno de los sonetos de Shakespeare. Ellos — continuó, y sus brazos se abrieron para abarcar el mundo— te enseñarán y te animarán a desarrollar tu cerebro y tus cinco sentidos. Pero eso no es más que la mitad, eso es ser sólo a medias humano. La otra mitad es desarrollar el corazón y los talentos —con el cabo de la pipa, fue enumerándolos sobre una

mano nudosa—. Está el talento común, está la imaginación, la fantasía, está la estimación y la memoria —el rostro del viejo Woody se volvió hacia lo alto, su espíritu subió danzando a calentarse entre las estrellas mientras su cuerpo seguía entre nosotros, calentándose junto al viejo brasero fabricado con una lata—. No dejes nunca que nadie te despoje de tu derecho a completarte. La luz del día es para el cerebro y los sentidos, la oscuridad para el corazón y los talentos... Nunca, nunca tengas miedo. Algún día el cerebro podrá fallarte, pero el corazón no.

Regresó como un cometa, dejando

tras de sí una estela relumbrante de amor.

Después se levantó, se estiró, miró todos los rostros que le rodeaban y su mirada se detuvo en Anna.

—Te conozco, muchachita, te conozco bien.

Se ciñó más la chaqueta en torno de los viejos hombros, salió del círculo de luz y, una vez más, sonrió a Anna. Tendió hacia ella un brazo y recitó:

*Pues así es
como ella extrae
del individuo
esa abstracción*

*universal del
género
e investido de
otros nombres y
fortunas
se abre camino
por los sentidos a
la mente.*

Y se fue. No, no se fue, porque una parte de él, tal vez la parte más grande de él, se quedó, y aún hoy sigue estando. Durante unos diez minutos seguimos mirando el fuego. No hicimos preguntas, porque no había preguntas. Ni siquiera les dijimos adiós a las «gentes de la

noche» cuando nos fuimos. Yo me preguntaba, cuando nos íbamos, si dejaríamos tanto detrás de nosotros.

Lentamente, caminamos a través de las calles de Londres, llevado cada uno por sus pensamientos. Una de las barredoras mecánicas del ayuntamiento recogía la suciedad del día. Vino hacia nosotros, rociando la calle y las aceras mientras avanzaba, despejando las calles de Londres con sus grandes cepillos cilíndricos, para cuando llegara la gente del día. Mientras su rocío silbaba contra el pavimento, hicimos un *pas de deux* hacia la derecha, y otro hacia la izquierda cuando pasó.

Anna conectó la bocina de su risa y, llena de alegría, se puso a girar como un trompo.

—Hadas, parecen hadas —exclamó, señalando la barredora que se alejaba.

—Y qué hadas —exclamé.

—Como lo que tú me leíste... sobre Puck.

El alma y el júbilo de la noche se adueñaron de mí. Eché a correr, trepé de un salto a un buzón cercano y, de pie sobre él, declamé para la noche los versos de Puck:

*Me han enviado
delante, escoba en*

*mano,
para barrer el
polvo detrás de la
puerta.*

Titania dibujó una pirueta y bailó en torno al buzón la danza de las hadas. A lo lejos se acercaba un policía y, señalándole con el dedo, le saludé a gritos:

—¡Hola, espíritu! ¿Por dónde vagas?

Su asombrada protesta se perdió casi entre nuestras risas. De un salto descendí del buzón y, tomando de la mano a Anna, corrimos ambos en pos de

la barredora cada vez más lejana. Como flechas pasamos a través de los chorros de agua y nos detuvimos delante de ella a esperarla, jadeantes por la carrera y la risa.

—¡Mira! —exclamé—. Son Polilla y Mostaza.

—No —gritó Anna—, son Chicharrillo y Telaraña^[1].

Al pasar, la barredora nos empapó los pies y las piernas. Siguió andando unos metros y se detuvo; el agua también dejó de brotar. Se abrió la puerta de la cabina y Mostaza se bajó de un salto. El espectáculo de una Mostaza de un metro ochenta y de ciento veinte kilos,

enfundados en un mameluco, fue demasiado, y los dos nos abrazamos, ahogándonos de risa. Mostaza empezó a venir hacia nosotros por un lado, mientras el policía, sin apretar el paso, se acercaba desde el otro. Gritando, escapamos por una calle lateral y nos detuvimos a distancia segura. El policía y Mostaza, a quienes ahora se había unido Polilla, estaban mirándonos. De qué hablarían, jamás lo sabré, pero me figuré que algo referente a las locuras de los jóvenes. Volví a tomar de la mano a Anna y seguimos corriendo, sin detenernos hasta llegar al borde del Támesis. Nos subimos al parapeto,

desenvolvimos nuestros bocadillos y empezamos a comer mientras mirábamos pasar el tráfico nocturno por el río.

Después de acabar con nuestra provisión, encendí un cigarrillo. Anna se bajó del parapeto y empezó a jugar sola a la rayuela sobre el adoquinado. Se alejó unos veinte metros, se volvió y vino corriendo a detenerse frente a mí.

—Hola, Fynn —giró en redondo y su falda se abrió como una sombrilla.

—Hola, Anna —la saludé con la cabeza y le tendí graciosamente la mano.

Volvió a alejarse, saltando cuanto le permitían las piernas, entonando una canción de «Uno, dos, tres». Se detuvo

y, de pura alegría, ejecutó una breve danza. Otra vez volvió corriendo, mientras con el dedo trazaba una línea ondulante sobre la pared. Antes de llegar donde yo estaba se detuvo y se volvió, dibujando en la pared otra línea ondulada, con los dedos de la otra mano.

Veinte o treinta veces recorrió ese mismo tramo de pared. Dibujando ondas largas y lentas, ondas cortas y rápidas. A veces caminaba mientras trazaba las líneas ondulantes, a veces marchaba, hacia atrás, otras hacia adelante, con toda la rapidez que le permitían sus piernas. En la pared no quedaban signos de su actividad, nada en ella daba

testimonio de sus pensamientos, la pared seguía en blanco; pero es que Anna estaba escribiendo en la pizarra de su interior.

Después dejó de correr y se detuvo, bajo la luz del farol que brillaba sobre su pelo. Violentamente, sacudió la cabeza, y una nube de chispas de cobre se elevaron y volvieron a asentarse. Anna empezó a caminar, con la cabeza baja, apoyando lentamente el pie, desde el talón a los dedos, sobre las rendijas entre las piedras, sin intención de ir a ninguna parte, simplemente dejándose llevar por el azar de las intersecciones de las rendijas entre las piedras. No

creo que se diera cuenta siquiera de lo que hacía. Esa actividad absorbía el uno por ciento de su atención. El otro noventa y nueve por ciento se había vuelto hacia adentro y estaba buscando algo. Es curioso cómo uno aprende a leer los signos. Eso era el preludio de una revelación inminente; es decir, si «le salía». Puse a mi lado el paquete de cigarrillos y las cerillas. Si no me había equivocado al interpretar los signos, era posible que durante una hora, más o menos, no tuviera otra oportunidad.

Terminado su paseo, Anna se acercó cuidadosamente a la pared, se apoyó contra ella y durante uno o dos minutos

se mantuvo totalmente inmóvil. Con la misma atención que había puesto al marchar por las rendijas del empedrado, deslizó los pies hacia adelante, un metro aproximadamente, hasta quedar en ángulo con la pared, sostenida solamente por los talones y la coronilla. Yo estuve a punto de gritar, pero me contuve. Mi chillido no hubiera servido de mucho tan poco era lo que de Anna, quedaba fuera, y desde donde estaba no podría haberme oído.

Esta vez no volvió andando ni saltando ni deslizando los pies ni corriendo; vino rodando. Durante treinta metros, o más, rodó manteniendo el

equilibrio con la cabeza y los talones. Rodó y rodó y rodó hasta terminar con la cabeza contra mis piernas, y allí se quedó.

—Estoy mareada —anunció su voz, ahogada contra mis pantalones.

—¡Y vaya si lo estás! —comenté.

—La pared es dura —continuó la voz ahogada.

—Tu cabeza también.

Un brusco mordisco en la pierna me aconsejó que no me hiciera el gracioso.

—¡Eh, que duele! —le recordé.

—Y a mí me duele la cabeza.

—Eso es por tu culpa. No deberías ser tan chiflada. ¿A qué venía todo eso?

—Estaba pensando.

—¿Con que eso era pensar? —me asombré—. Quiera Dios que a mí nunca me dé por pensar.

—¿No quieres saber en qué estaba pensando, Fynn?

Levantó los ojos hacia mí.

—Si depende de mí —confesé—, no, no quiero.

Anna sabía que estaba tomándole el pelo, y su sonrisa me dijo que de todas maneras no dependía de mí.

—No puede ser luz —enunció con una determinación irrefutable.

—Ah, bueno —me di por enterado—. Y si no puede ser luz, ¿entonces qué

es?

—El Señor Dios no puede ser luz —
las palabras volaban como fragmentos
de piedra que Anna fuera desbastando
con sus cinceles mentales.

Yo me imaginaba al Señor Dios
inclinándose hacia adelante en su trono
de oro para atisbar hacia abajo por entre
las nubes, con cierta curiosidad por
saber en qué clase de molde estarían
metiéndole a la fuerza ahora. Sentí el
impulso de mirar hacia arriba y decirle:
«Quédese tranquilo, Señor Dios.
Quédese tranquilo, que está en buenas
manos». Me imagino que de vez en
cuando, el Señor Dios debe hartarse un

poco, considerando todas las formas diferentes en que lo hemos metido a presión durante el último quillón de años, y no creo que hayamos acabado de hacerlo todavía, ni mucho menos.

—No puede ser luz, ¿verdad?
¿Verdad, Fynn?

—Y a mí me lo preguntas, Tich. A mí me lo preguntas.

—No, no puede ser, porque ¿qué hay de esas ondas pequeñas que no podemos ver, y de las ondas grandes que no podemos ver?

—Entiendo a qué te refieres. Me imagino que las cosas se verían muy diferentes si pudiéramos ver con esas

ondas.

—Creo que la luz está dentro de nosotros. Eso es lo que pienso.

—Podría ser. Tal vez tengas razón —admití.

—Pienso que es así para que podamos *ver* cómo ver —hizo un gesto afirmativo—, eso pienso.

Allá arriba el Señor Dios (si se me permite la imagen) se dio una palmada en la pierna y se volvió hacia las huestes angélicas.

—¡Pero escuchad eso! ¿Qué os parece?

—Sí —continuó Anna—, el Señor Dios Luz dentro de nosotros es para que

podamos ver al Señor Dios Luz fuera de nosotros, y... Fynn —la excitación le hacía saltar mientras terminaba de dar forma a su idea—, el Señor Dios Luz fuera de nosotros es para que podamos ver al Señor Dios Luz dentro de nosotros.

En silencio, volvió a tocar para sí misma toda la melodía. Con una sonrisa que habría hecho avergonzar al gato de Cheshire, susurró:

—Es hermoso, Fynn. ¿No es hermoso?

Coincidió en que era hermoso, mucho, pero ya estaba empezando a sentir que para mí era bastante por una noche. Pero

aunque yo estuviera ahído y necesitara un poco de tiempo para digerir todo lo de esa noche, Anna no; ella apenas estaba comenzando.

—Fynn, ¿me puedes dar las tizas?

Era tiempo de tomarse un respiro, y busqué la lata en mis bolsillos.

Los paseos con Anna se dividían naturalmente en tres categorías. Una era «dar una vuelta», que era lo que hacíamos esa noche. Las exigencias para «dar una vuelta» eran fáciles de satisfacer. Dos latas no muy grandes, llenas de tizas de colores, cordel, restos de lanas, elásticos, uno o dos frasquitos, papel, lápiz, alfileres y algunos otros

chismes y chucherías por el estilo.

La categoría número dos era «salir a caminar» y era un poco más complicada. Además de las dos latas que había que llevar para «dar una vuelta», para «salir a caminar» se necesitaban cosas tales como una red de pescar plegable, frascos de mermelada, cajas de diversos tamaños, latitas, bolsas y mil cosas así. Lo ideal habría sido que nos siguiera un camión de cinco toneladas, cargado con todo lo necesario para «salir a caminar». Si Madre Naturaleza hubiera sido un poco más bondadosa con todos los bichos, escarabajos, orugas, renacuajos y otros muchos que Anna

llevaba consigo cuando «salíamos a caminar», creo que eso habría sido el fin de Londres. Habríamos estado todos metidos hasta las orejas en ranas y escarabajos.

La última categoría era «salir a caminar con una intención definida», y era una experiencia terrible, capaz de producirle a uno pesadillas para el resto de su vida. Hacer frente a todas las contingencias posibles en «salir a caminar con una intención definida» habría requerido por lo menos tres camiones de mudanzas, y mejor, media docena. Con minucias tales como, digamos uno o dos equipos de

perforación, compresores de aire, una escalera de treinta metros, una campana neumática para inmersión, un par de grúas... cositas así. Es un tema demasiado doloroso. Después de las tres veces que «salimos a caminar con una intención definida», tardé una semana en poder enderezarme de nuevo.

Es decir que andar por ahí llevando tizas encima era algo tan natural como respirar. Las tizas me acompañaban a todas partes, y el hecho de llevarlas me producía algunas fantasías delirantes. Yo iba al teatro, o a un baile de estudiantes tal vez, y de pronto la representación se interrumpía.

—¿No habrá entre el público un caballero que tenga un trozo de tiza? — preguntaba el animador, adelantándose.

Yo me levantaba.

—Sí, cómo no. ¿De qué color la quiere?

¡Aplausos! ¡Aplausos!

Claro que nunca me las pidió nadie aparte de Anna, pero ella jamás usaba las tizas para reformar lo fantástico; le servían para explicar lo fantástico.

Le alcancé las tizas. Se arrodilló sobre la acera y dibujó un gran círculo rojo.

—Figúrate que soy yo —me dijo.

Por fuera del círculo desparramó

generosamente una cantidad de puntos. Después, una cantidad más o menos igual dentro del círculo. Con un gesto, me indicó que me bajara del muro. Fui a arrodillarme junto a ella. Tras mirar a su alrededor, me señaló un árbol.

—Eso —explicó— es esto.



Señaló un punto fuera del círculo y

lo marcó con una cruz. Después señaló un punto dentro del círculo.

—Eso es este punto fuera del círculo, y eso es el árbol —con el dedo sobre el «punto árbol» dentro del círculo, siguió explicando—: Y ese es el árbol dentro de mí.

—Me parece que ya anduve antes por aquí —murmuré.

—Y este —exclamó triunfalmente, apoyando el dedo sobre un punto dentro del círculo— es un... es un... un elefante volador. Pero fuera, ¿dónde está? ¿Dónde está, Fynn?

—Como ese animalejo no existe, no puede estar fuera —expliqué.

—Bien, entonces, ¿cómo se introdujo en mi cabeza? —se sentó sobre los talones y se me quedó mirando.

—Que me cuelguen si sé cómo se te mete a ti cualquier cosa en la cabeza, pero un elefante volador no es un hecho, es pura imaginación.

—¿Y mi imaginación no es un hecho, Fynn? —me azuzó, inclinando la cabeza.

—Claro, seguro que tu imaginación es un hecho, pero lo que sale de ella no es necesariamente un hecho.

El terreno estaba empezando a ponerse resbaladizo.

—Bueno, entonces ¿cómo llegó a

estar ahí dentro —con un pie golpeó en el interior del círculo—, si es que no está ahí fuera? —otros golpecitos más—. ¿De dónde vino?

Por suerte, no me dio siquiera oportunidad de contestarle. Estaba en pleno vuelo. Se levantó y echó a andar en torno del diagrama de su Universo.

—Hay muchísimas cosas ahí fuera que no están aquí dentro.

Desde el borde del Universo dio un salto, cayó en el círculo que era ella y se arrodilló.

—Fynn, ¿te gusta mi dibujo?

—Me gusta mucho. Me parece buenísimo.

—¿Dónde estaba? —me preguntó, con las manos apoyadas en las caderas.

Señalé uno de los puntos fuera del círculo.

—Ahí, me imagino.

Sin levantarse, retrocedió hasta salir del diagrama y con un dedo señaló el centro del círculo, dando más énfasis a sus palabras con un gesto.



—Ahí, ahí es donde lo pinté...
dentro de mí.

Durante un largo momento se mantuvo en silencio y después, abarcando con ambas manos el diagrama, articuló con tono perplejo:

—A veces, no sé si estoy encerrada fuera o encerrada dentro. Es raro —

continuó mientras iba tocando los puntos de dentro, y luego los de fuera—. A veces uno mira dentro y encuentra algo fuera, y otras veces mira fuera y encuentra algo dentro. Es muy raro.

Mientras estábamos arrodillados estudiando el sector sudeste del Universo de Anna, hacia el Noroeste aparecieron un par de botas relucientes del número cuarenta y cinco.

—Vaya, vaya... —exclamó una voz —, de nuevo el joven Puck y la señorita Titania.

—Santo cielo, es Oberón —farfullé, al mirar hacia arriba y ver al policía.

—¿Es que no tenéis casa donde

estar? ¿Y qué es eso de andar así haciendo dibujos en las aceras?

—Sí, casa tenemos —admití.

—Pero esto no es un dibujo, señor —le señaló Anna, que seguía doblada sobre la acera.

—Y entonces, ¿qué se supone que es? —quiso saber el policía.

—En realidad, es el Señor Dios. Eso soy yo, eso es dentro de mí, y eso es fuera de mí, pero todo es el Señor Dios.

—Está bien —dijo el policía—, pero sigue siendo dibujar sobre la acera, y eso no está permitido.

Anna extendió la mano para expulsar de su Universo un par de botas del

número cuarenta y cinco. El policía la miró asombrado.

—Es que acaba de aplastar un par de billones de estrellas —le expliqué.

Tal vez él representaba la ley y el orden, pero a Anna le preocupaban leyes más altas y órdenes superiores.

—Eso es usted, señor —prosiguió, impertérrita—, y eso es usted dentro de mí. ¿No es verdad, Fynn?

—Seguro. Claro que es así, agente, es exactamente así —coincidí.

—Sólo que en realidad a usted no se lo ve así, sino así —Anna se hizo un poco a un lado, dibujó otro círculo grande y lo llenó de puntos.

—Eso soy yo dentro de usted —
explicó, señalando un punto—, pero ese
punto en realidad es ese círculo. Esa soy
yo.

El policía se inclinó para mirar el
Universo de Anna.

—¡Ah! —dijo, como si lo
comprendiera. Me miró y levantó las
cejas. Yo me encogí de hombros.
Después de un par de gruñidos, con sus
cuarenta y cinco señaló uno de los
puntos de afuera.

—¿Sabes lo que es eso, Titania?

—¿Qué? —preguntó Anna.

—El sargento. En unos minutos
estará por aquí, y si para entonces esta

acera no está limpia, vosotros iréis a parar a uno de estos —con el pie describió un amplio círculo—. ¿Sabes lo que es? La comisaría —su ancha sonrisa desmentía la severidad de su VOZ.

Anna aceptó el pañuelo que yo le ofrecía y borró el Universo de las aceras de Westminster. Se levantó, sacudió el polvo de tiza del pañuelo y me lo devolvió.

—Señor —preguntó—, ¿usted trabaja siempre aquí?

—Casi siempre —respondió el policía.

—Señor —Anna le tomó de la mano

y le llevó hasta el muro—, señor, el Támesis, ¿es el agua o el hueco por donde corre?

El policía la miró un momento antes de contestar:

—El agua, seguro. Sin agua, no hay río.

—Ah —continuó Anna—, pero es raro, porque cuando llueve no es el Támesis, pero cuando corre por el hueco es el Támesis. ¿Por qué es así, señor? ¿Por qué?

El policía me miró.

—¿Me está tomando el pelo?

—Usted está saliendo bien —le consolé—. A mí me toca todo el día.

Para él, ya había sido suficiente.

—Ahora, a ahuecar, vosotros dos, a ahuecar porque si no... Ah, sí. Una última advertencia. Mejor que os vayáis a casa por ese lado —señaló con el dedo—. Ese... Chicharrillo y Telaraña estarán aquí en menos que canta un gallo —le costaba controlar la risa—, y si os encuentran aquí todavía, será vuestro trasero el que pague. ¿Entendido? —terminó con una risita, satisfecho de sí mismo.

—Oh, cómicos —murmuré para mis adentros—, este mundo está lleno de cómicos.

Tomando a Anna de la mano, me

alejé con ella.

—Estuviste bien, Tich, muy bien. Le hará pensar un rato, ese asunto del Támesis.

—Oh, pero —es que es así, Fynn. ¿Cuándo empiezas a hablar del Támesis, y cuándo dejas de hablar del Támesis? ¿Hay alguna señal? ¿La tienes tú, Fynn?

El viejo Woody tenía razón. La luz del día adiestraba los sentidos, pero la noche desarrollaba los talentos, estiraba la imaginación, aguzaba la fantasía, fijaba a martillazos el recuerdo y alteraba toda escala de valores.

Yo empezaba a entender por qué la mayor parte de la gente se va a dormir

de noche: es más fácil. Muchísimo más fácil.

Diez

LA llegada de la guerra parecía ya segura. En las calles se veían ya máscaras antigás, y los instaladores de refugios Anderson descargaban en los fondos de las casas sus planchas de acero acanalado. Las advertencias referentes a ataques aéreos, sirenas, refugios y todo lo que había que hacer «si» se multiplicaban como las manchas de alguna enfermedad. La podredumbre

de la guerra se difundía por todas partes. Las paredes contra las cuales los niños solían jugar a la pelota se habían convertido en carteleras para fijar informaciones sobre la guerra. Las normas de distintos juegos que los chiquillos escribían con tiza en las paredes, habían quedado cubiertas por las normas para el oscurecimiento. Estaban enseñándonos las reglas de un juego nuevo.

La infección de la guerra se difundía entre los niños. Una pelota ya no era una cosa para botarla; se había convertido en una bomba. Los palos de cricket se utilizaban como ametralladoras.

Muchachitos con los brazos extendidos giraban a través de cielos imaginarios, haciendo «ra-ta-ta-tat», derribando a tiros aviones enemigos o levantando a tiros soldados enemigos. Un chillido de «¡uiiiii, buuum!», y una docena de críos se desplomaban en fingida agonía. «¡Bang, te maté!».

Anna se aferraba fuertemente de mi mano y se acercaba más a mí. No era el tipo de juego que ella pudiera jugar; la acción y la ficción eran parte de algo real, y era esa la realidad que con tal claridad veía Anna. Me tiraba de la mano para que entráramos en casa, y nos íbamos al jardín. Allí las cosas no eran

mucho mejor, porque por encima de los techos de las casas, un globo de cortina se mofaba de los cielos. Anna giraba, describiendo un círculo, para mirar a los intrusos en el cielo. Después me miraba a la cara, y su mano buscaba la mía, mientras una sombra le oscurecía la frente.

—¿Por qué, Fynn? —me preguntaba, buscando la respuesta en mi rostro—. ¿Por qué?

Yo no tenía respuestas para darle. Anna se arrodillaba y tocaba con delicadeza las pocas flores silvestres que crecían en el jardín del fondo. Bossy se le acercaba, a refregarle contra

la pierna su vieja cabezota. Patch, tendido cuan largo era, la miraba preocupado. Esa vez debí estar casi una hora allí, de pie, mirándola tocar y recorrer esos pocos metros cuadrados de jardín. Con ternura y reverencia sus dedos pasaban de un escarabajo a una flor, de un guijarro a una oruga. Yo esperaba que Anna llorara, pensaba que en cualquier momento correría a mis brazos, pero no lo hizo. Yo no estaba nada seguro de lo que pasaba por su cabeza; lo único que sabía era que la herida era profunda, tal vez demasiado para que yo pudiera restañarla.

Hubo un momento en que intenté

encender un cigarrillo, pero no llegué muy lejos. Lo tenía todavía entre los labios, sin encender, cuando le oí decir en voz muy, muy baja:

—Lo siento.

No hablaba conmigo, hablaba con el Señor Dios. Hablaba con las flores, con la tierra, con Bossy y con Patch y con los bichitos y escarabajos. La Humanidad pidiendo perdón al resto del mundo.

Como me sentía un intruso, me fui a la cocina y empecé a decir palabrotas. Fue curioso darme cuenta de que desde que conocía a Anna, juraba y maldecía mucho más que antes. Debería haber

sido al revés, pero no. Me saqué de la boca el cigarrillo sin encender. Se me había pegado en los labios, y tuve la sensación de que me arrancaba la mitad de la piel. Eso me hizo maldecir otra vez, pero no me ayudó a sentirme mejor.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, pero me pareció una eternidad. Lo que volvió a llevarme al jardín fue el horror de mi propia imaginación. Mi imaginación había conseguido armarme de una ametralladora y me descubrí matando a los que habían causado tanto dolor a Anna. Confundido y perplejo ante mi propia violencia, salí otra vez al patio, con cierto temor de que de alguna

manera ella hubiera adivinado mis pensamientos.

Anna estaba sentada sobre el muro del jardín, con Bossy sobre la falda. Me sonrió mientras me acercaba, y aunque no era una de sus mejores sonrisas, fue suficiente para que yo cerrara de golpe la puerta sobre mi violencia.

Volví a entrar en la cocina y puse a calentar el agua. No tardamos en estar los dos sentados sobre el muro, bebiendo cocoa. Yo tenía la cabeza hirviendo de preguntas que habría querido hacerle, pero me dominé. Quería sentirme seguro de que Anna estaba bien, pero no podía tener esa

seguridad. Más bien sabía que no lo estaba. Sabía que el horror de la guerra inminente la había afectado muy profundamente. No, Anna no estaba bien, pero se las arreglaba. Para ella, esa guerra que rastaramente se nos acercaba era un hondo dolor del alma. El angustiado era yo.

Esa noche, más tarde, cuando Anna estaba lista para acostarse, le sugerí que si quería podía venirse a mi cama, para que yo la consolara, claro, para que yo la protegiera. Señor, qué fácil es engañarse, qué fácil encubrir los estremecimientos del propio miedo, haciendo como si fuera el otro quien lo

siente. Yo sabía perfectamente que estaba preocupado por Anna; me daba cuenta de su dolor y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para consolarla. Fue en mitad de la noche cuando me di cuenta de hasta qué punto necesitaba que Anna me asegurara que estaba bien, de la medida en que su equilibrio me protegía. Con sus pocos años, la vi entonces tal como la veo ahora, el más cuerdo, el menos confundido, el más directo de los seres. Su capacidad para ignorar los excesos de información, para apartar a un lado los detalles inútiles y llegar al corazón de las cosas era verdaderamente mágica.

—Te amo, Fynn.

Cuando Anna decía algo así, las palabras no bastaban para contener la plenitud de lo que expresaba. Anna hablaba desde un «yo» que era una totalidad, desde un centro rebosante de ser. Como la luz que no se desflecaba, tampoco el «yo» de Anna se desflecaba; era puro, todo de una sola pieza. En su manera de usar la palabra «amor» no había sentimentalismo ni blandura; el amor de Anna era una fuerza, una plenitud y una fuente de valor. Para Anna, «amar» significaba reconocer la perfectibilidad del otro. Anna «veía» una persona en cada parte, «veía» un

«tú». Y es toda una experiencia, que a uno le vean como un «tú» claro y definido, y sin ninguna parte oculta. Es maravilloso y aterrador. Yo había pensado siempre que era el Señor Dios quien lo veía a uno con tal claridad, enteramente; pero claro, todos los esfuerzos de Anna se dirigían a ser como el Señor Dios, de modo que tal vez sea cuestión de intentarlo con suficiente tesón.

En general, a mí me parecía que podía entender la actitud de Anna hacia el Señor Dios, pero había un aspecto que me dejaba totalmente atónito. Tal vez ese sea el sentido oculto del «Tú

ocultaste esas cosas a los sabios y los eruditos, y se las revelaste a los niños». Cómo lo había conseguido, realmente no lo sé, pero de alguna manera Anna había escalado los baluartes de la majestad de Dios, el aspecto sobrecogedor de su naturaleza, y estaba ya del otro lado. El Señor Dios era un «encanto». El Señor Dios era divertido, y era un Ser de amor. Para Anna, el Señor Dios era bastante simple, y el entendimiento de su naturaleza no suponía ningún auténtico problema. El hecho de que pudiera arrojar una enorme llave inglesa en los engranajes, y de que más de una vez lo hiciera, no tenía nada que ver. El Señor

Dios era perfectamente libre de hacerlo, y evidentemente si lo hacía era para bien, aunque nosotros no fuéramos capaces de ver ni de entender ese bien.

Anna veía, reconocía, admitía todos esos atributos de Dios, tan a menudo discutido, y se sometía a ellos. El Señor Dios era el creador de todas las cosas, omnipotente y omnisciente, y estaba en el corazón mismo de todas las cosas... salvo una. Esa excepción era para Anna la clave de todo; una excepción divertida, emocionante, que hacía del Señor Dios ese «encanto» que era.

Lo que tenía perpleja a Anna era que nadie lo hubiera advertido antes; o por

lo menos, si lo habían advertido, era algo de lo que nadie parecía dispuesto a hablar. Era muy extraño, porque según Anna, se trataba de una cosa tan rara que solamente podía habersele ocurrido al Señor Dios. Todas las demás cualidades del Señor Dios, esas de las que se habla tanto en la iglesia y en la escuela, eran magníficas, tremendas y, confesémoslo, un poco aterradoras. Y después, él venía y hacía eso, que le convertía en amoroso, divertida, encantador.

Uno podía si quería, negar la existencia del Señor Dios, pero ninguna negación alteraba el hecho de que el Señor Dios era. Vaya si era el Señor

Dios; él *era* el rey del tablero, el centro, el corazón mismo de las cosas, y allí era donde todo se ponía divertido. Porque fijaos, había que reconocer que él era todas esas cosas, y eso significaba que en nuestro propio centro estábamos nosotros, no el Señor Dios. Dios es nuestro centro, y sin embargo, somos nosotros quienes reconocemos que el centro es él. Eso hace que de alguna manera seamos parte de la naturaleza espiritual del Señor Dios. Porque en su naturaleza está ese curioso hecho de que, aunque él esté en el centro de todas las cosas, espere fuera y llame para entrar. Somos nosotros quienes abrimos

la puerta. El Señor Dios no la echa abajo para entrar, no; él golpea, y espera.

Claro que tiene que ser un super Señor Dios para que se le ocurra eso, pero es que es precisamente lo que hace.

—Es muy gracioso —como decía Anna—, y me hace a mí muy importante, ¿verdad? Figúrate, ¡que el Señor Dios se quede en un segundo plano!

Anna jamás se complicó con el problema del «libre albedrío». Me imagino que era demasiado joven, pero había llegado al corazón del problema: ¡el Señor Dios se queda en segundo lugar, qué os parece!

Era un domingo por la mañana, un poco después de las diez. Anna estaba levantada desde hacía largo rato. Con una mano me sacudía para despertarme, mientras en la otra sostenía una taza de té. Con el único ojo que pude abrir vi cómo se balanceaban la taza y el plato; era más que posible que, si Anna seguía sacudiéndose así, la taza terminara conmigo en la cama. Me aparté hacia un costado, para permitirme una posible maniobra de emergencia.

—Basta, criatura —rogué.

—Te he traído el té, Fynn —anunció, desplomándose sobre la cama. La taza describió un último círculo frenético

alrededor del platillo y se aquietó. Anna me la entregó, después de haber enjugado la base frotándola contra el borde del plato. El té que quedaba en el fondo podría haber sido suficiente para que se ahogaran un par de moscas, o por lo menos para fastidiarlas bastante. Levanté la taza para beberme lo que había y me cayeron sobre la nariz media docena de terrones de azúcar sin disolver. Le puse cara fea.

—¿A esto le llamas té? —pregunté.

—Bebe lo que hay en el plato entonces. Yo te lo sostendré.

A primera hora de la mañana nunca estoy en mi mejor forma, y necesito los

dos brazos para apoyarme. Me senté en el borde de la cama y me recosté, con los ojos cerrados y la boca abierta. El plato me chocó contra las muelas cuando Anna, inclinándolo, me lo metió en la boca. Más o menos el tercio del té debió quedar dentro de mí, mientras lo demás se derramaba. Anna se reía.

—Un poco más, para lavarme puedo esperar. Vete a la cocina a preparar más.

Señalé hacia la puerta, y Anna desapareció.

—Se despertó Fynn —la oí gritar—, y quiere más té. Se volcó casi todo en el pijama.

—Bendita chiquilla —mascullé

mientras me quitaba la chaqueta del pijama para enjugarme el pecho con la parte seca.

En nuestra casa no había que esperar mucho el té. El té no faltaba nunca, como no faltaba el suero en un pabellón de primeros auxilios. El té con azafrán era bueno para alguna cosa; para la fiebre, creo. El té con menta curaba la flatulencia. Con té despertaban a uno, y con té le enviaban a la cama. El té sin azúcar era refrescante, el té con azúcar reparaba las fuerzas, el té con muchísima azúcar era bueno para el *shock*. Como para mí despertarme era un *shock*, la primera taza de té del día era

caliente y dulce.

En un abrir y cerrar de ojos, regresó Anna con más té.

—¿Puedes hacerme dos ruedas de paletas esta mañana? —me preguntó.

—Tal vez —refunfuñé—. ¿Adónde te vas?

—A ninguna parte. Quiero hacer un experimento.

—¿De qué tamaño tienen que ser las ruedas de paletas, y para qué las vas a usar?

—Pequeñas así —con las manos indicó algo menos de diez centímetros—. Y son para saber algo del Señor Dios.

En esa época, yo estaba acostumbrado a esa clase de encargos. Después de todo, si se podía leer un sermón en una piedra o en cualquier otra cosa, ¿por qué no en una rueda de paletas?

—¿Y puedo usar la bañera grande, y un trozo de manguera, y tener una lata agujereada? Tal vez necesite algo más, pero todavía no lo sé.

Mientras yo le hacía las ruedas de paletas, Anna preparaba su experimento. Las ruedas fueron montadas en ejes. En un costado de una gran lata cilíndrica, cerca del fondo, hicimos un agujero, soldé en el interior de la lata una de las

ruedas de paletas. Después de una hora de febril actividad, Anna me llamó al patio para que viera en marcha el experimento del Señor Dios.

Una manguera colocada en el grifo llenaba la bañera grande. En mitad de la bañera, inmovilizada por unas cuantas piedras, estaba la lata con su rueda de paletas. Como el agua le caía encima por el agujero, la rueda giraba. Otro trozo de manguera desempeñaba el papel de sifón, sacaba el agua de la lata y, al verterla sobre ella, hacía girar la segunda rueda. Finalmente, el agua se iba por el desagüe. Con las cejas enarcadas, di una vuelta alrededor del

experimento.

—¿Te gusta, Fynn? —me preguntó Anna.

—Me gusta, sí. Pero ¿qué es?

—Este eres tú —respondió Anna, señalando la lata con su rueda de paletas.

—Debí imaginármelo. ¿Y qué es lo que hago?

—El agua es el Señor Dios.

—Entendido.

—El agua cae del grifo a la bañera.

—Hasta ahí estamos de acuerdo.

—Entra en la lata, que eres tú, por el agujero, y te hace funcionar como a un corazón —prosiguió Anna, señalando la

rueda.

—¡Ah!

—Cuando tú funcionas, sale por ese tubo —señaló el sifón— y hace funcionar la otra rueda.

—¿Y qué hay del desagüe?

—Bueno —titubeó Anna—, si tuviera una pequeña bomba como el corazón del Señor Dios podría hacerla volver toda dentro de la bañera. Entonces no necesitaría el grifo. Funcionaría solo, sin parar.

De manera que ya veis: cómo hacer un modelo del Señor Dios, con un par de ruedas de paletas. En todo hogar debería haber uno. Me senté sobre la pared a

fumarme un cigarrillo, mientras observaba cómo el Señor Dios y yo hacíamos girar las ruedas.

—¿No te parece bien, Fynn?

—Desde luego que sí. Podríamos llevarlo el domingo a la iglesia. Tal vez le haga pensar un poco a alguien.

—Oh, no, eso no podemos hacerlo. Estaría mal.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, no es el Señor Dios, sólo se le parece un poco.

—¿Y eso qué? Si funciona para ti y funciona para mí, está bien. Tal vez funcione para alguien más.

—Funciona porque tú y yo estamos

llenos.

—Y con eso, ¿qué quieres decir?

—Bueno, si uno está lleno, puede usar cualquier cosa para ver al Señor Dios. Si no está lleno, no.

—¿Cómo es eso? Dame un ejemplo.

Anna no vacilaba jamás.

—¡La Cruz! Si estás lleno, no la necesitas, porque la cruz está dentro de ti. Si no estás lleno, tienes la cruz fuera de ti y entonces la conviertes en una cosa de magia.

Me tiró del brazo y nuestros ojos se encontraron. Anna prosiguió, calma y lentamente.

—Si no estás lleno por dentro,

entonces de cualquier cosa puedes hacer una cosa de magia, y se convierte en una parte que está fuera de ti.

—¿Y eso está mal?

Hizo un gesto afirmativo.

—Si haces eso, entonces no puedes hacer lo que el Señor Dios quiere que hagas.

—¡Ah! ¿Y qué es lo que él quiere que haga?

—Amar a todo el mundo como a ti mismo, y para poder amarte bien a ti mismo tienes que estar lleno de ti.

—Como eso de que la mayor parte de una persona está por fuera — reflexioné.

Anna sonreía.

—Fynn, en el cielo no hay diferentes iglesias, porque en el cielo todo el mundo está dentro de sí mismo. Las partes que están fuera —prosiguió—, son las que hacen las diferentes iglesias y templos y sinagogas y cosas así. Fynn, el Señor Dios dijo «Yo soy», y eso es lo que quiere que digamos todos... eso es lo difícil.

Mi cabeza subía y bajaba en azorado asentimiento.

—«Yo soy»... eso es lo difícil.

«Yo soy». Si llegas realmente a decir eso, ya está, si lo dices realmente estás lleno, estás todo dentro. No tienes

que querer cosas que estén fuera de ti para llenar los huecos que hay dentro de ti. No andas dejando trozos de ti mismo enganchados en los objetos que se ven en los escaparates, en los catálogos o en los anuncios. Vayas donde vayas, te llevan contigo a ti mismo todo entero, no dejas por ahí trozos para que los pisoteen, eres todo de una pieza, eres lo que el Señor Dios quiere que seas. Un «Yo soy», como es él. ¡Pues vaya! Durante todo el tiempo, yo había pensado que uno iba a la iglesia en busca de Dios, para ensalzarlo. Hasta entonces no había entendido lo que hacía el Señor Dios. Todo ese tiempo él había

estado esforzándose para ordenarme un poco la sesera, por conseguir que un «Eso es» se convirtiera en un «Yo soy». Comprendí el mensaje. Ese domingo fue el día que realmente ingresé en sus filas.

Empecé a ver el sentido de ese asunto del «Yo soy». Al pensar en lo importante que era para el Señor Dios, no me parecía algo tan imposible de enfrentar. El asunto estaba en mirar dentro de uno mismo para ver qué faltaba en el mecanismo. Una vez salvado ese obstáculo, lo demás era bastante fácil. La primera vez que me atreví a mirar realmente dentro de mí mismo, volví a cerrar apresuradamente

de un portazo. «¡Eso que hay dentro soy yo!»). Pero si parecía más bien un enorme queso Gruyere, lleno de agujeros. Ahora veía que al decirme «Tú estás lleno, Fynn», Anna había querido darme ánimos, más que enunciar un hecho.

Una vez repuesto del impacto, entreabrí apenas la puerta para volver a espiar. Antes de que transcurriera mucho rato, ya había identificado uno de los agujeros: tenía la forma de una bicicleta de motor. Más aún, lo reconocí perfectamente: la forma exacta de la bicicleta de motor que había visto en el escaparate de High Street.

Con un poco de práctica, se me hizo cada vez más fácil identificar los agujeros: un microscopio muy especial, uno de esos televisores nuevos, un reloj que le decía a uno la hora en Bombay, Moscú, Nueva York, Londres y unos cuantos lugares más, todo al mismo tiempo. Por todas partes había trozos de mí, que dejaban en mi interior idénticos agujeros. Yo estaba, por decirlo sin exagerar, un poco desparramado. Por alguna parte, las cosas se habían descaminado. Yo estaba seguro de no haber empezado con todos esos agujeros. Eran todos esos malditos anuncios que no dejaban de proclamar:

«Adelante», «Esfuérzate», «Con una bicicleta de motor, te admirarán», «Con un automóvil, mucho más», «Si tienes dos coches, hermano, ya has llegado». Y yo había entrado en el juego, había mordido el anzuelo como un pez. Los anuncios estaban dentro de mí, y habían echado raíces en suelo bastante fértil. Cuantos más anuncios tenía dentro, más partes de mí quedaban fuera. «La mayor parte de una persona está por fuera». Vaya si era verdad.

No fue un milagro repentino, ni un súbito destello de revelación. Fue algo que se me fue infiltrando lentamente, algo en lo que todavía estoy

esforzándome. Como un niño que aprende una palabra nueva, me encontré debatiéndome con «Quiero ser yo», «Quiero, realmente quiero ser YO». Para entonces ya no me era tan difícil abrir las puertas. Ahora ya sabía dónde estaba. El agujero de la bicicleta seguía allí, pero parecía que se desdibujara un poco, como si lo iluminara una bombilla eléctrica que falla. Después, un día se apagó. El agujero ya no estaba, un buen trozo de mí había regresado a casa. Finalmente, estaba encaminado. Un par de vistazos más hacia dentro de mí me permitieron darme cuenta de que estaba empezando a llenarme. A pesar de la

guerra, el mundo estaba bien.

Once

ERA un hermoso día de sol. La calle estaba llena de ruidos de chiquillos. Las risas cubrían el ruido de los pies que pasaban, cuando de pronto el mundo entero se vino abajo.

Un grito agudísimo asesinó las risas. Era Jackie. Me di vuelta para recibirla en el momento en que se me arrojaba en los brazos, convertido su rostro en una pálida máscara de horror.

—¡Fynn! ¡Oh, por Dios! Es Anna.
¡Está muerta!

Mientras sus uñas pintadas de escarlata se me hundían en el pecho, me inundaron las heladas aguas del miedo. Corrí por la calle. Anna estaba tendida sobre la verja, con los dedos contraídos aferrados a la pared. La levanté haciendo de mis brazos una cuna. La intensidad del dolor le estrechaba los ojos.

—Me caí del árbol —murmuró.

—Está bien, Tich, tranquilízate. Yo estoy contigo.

De pronto me sentí horriblemente descompuesto. Con el rabillo del ojo

había visto algo, algo que de una manera
extrañamente deformada era más
aterrador aún que la criatura herida que
tenía en mis brazos. Al caer, había roto
la parte superior de uno de los barrotes.
Un muñón de hierro quebrado. Pocos
años antes nadie podía verlo, ahora
estaba allí para que todos lo vieran. Ese
muñón de hierro, esas montañas de
cristal, estaban ahora rojas de vergüenza
y espanto ante el papel que les había
cabido en ese suceso horroroso.

Llevé a Anna a casa y la acosté. El
médico vino, le vendó las heridas y la
dejó conmigo. Mientras le sostenía
ambas manos, yo le escudriñaba el

rostro. El dolor le pasaba en destellos por los ojos, pero era ahuyentado por una mueca que lentamente fue floreciendo en una sonrisa. La sonrisa ganó; el dolor quedó oculto en algún rincón, dentro de ella. A Dios gracias, Anna iba a quedar bien. Gracias a Dios.

—Fynn, ¿la princesa está bien? — me susurró.

—Perfectamente —contesté, aunque no sabía si estaba bien o no.

—Se quedó enganchada en el árbol y no podía bajar... resbalé —prosiguió Anna.

—Está muy bien.

—Estaba muy asustado. No es más

que un gatito.

—Está bien, perfectamente.

Descansa, que yo me quedaré contigo.

No tengas miedo.

—No tengo miedo, Fynn. No tengo miedo.

—Duérmete, Tich. Duerme un poquito, que yo te cuido.

Los ojos se le cerraron, y Anna se durmió. Iba a quedar perfectamente. Muy hondo dentro de mí, yo lo sabía. Durante dos días esa sensación de que todo iba bien fue en aumento y barrió mis temores. Su sonrisa y sus apasionadas conversaciones sobre el Señor Dios me tranquilizaban

doblemente. Los nudos que me ahogaban por dentro fueron aflojándose. Estaba mirando por la ventana cuando Anna me llamó.

—¡Fynn!

—Aquí estoy, Tich. ¿Qué quieres?

—me acerqué a ella.

—Fynn, ¡es como darse vuelta de dentro hacia fuera! —en su rostro había una expresión de aturdimiento.

Una mano de hielo me estrujó despiadadamente el corazón. Me acordé de la abuelita Harding.

—Tich —le pedí, en voz quizá demasiado alta—, Tich, ¡mírame!

Sus ojos vacilaron, su sonrisa se

ensanchó. Corrí a la ventana y la levanté. Cory estaba afuera.

—Ve enseguida a buscar al médico —le dije.

Asintió con un gesto y, girando sobre sus talones, echó a correr. De pronto, supe qué era lo que iba a suceder. Volví donde estaba Anna. No era momento de llorar. Nunca fue momento de llorar. El terror helado que me llenaba el corazón me había congelado las lágrimas. La cabeza me latía con la idea de que «aquello que pedáis en mi nombre...». Pedí. Rogué.

—Fynn —susurró Anna, y la sonrisa le iluminaba el rostro—. Te quiero,

Fynn.

—Yo también te quiero, Tich.

—Fynn, apuesto a que por esto el Señor Dios me dejará entrar en el cielo.

—Seguro. Apuesto a que te está esperando.

Quería decirle mucho más, mucho más, pero ya no me escuchaba, sonreía solamente.

Los días se quemaron como gigantescas candelas, y el tiempo se disolvió, se escurrió, volvió a condensarse en horrendos montones sin sentido.

Dos días después del funeral encontré la bolsita donde Anna guardaba

las semillas, y me dio algo que hacer. Me fui al cementerio y me quedé allí un rato. Todo me pareció peor, mucho más vacío. Si en ese momento yo hubiera estado más cerca... si hubiera sabido lo que Anna estaba haciendo... si... Esparcí las semillas sobre la tierra recién removida y, con el corazón encogido, arrojé lejos de mí la bolsita.

Quise odiar a Dios, quise expulsarle de mi sistema, pero él no quiso irse. Dios me parecía más real, más extrañamente real que nunca. El odio se negaba a venir, pero entonces lo desprecié. Dios era un idiota, un cretino, un retardado. Podría haber salvado a

Anna, pero no lo hizo; dejó, simplemente, que sucediera la más estúpida de las cosas. Esa criatura; esa hermosa criatura, segada de esa manera... segada sin haber cumplido siquiera ocho años. Justo cuando era... ¡Maldición!

Los años de la guerra me alejaron del East End. La guerra arrastró sus botas ensangrentadas por toda la faz de la Tierra, hasta que la locura se agotó. Miles de otros niños habían muerto, y muchos otros quedaban lisiados y sin hogar. La locura de la guerra se convirtió en la locura de la victoria. ¿Victoria? La noche de la victoria me

emborraché como una cuba. Era una buena escapatoria.

Algún tiempo antes me habían enviado un paquete de libros, que ni siquiera me había molestado en desenvolver; no parecía tener ningún sentido. Después, vino uno de esos momentos en que no sabía qué hacer de mí mismo. Aquellos años me habían fatigado los ojos de mirar, y los oídos me dolían de escuchar. En busca de un signo, de una visión, aunque fuera un momento. Busqué los libros, pero no parecían muy interesantes. Nada parecía muy interesante. Recorrí ociosamente las páginas. Sólo cuando mis ojos

tropezaron con el nombre de Coleridge, que para mí es la cima de la montaña, me detuve y empecé a leer:

«Adopto con plena convicción la teoría de Aristóteles según la cual la poesía, en tanto que poesía, es esencialmente ideal, y evita y excluye todo accidente, y su...».

Pasé unas páginas más y volví a leer, y de las páginas de ese libro surgió el viejo Woody.

«Coleridge ejemplifica con los siguientes versos, tomados de Sir John Davies, el proceso mediante el cual opera la imaginación poética»:

*Pues así es
como ella extrae
del individuo
esa abstracción
universal del
género
e investido de
otros nombres y
fortunas
llévalo por los
sentidos a la mente.*

El humo de los fuegos de la «gentes de la noche» volvió flotando en mi imaginación: el viejo Woody, Bill el Convicto, Lil, Anna y yo. Unas líneas

más, y mi ojo tropezó con una palabra: «violencia».

«El joven poeta», dice Goethe, «debe ejercer cierta violencia sobre sí mismo para salir de la mera idea general. No cabe duda de que esto es difícil, pero es el arte mismo de vivir».

Lentamente empezaba a cobrar sentido, las piezas empezaban a ocupar su lugar. Algo estaba pasando, y era algo que me hizo llorar; por primera vez en mucho, mucho tiempo, lloré. Salí fuera, a la noche, y me quedé fuera. Parecía que las nubes retrocedieran. Algo que me hostigaba, en lo hondo de mi mente. La vida de Anna no había sido segada;

lejos de eso, había sido una vida plena, completamente realizada.

Al día siguiente volví al cementerio. Me costó mucho encontrar la tumba de Anna, acurrucada como estaba al fondo del cementerio. Yo sabía que no había lápida alguna, solamente una simple cruz de madera con el nombre: «Anna». Después de una hora, la encontré.

Había ido en su busca con un sentimiento de paz interior, como si el libro se hubiera cerrado, como si el relato hubiera sido la historia de un triunfo, pero eso no me lo había esperado. Me detuve boquiabierto. Eso, eso era. La pequeña cruz se inclinaba,

ebria, con la pintura descascarada, y ahora estaba el nombre: ANNA.

Tuve ganas de reír, pero uno no se ríe en un cementerio, ¿o sí? No sólo tuve ganas de reír, tuve que reír. No podía dejarla así encerrada, y la risa me hizo correr las lágrimas por la cara. Arranqué la pequeña cruz y la arrojé entre unos arbustos.

—Está bien, Señor Dios, me convenciste —exclamé—. Viejo amigo, Señor Dios. Es posible que a veces seas un poco lento, pero vaya si al fin y al cabo no te sales con la tuya.

La tumba de Anna era una radiante alfombra roja de amapolas, respaldada

por una guardia de altramuces. Un par de árboles se susurraban cosas, y una familia de minúsculos ratones correteaba entre el césped sin cortar. Ese era el lugar de Anna. ¿Qué otra señal necesitaba? Un quillón de toneladas de mármol no podían mejorarlo. Me quedé allí un rato más y, por primera vez en cinco años, le dije adiós.

Mientras volvía hacia la entrada del cementerio pasé junto a innumerables querubines de mármol, y ángeles y portales. Me detuve frente a los tres metros y medio de ángel de mármol que después de sabe Dios cuántos años,

seguía empeñado en depositar su ramillete de flores marmóreas.

—Hola, viejo amigo —le saludé—. Jamás lo conseguirás, no te esfuerces.

Ya en los portones del cementerio, volví a entrar, con un grito:

—La respuesta es «En medio de mí».

El dedo de un escalofrío me recorrió la espalda y me pareció oír la voz de Anna:

—¿A qué pregunta te lleva esa respuesta, Fynn?

—Es muy fácil. La pregunta es: «¿Dónde está Anna?».

Había vuelto a encontrarla. A

encontrarla en medio de mí.

Y supe, sin ninguna duda, que en alguna parte, Anna y el Señor Dios se reían.

CUANDO ME MUERA

por
ANNA

*Cuando me muera,
me moriré sola.
Nadie se morirá por mí.
Cuando esté dispuesta
te diré,
«Fynn, ponme de pie»,
y miraré
y me reiré
alegremente.
Si me caigo,
es que ya he muerto.*



SIDNEY GEORGE HOPKINS. Londres 26 de marzo de 1919 - Somerset 3 de julio de 1999. Escritor inglés, Fynn es el seudónimo usado por el autor. Debido al uso de este seudónimo, su verdadera identidad fue un misterio durante más de 35 años.

Fynn fue un influyente ejecutivo hasta que debido a una caída accidental, se lesionó la columna vertebral obligandolo a guardar reposo en una cama durante mucho tiempo. Tuvo problemas de insomnio y se retiró a una comunidad espiritual. Durante sus últimos años de vida padeció un aumento de problemas de salud.

Autor de *Señor Dios, soy Anna* y sus continuaciones: *El libro de Anna y Anna, el señor Dios y el caballero negro*.

Notas

[1] Personajes de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, que representan hadas. (N. de la T.). <<